





AÑO 13.

NUM. 147.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

# ESPAÑA MODERNA

---

**Director: JOSE LAZARO**

**MARZO, 1901**

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

LIBRARY OF THE  
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA  
MADRID

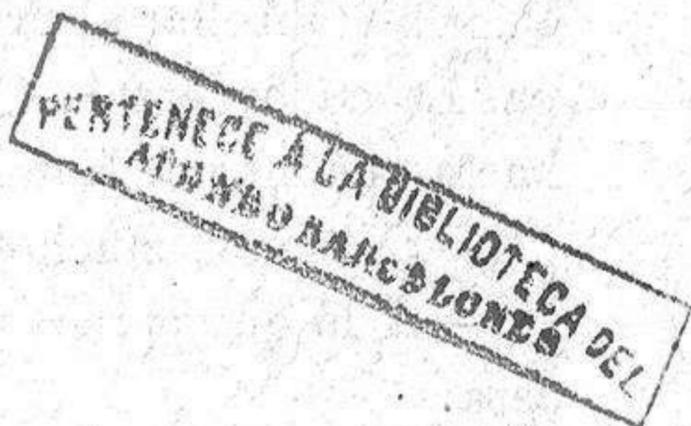
*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# EN VANO

NOVELA

---

(CONTINUACIÓN)



## X

Al volver á casa, Schwarz se encontró en el descansillo de la escalera con el anciano Conde y su hija. La joven dirigió una ojeada á Schwarz; bajó un par de tramos y se volvió á mirarle, y aquél, que había tenido tiempo de observar que la condesita era muy agraciada, oyó, con verdadera satisfacción, que la joven decía á su padre: «Ese es el joven doctor que vive en el piso de abajo.» En realidad no era mucho lo que faltaba á Schwarz para terminar sus estudios de medicina, pero de todos modos, el oirse llamar doctor antes de tiempo no podía menos de agradarle.

Ante la puerta de su habitación encontró Schwarz al portero que estaba limpiando la escalera, y se le ocurrió que por él podía saber algunos detalles acerca del Conde y de la Condesita. Pero evidentemente no gozaban de las simpatías del portero, pues éste tronó contra la avaricia de aquéllos, si bien hizo constar al mismo tiempo que no debían ser muy ricos, puesto que jamás pagaban puntualmente el alquiler.

—Ella se da aires de reina—decía el cancerbero;—no hace más que cantar y tocar todo el santo día..... Ya hubiera debido encontrar marido, pero tendrá pretensiones.—Y siguiendo en el mismo tono, el portero aconsejó á Schwarz que entrase

en relaciones con los condes.—¿Qué quiere usted? Vanidad tienen mucha, pero su bolsillo está tan vacío..... que da miedo.

—¿Y la Condesa madre?—preguntó Schwarz.

—Murió, murió hace tres años ó cosa así. Fueron ricos; pero el Conde empleó toda su fortuna en un negocio de granos comprados en sociedad con otros, para enviar á Odessa. Quería embrollar al prójimo, y él fue el que cayó en la trampa. La mejor era la Condesa. ¡Pobrecilla! Siempre penando hasta que murió. Hace ya cinco años que viven aquí.

—¿Y tienen muchas relaciones?

—A lo que parece no, porque no se ve venir á nadie á su casa.

Schwarz entró en su cuarto, bebió una taza de té y después, para esperar á Augustinovitch, se echó en la cama, y no tardó en dormirse. Cuando se despertó no se encontraba bien; era ya de noche, y aún no había vuelto Augustinovitch. Cuando llegó venía radiante por el triunfo y la alegría, y empezó á hablar de sus conocidas del día anterior. Su apellido era Vitzberg y la niña se llamaba Malinka; Augustinovitch había consultado á las dos, y como plan de curación había aconsejado á la madre la equitación, y á la hija el baile. Después, al despedirse de ellas, les había prometido volver pronto y llevar también á Schwarz.

—La vieja—siguió diciendo Augustinovitch—dice que ha mandado ya la citación al Conde, lo que, á decir verdad, me tiene sin cuidado. Figúrate que ya ha estado en la casa, pero no encontró más que á la muchacha, la cual, ¡pobrecilla!, se asustó mucho. Sin embargo, la vieja ha sacado buena impresión. Le pregunté qué importancia podía tener para ella el pago de una insignificancia, cuando á lo que parece, es la mujer de un creso. Me respondió que su marido no se llamaba Creso sino Cleofás, y que si se tratara sólo de él no hubiera molestado á aquella gente, pero que en conciencia no podía hacerlo, por cuanto todo pertenece á su niña. Entonces por debajo de la mesa estreché la mano de la hija con verdadera

efusión. Mi palabra de honor que me sentía conmovido y embargado por un sentimiento de ternura. Al despedirme besé también la mano de la vieja. La hija se llama Malinka..... bellísimo nombre en verdad, pero bonito ó feo el nombre en estos casos tiene una importancia secundaria..... ¿Y tú? ¿Por qué estás tan pálido?

—No me encuentro bien; sin embargo, no tengo ganas de dormir. He echado un sueño mientras te esperaba..... Dame un poco de té.

Augustinovitch dió el té á su compañero, encendió la pipa y se tumbó en la cama. Schwarz, por el contrario, arrimó una butaca á la mesa, cogió una pluma y comenzó á escribir apresuradamente. Pero al poco rato tiró la pluma. Sus pensamientos le turbaban el cerebro; apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca, y dió rienda suelta á sus ideas. Un temperamento que no fuese el suyo se hubiera dejado dominar por la fantasía; Schwarz, en cambio, evocaba el pasado, lo comparaba con el presente y deducía enseñanzas para el porvenir. Y sin embargo, este triunfo del raciocinio sobre el pensamiento, le costaba no poco trabajo. Involuntariamente tornaban á su memoria las palabras de poco antes: «Ese es el joven doctor.» ¡Ser doctor, sacerdote de la ciencia, reinar sobre todos, por la soberanía del talento, por la holgura de la posición, por la gloria,—porque Schwarz no era aún insensible á la gloria,—atraerse todas las miradas, provocar sonrisas, conquistarse afectos!... Y de repente se presentó en su fantasía la imagen de Elena. Debía reconocerlo: en el terreno afectivo no tenía ya la libertad de elegir; estaba vinculado..... Y sin embargo, experimentaba más que nunca la necesidad de atraerse las miradas de todas las jóvenes, de verlas sonreír á su paso alegremente, de oír las gratas palabras: «Mira, papá, el joven doctor.» Y por la primera vez no conseguía sustraerse á una idea que le asaltaba con insistencia: tal vez, en el porvenir, Elena podría ser un obstáculo.

Schwarz concentró su atención en tal idea. El obstáculo no

podía nacer de ella; Elena tenía veintiún años, él veinticuatro. ¿De dónde procedía, pues, el presentimiento de que la joven pudiera llegar á ser para él una carga andando el tiempo? La voz de su conciencia le respondía que su origen había que buscarlo en su ambición; Schwarz conocía poquísimas mujeres, y hubiera querido conocer, estudiar y dominar á todas. Pero había otros motivos, motivos nada accidentales, y á los cuales se obstinaba en no dar valor alguno. Schwarz amaba harto poco; una multitud de afectos bullía confusamente en su alma, y no en todos figuraba Elena. Y como él se daba exacta cuenta de cuanto sucedía en su corazón, tal percepción le quitaba la tranquilidad. Hubiera querido llegar al fondo de todas las cosas, lo que no era empresa difícil para un talento como el de Schwarz, poderoso, sólido, seguro de sí mismo. Poseer el amor de una mujer como Elena, hubiera sido apoderarse del fugitivo fantasma de la felicidad; pero Schwarz pensaba que había de privarle de todo triunfo para el porvenir. ¡Ah! ¡Si hubiese conocido entonces el mezquino valor de tales triunfos, y los desengaños que le esperaban en su camino, no hubiera vacilado ni un momento! Pero aún no se había apartado de sus ojos el velo de las ilusiones.

Absorto en sus borrascosas reflexiones, Schwarz había perdido la noción del tiempo. En la semiobscuridad de la habitación vacilaba la trémula llama de la lámpara, y él mismo cabeceaba soñoliento. Despejóle de pronto un rumor en el piso superior: alguien golpeaba fuertemente el suelo.—Tampoco los de arriba duermen—pensó, y su imaginación voló al lado de la condesita y de su dulce sonrisa.—¡Qué ligero y tranquilo debe ser el sueño de una niña semejante!—se dijo.—¡Bah! Las muchachas se parecen á los pájaros: el hombre se estanca en su trabajo y en sus ideas..... La mujer en cambio..... esa es verdaderamente un lindo pajarillo..... Debe ser muy agradable contemplarla mientras reposa; quisiera verla..... Estando de..... ya ha cesado el ruido, y yo..... ¿Pero qué sucede?

Schwarz se puso en pie y prestó atención. Resonó un fuerte campañillazo. Abrió la puerta más que de prisa, y alzó la lámpara próxima á extinguirse: la condesita estaba ante él. Pálida como una muerta, con una modesta cofia en la cabeza y cubierta con una chambra que dejaba entrever el cuello y el seno; tenía una vela en la mano, mientras con la otra la protegía del viento.

—¡Por caridad—exclamó—mi padre se muere!

Sin decir una palabra, Schwarz cogió su estuche, despertó bruscamente á Augustinovitch, y ordenándole que le siguiese lo más pronto posible, salió apresuradamente á la escalera detrás de la condesita. En la primera habitación había una cama en desorden, caliente aún, la de la joven; en el cuarto inmediato yacía en su lecho el anciano Conde, ya casi sin sentido, con el rostro lívido y echando baba sanguinolenta. Algunos minutos después acudió también Augustinovitch, vestido apenas, despeinado, y los dos se apresuraron á ocuparse del enfermo sin hablar á la condesita, que, de rodillas á los pies de la cama, desesperada y casi sin conocimiento, sollozaba desconsoladamente. Schwarz y Augustinovitch se miraron con desaliento: no había esperanzas de salvarle.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la muchacha deshecha en llanto—tal vez otros.....

—¡Pronto, aprisa!—gritó entonces Schwarz á su compañero.—Vete á llamar á Skotnizky.

Augustinovitch se precipitó fuera de la habitación, aun cuando no esperaba hallar vivo á su regreso al conde. Mientras tanto, sin acobardarse, sin perder la energía ni un solo momento, sangró al enfermo, y al fin, consultando el reloj, pudo anunciar á la joven que la crisis estaba vencida.

—¡Oh, gracias, gracias!—exclamó aquélla.—¿De manera que puedo tener esperanzas?

Schwarz se limitó á repetir:

—La crisis está vencida.

Al poco rato volvió Augustinovitch con Skotnitzky. Este

manifestó que por aquella vez el enfermo estaba fuera de peligro; pero añadió rotundamente que si el ataque se repetía, el desenlace sería fatal; después dió órdenes para que se le vigilara constantemente. Nuestros dos conocidos pasaron toda la noche á la cabecera del enfermo. Al amanecer el Conde recobró el conocimiento, y rogó que le llevasen un sacerdote. Augustinovitch se encargó de la comisión, y al poco rato volvió con un sacerdote larguirucho y flaco, el cual rezó las oraciones y letanías del caso, confesó al enfermo y le dió el viático y la extremaunción.

El Conde pasó todo aquel día tranquilo. Habló con Schwarz, bendijo á su hija, hizo testamento, y tomó, en fin, cuantas disposiciones se acostumbra cuando se dispone uno para el viaje de la eternidad. Al anochecer Schwarz trató de convencer á la condesita para que descansase algo, porque, aun cuando fuerte y animosa, la pobre joven apenas podía tenerse en pie, rendida por la angustia y las emociones. Resistió al principio; pero se convenció ante las instancias de Schwarz, al que estrechó la mano con efusivo agradecimiento, mientras el joven la contemplaba atentamente por primera vez. La joven tendría unos veinte años, tal vez menos, aunque aparentaba más por su gran desarrollo. De estatura media; su boca era más bien grande, pero no exenta de gracia; sus ojos eran azules é inteligentísimos; sombreaba su frente abundante y obscura cabellera, y su fisonomía tenía en conjunto una dulzura extraordinaria; sus manos eran pequeñísimas, y en la expresión de su rostro y en todos sus movimientos, notábase el sello de la raza aristocrática.

Al cabo de una hora de que la joven estuviese descansando, cayó el Conde en un profundo sopor. Cansados y pensativos, Schwarz y Augustinovitch permanecieron unos momentos en silencio junto á la débil luz de la lamparilla. Después Augustinovitch comenzó á hablar á media voz.

—Estoy pensando lo que será de esa muchacha cuando...—  
y completando la frase con un gesto elocuente, indicó con la

cabeza al enfermo, mientras se pasaba un dedo por la garganta y cerraba los ojos.

—También yo estoy pensando lo mismo, — respondió Schwarz.—Tal vez exista algún pariente lejano.

—¿Y si no existe?

—Habrá que preguntárselo á ella. Es indudable que son pobres. Me ha asegurado el portero que todavía no han pagado el alquiler. Pero es imposible que no tengan algún pariente, algún conocido cuando menos...

—Dejémoslo ahora; ya hablaremos luego de este asunto, — dijo interrumpiendo Augustinovitch, el cual no gustaba de hablar mucho sobre el mismo asunto.

—En todo caso—añadió Schwarz—tengo una idea. Hasta ahora no ha venido nadie, y tú convendrás en que aquella desgraciada—y señaló con la mano el cuarto en que dormía la condesita—no puede ser abandonada á sí misma cuando muera su padre. Dime; tu nueva conocida, la señora de Vitzberg, ¿es una mujer religiosa? —y recalcó sus últimas palabras.

—¡Oh! es una santa.

—¿Buena, afectuosa, simpática?

—Mucho... ¿Pero qué tiene que ver todo esto con el porvenir de la condesita?

—Tiene que yo querría confiarla al cuidado de esa señora...

—¡Muy bien! ¿Y el pleito?

—Precisamente á causa del pleito.

El enfermo hizo un movimiento. Schwarz se inclinó sobre él, y después siguió diciendo en voz baja:

—Todavía quedará lo del alquiler; pero esto se arreglará como lo demás. Tal vez quedará algo á la muerte del conde.

—¡Sí, el alquiler, el alquiler!—exclamó Augustinovitch con un bostezo.—He de referirte una historieta si no me duermo. Jamás he tenido la costumbre de pagar el alquiler, y sin embargo, me daba mucha rabia cuando venían á pedírmelo. ¿Había de ser tan difícil acostumbrar á un casero á que

no cobre por el arriendo? Con uno logré llegar á un acuerdo. Era el tal un empleado, un hombrecillo viejo, con orejas de asno, como las de Midas. Sucedió que en una ocasión estaba yo sentado en el jardín de la casa, y como era verano y la noche espléndida, á falta de otras ocupaciones más importantes, comencé á contar las estrellas del cielo. Un cielo resplandeciente de estrellas predispone siempre á soñar, y yo me dejaba transportar al mundo de los sueños. De repente se me aproximó el citado asno, y comenzó á apremiarme para que le pagase el alquiler. Yo entonces me levanté del asiento, tracé majestuosamente con la mano un inmenso arco en el espacio, de Oriente á Occidente, y en tono de misterio le pregunté:

—¿Vé usted esa bóveda incomensurable, vé usted el resplandor de esos millones de celestes luminaires?

—Lo veo,—respondió algo asustado ante mi entonación,—pero.....

—¡Silencio!—exclamé con gravedad. Después me encasqueté el sombrero, dirigí una severa mirada al cielo, otra al casero, cada vez más asustado, y añadí con voz de trueno:—¡Polvo y miseria! ¿Osará usted, pues, comparar tanta magnificencia con esos cinco miserables rublos?.....

Un gemido ahogado interrumpió la relación de Augustinovitch. El Conde estaba lívido, todo su cuerpo se contraía, sus manos se crispaban. Comenzaba el segundo ataque.

Schwarz acudió al instante y enderezó á viva fuerza el brazo del paciente.

—¡Pronto,—murmuró con voz sorda,—sángrale!

Siguió un momento de silencio, interrumpido de cuando en cuando por palabras sueltas.

—¿El pulso?

—¡Agua!

—Se ahoga,—murmuró Augustinovich.

Ambos contuvieron la respiración; oyóse después el ruido sordo de la lanceta que penetraba en la vena. Pero no salió ni una gota de sangre.

—¡Es el fin! ¡No lo salvaremos!—exclamó entonces Schwarz dando un gran suspiro. Y corrieron por su frente gruesas gotas de sudor.

—Todo es inútil..... se está muriendo,—dijo Augustinovitch con la mayor indiferencia.—Hemos cumplido con nuestro deber. Ya podemos irnos á dormir.

## XI

El anciano Conde murió, en efecto, y fue enterrado con todas las ceremonias del rito cristiano.

Inmediatamente después Schwarz hizo una visita á la señora de Vitzberg. Ninguno de la familia dió señales de vida y, por lo tanto, era preciso buscar un apoyo para la Condesita. El conde dejó muy poca cosa y, además, aun cuando hubiese quedado algo de substancia, la joven no estaba en condiciones de administrarlo por sí sola. No costó gran trabajo á Schwarz lograr lo que se proponía. Como la señora de Vitzberg temía á Dios, y como además era accesible á los escrúpulos de conciencia, él, con oportuna exageración, la insinuó que ella sola, á consecuencia de su intento de pleito, había matado al Conde, y que por lo tanto era de justicia que amparase á la hija de la víctima. Esta consideración aterró á la señora de Vitzberg. Como en visión horrible, vió desfilas en su imaginación todos los tormentos del infierno; y por otra parte, pensó que la compañía de la Condesita, dotada de instrucción, según lo que afirmaba Schwarz, no podía menos de agradar á su Malinka.

La señora de Vitzberg era una persona respetabilísima bajo todos conceptos; mas, para decir verdad, tenía una inteligencia bastante limitada y un conocimiento del mundo más limitado todavía. Y la mejor prueba de esto es, que consideraba á Augustinovitch como un modelo de elegancia, de cortesía y de delicadeza. Verdad es que Schwarz la había asusta-

do algo, en su primer visita; pero fue un temor pasajero. En el fondo de su alma sentía verdadera satisfacción y verdadero orgullo, al ver que jóvenes tan distinguidos «honraban, como decía ella, su morada»; y además Malinka, que, desde ciertos puntos de vista se parecía en todo á su madre, se había entusiasmado con Augustinovitch. Así insistió ella con su madre para quedarse en Kieff, insistencia tal vez superflua, porque el establecerse en Kieff era también un deseo de la señora de Vitzberg. En diecinueve años, que eran precisamente los que tenía Malinka, la jóven no había estado más que una vez en Kieff y otra en Gitomir; fuera de estas dos ocasiones, no se había movido nunca de su país. Ahora que los medios de fortuna permitían que se viviese en la ciudad, era preciso que la jóven empezase á conocer el mundo.

El difunto señor de Vitzberg, empleado que fue en el Gobierno de Dogana, supo arreglárselas de tal manera, que además de las solemnes frases del discurso leído sobre su tumba: «¡Descansa en paz, oh Cleofás Vitzberg! Pasarán los siglos, pero Europa entera se inclinará siempre respetuosa ante tu honradez inmaculada y tus severas virtudes», dejó en herencia á la inconsolable viuda, sumida en profundo duelo, un capital de novecientos mil *gulden* polacos; y hubiera dejado más si la inflexible Parca no hubiese cortado bruscamente el hilo de su existencia. Así, rico y sintiendo la pérdida de su prebenda, pasó al reino de las sombras. Pero la fortuna realizada permaneció en buenas manos. Buenas y blandas de corazón, las dos damas socorrían á las viudas y á los huérfanos, atemperaban cuidadosamente los gastos con los ingresos, pagaban los diezmos á la Iglesia; en suma, cumplían con todos los deberes de buen cristiano, tanto en lo referente al alma como en lo que concierne al cuerpo.

Así, pues, ambas recibieron á la huérfana con los brazos abiertos, con aquella afectuosidad que hubieran podido demostrar á una persona consanguínea; Malinka, especialmente, sér bueno y afectuoso, aunque todavía tímido, concibió un

verdadero cariño por la Condesita desde la primera vez que la vió. Imposible sería relatar sus bondades y atenciones hacia la huérfana, sus esfuerzos para consolarla en su desgracia, sus fervientes deseos de unirse con ella en íntima amistad. Y eran tantos los cuidados de que la rodeaban, que la Condesita no los hubiera tenido mejores en su propia casa.

Conviene no obstante advertir, que la huérfana pertenecía á esa clase de personas que se conquistan desde luego las simpatías. A pesar del dolor mudo y profundo en que la sumió su profunda desgracia, no dejaba de manifestar su gratitud á su improvisado bienhechor. Con lágrimas en los ojos dió gracias á Schwarz, dándole su manecita blanca, que aquél, con emoción desacostumbrada, rozó con sus labios. En cuanto á Augustinovich, su juicio acerca de la Condesita se resumió en la siguiente exclamación:

—¡Y decir que yo hice pucheros cuando fijó sus ojos en mí! ¡Qué el diablo me lleve si no me aventaja cien veces en hermosura!

Una nueva figura de mujer, simpática á todos sin duda alguna, vino por lo tanto á mezclar su vida con la de nuestros héroes. Como era natural, la belleza y la desgracia de la joven debían producir en el ánimo de aquéllos una impresión vivísima. Pronto sabremos si en aquella joven se ocultaban las alas del ángel ó si, por el contrario, albergaba aquel cuerpo todo gracia y encanto un alma árida é hipócrita. ¡Si la vida fuese como un libro, en donde el poeta infunde el alma á las creaciones de su propia fantasía! ¡Si del mismo modo pudiéramos infundir el alma á los hombres, de manera que, sin dejar de ser iguales, fueran al mismo tiempo diversos!.... Pero la conclusión sería idéntica tal vez. El alma humana es como una corriente de agua; trae de lejos la linfa envenenada; pero ¿quién asegura que el gérmen del veneno no esté en el fondo del alma misma, quién afirma que no sea el alma misma la que crea las imágenes saturadas de veneno? El alma humana se parece á un libro en blanco; por un lado escribe la mano

de Dios, por el otro la de Satanás. Pero Dios y Satanás no son en este caso sino símbolos; la que realmente escribe es otra mano, que pertenece al mundo: escribe el torbellino vertiginoso de la vida, y la maldad y bondad de los hombres, y los fugitivos instantes de alegría y de felicidad, y los afanes sin fin, y los dolores agudos y obstinados. Pero existen almas elegidas en las cuales, como en las conchas, el dolor da origen á una perla. Y á este frecuente resultado concurren también la tristeza y la soledad.

Pero no siempre. En la mayor parte de los casos, la tristeza y la soledad no son nada más que un manto complaciente, bajo el que se ocultan el fastidio, la estulticia, la vaciedad, cualidades que, como hermanas cariñosas, con admirable acuerdo forman el nido bajo las soberbias arcadas de los palacios edificadas por la tristeza y la soledad, y van buscando lo que jamás han perdido. Sin embargo, la soledad conserva siempre cierto encanto, pero la tristeza nunca, al menos para aquél que de ella está invadido. La soledad es para el alma lo que el sueño para el cuerpo, y más aún. En la soledad el átomo invisible é impalpable que constituye el espíritu humano se debilita, se disuelve, cesa casi de existir; entonces, en aquel reino silencioso de la paz, se confunden las palabras, vacilan los pensamientos, se aniquilan todas las potencias del alma. Y esto se llama tranquilidad. Pero la soledad nunca está sola, porque el silencio la acompaña siempre. ¡Lástima que las ansias del ideal no vayan acompañadas siempre por la inercia!

Afirman los poetas que á veces la soledad crea; el alma se encuentra entonces como extraviada, dirige una mirada temerosa en rededor, y se conmueve con las visiones que le llegan de fuera. Por esto gustan de la soledad los tontos, los huérfanos, los espíritus soñadores y los poetas. La Condesita amaba mucho la soledad.

De modo que era.....

¡Un poco de paciencia! Ya veremos lo que era. Hora es ya que salgamos de las tinieblas en que hemos estado envueltos;

la realidad de la vida nos llama. También la Condesita entraba en dicha realidad como..... como una niña. ¡Una niña! ¿Hay nada en la tierra que ofrezca mayor suma de gracias, de encantos, de atractivos? ¿Una armonía tan espléndida y fascinadora de dulzura, de savia, de perfumes embriagadores, de flores, de rayos de sol, y..... de sueños é ilusiones?.... ¡Vuela, pues, vuela por el tranquilo espacio, oh dorada mariposa!

## XII



El pasado de la Condesita era muy triste. En vida de su padre pasaba días enteros sola en la pobreza de sus habitaciones descuarteladas y casi vacías: su única compañía era el gorgojo de los pájaros ó el murmullo sordo é incesante de los criados que charlaban en la cocina. Solamente á la noche regresaba el Conde, cansado, rendido, descorazonado por aquel eterno amontonar nada sobre nada, como él mismo decía al aludir á todos sus asuntos.

Nada le salía bien. Hubo un tiempo en que fue activo y enérgico, y solía ser citado en la aristocracia como un ejemplo de que los nobles deben dedicarse también á la industria y al trabajo. Pero el resultado final de todos sus afanes fue la ruina, la pérdida total de su patrimonio. Habíale quedado, es cierto, alguna experiencia de los negocios, mísera compensación que hubiera cedido por la absoluta ignorancia de los mismos: otra cosa había salvado también del naufragio de toda su fortuna: el recuerdo de lejanos tiempos y el orgullo de familia, y ésto no lo hubiera cedido á ninguna costa. Lo que formaba un lazo de unión entre la experiencia y el culto de los tiempos pasados era la infinita amargura, que llenaba su alma, y que se esforzaba en ocultar, una amargura de sí mismo, de la vida, de los hombres, de la sociedad entera. ¡Y así tenía que suceder! Los otros nobles, que un día fueron sus

amigos, ó no le recibían en sus casas, ó le recibían de manera que recordara su situación. ¡Oh, si hubiese tenido un hijo! Al crecer el joven, confiado en sus propias fuerzas no gastadas y en el porvenir, hubiera, sin duda alguna, alzado el vuelo para salir del nido paterno y remontarse por el espacio hacia la luz, hacia el sol..... ¿Pero y la hija?.... El Conde no se hacía ilusiones acerca de la suerte que estaba reservada á su hija: estaba destinada á vestir imágenes, ó muerto él, á casarse con el primer advenedizo.

Precisamente por esto no la amaba como hubiera debido amarla, y precisamente por esto, mejor dicho, á pesar de esto, la hija le rodeaba de un amor solícito y respetuoso. Le amaba porque sus cabellos eran blancos, porque era desgraciado, porque no tenía otro en quien fijar su necesidad de querer. Le amaba, en fin, porque tal amor era el último canto de un poema que formaba en su fantasía. A menudo, el Conde, con acento triste y doloroso, narraba á su hija los hechos de sus antepasados, resplandecientes de gloria y de virtud; narrábale la historia de aquellos condes, de aquellas condesas, de aquellos guerreros, cuya fama se perdía en la noche de los tiempos. Y como la joven estaba pendiente de los labios de su padre, sentía que su alma, vibrante de placer, transportábase al pasado. A veces en el dorado fondo de la leyenda se destacaba una figura alada, medio soldado y medio héroe, un ardoroso hijo de la Estepa, con la espada desenvainada en la mano, pronto á lanzarse en el fragor de la pelea; recorría la Estepa blandiendo la espada, sembrando en todas partes á su paso el estrago y el terror, librando de bárbaros á aldeas y ciudades, y allá lejos, en el fondo, aparecía la riente Crimea y el mar azul..... ¡Los consabidos sueños de una niña!.... Y los cantos que celebraban las empresas del héroe repercutían por todas partes, en toda la extensión inmensa de la Estepa. Después, el guerrero, joven y apuesto, inclinaba la cansada frente, tinta en sangre y enamorada ante alguna delicada imagen de mujer..... ¡Los consabidos sueños de la hija de un

magnate! Aquella delicada figura de mujer era ella; el héroe él, Herbut ó Korechi.

Tales sueños correspondían á su educación; eran tal vez más perjudiciales que útiles, pero siempre hermosos sin embargo. Y mientras tanto el Conde terminaba su relato y sus últimas palabras eran siempre una queja, una nota de amargura.—¡Por mi culpa, por mi culpa!—Entonces la niña le enlazaba amorosamente el cuello con los brazos.—¡No, no es cierto! ¡No es culpa tuya! ¡Todavía han de volver los buenos tiempos! Pero, ¡ay! no volvieron, ni se presentó héroe alguno á la muerte del Conde para proteger á la huérfana.

La persona que se presentó para protegerla no tenía nada de heroico. Aquel severo rostro, de ancha frente y fisonomía austera y fría de pensador, estaba muy lejos del héroe con dorado yelmo y plumas de avestruz en la cimera; y por otra parte Schwarz era para la Condesita un tipo sobrado nuevo, que la extrañaba y atraía su atención. Hablaba muy poco pero por él hablaban los hechos, que en breve le hicieron indispensable para la vida de la joven, la cual admiraba la energía, la constancia, la prontitud con que Schwarz pasaba del campo del pensamiento al de la acción; tal vez no comprendía aún que tal cualidad pertenecía, aunque bajo diferente aspecto, al varonil esfuerzo que había admirado en los relatos paternos. Pero no estaba en condiciones de observarlo. El Conde no había jamás logrado nada; Schwarz, en cambio, obtenía en un día mayores resultados que aquél en diez.

Asumiendo la misión de regularizar la posición económica de la joven, Schwarz había comprendido que la Condesita tenía necesidad de un patrimonio propio, aunque fuese modesto, para no verse obligada á recurrir á la cortesía de la señora Vitzberg hasta para los gastos menudos. Esta era una idea que estremecía á la joven, y Schwarz, que comprendía lo que pasaba por la mente de aquélla, supo salvar lo poco que había quedado de la fortuna del Conde. En este terreno procedió con la misma cautela y seguridad que procedía con su lanceta; y

sus gestiones fueron coronadas por el mejor éxito. Como es natural, Schwarz no se dejó guiar solamente por sí mismo, sino que se aconsejó de un amigo, competente en asuntos de Derecho, el cual, aunque jóven todavía, hubiera sabido afrontar al mismo diablo. ¿Pero por qué no se aconsejó también con alguien el difunto Conde? La joven personificaba, como su padre, el verdadero tipo de la aristocracia, y Schwarz al pueblo.—¿Qué clase de gente es esta—preguntábase ella casi con terror,—dotada de una energía sobrehumana, que sabe vencer todos los obstáculos, al revés de lo que nos sucede á nosotros?

El resto se lo decían los libros. La Condesita daba rienda suelta á sus pensamientos. En una ocasión que preguntó á Schwarz algo de su pasado, obtuvo una respuesta franca, pronunciada sin sombra de vacilación y sin avergonzarse:—Mi padre fue herrero.—La joven creyó estar soñando. ¿Cómo era posible hacer semejante confesión con tanta tranquilidad? Hubiera debido tenerlo oculto, así al menos pensaba ella; en cambio Schwarz no hacía de ello ningún misterio. Y aquellas francas palabras habían producido á la joven la impresión de otros tantos martillazos en pleno pecho; involuntariamente le miró con estupor, como si le viera con el delantal de la fragua, ó le brotasen chispas entre las manos.

Por lo demás, inútil es ocultarlo, á pesar de su gratitud inmensa á Schwarz y á las señoras de Vitzberg, creyó al principio que la corona nobiliaria que ornaba su frente y no otra cosa, era lo que hacía que todas aquellas gentes atendiesen á la hija del magnate. Más adelante pudo convencerse de que se había engañado por completo, por lo menos en lo concerniente á Schwarz. El joven pronunciaba la palabra *Conde* con el mismo tono y con la misma importancia con que hubiera dicho zíngaro, turco ó hebreo. ¿Sería quizá insensible á tales diferencias? Esto no podía ser según la Condesita, la cual se imaginaba que su protector lo hacía así de intento. Pero aún había más. La joven había observado que la actitud de Schwarz acusaba un tono de superioridad, casi de conmisera-

ción. En su conversación con ella era afable, no la escatimaba ningún miramiento; sin embargo, al través de la amabilidad del lenguaje y de la cortesía de su comportamiento, se reflejaba otro sentimiento como el de la indulgente condescendencia de un hombre hacia un pequeñuelo, de un sér robusto y enérgico hacia una débil criatura. Y sin embargo, precisamente á causa de esto, abandonábase ella confiada á su protección, y se sentía tan segura. Parecíale que para ella no debía haber ninguna dificultad insuperable; podía descansar con sueño tranquilo: Schwarz velaba por ella.

En una ocasión, sin embargo, trató de hacer gala de sus cualidades delante de su protector: quería brillar, quería ofuscarlo con el refinamiento de la educación, con la nobleza de la sangre. Pero Schwarz, que se percató de la intención, le respondió con dulzura, manifestándole, sin embargo, al mismo tiempo lo que en aquellas ideas había de verdad y de falso; dióle, en una palabra, una lección que dejó de mal humor á la Condesita. Intentó entonces deslumbrarlo con la ostentación de sus méritos, y, sentándose al piano, arrancó dulcísimas melodías que encantaron á Schwarz. ¿Pero y después?... Después se sentó al piano Augustinovitch—¡se atrevía á todo!—y tocó mucho y bien.... indudablemente mejor que ella. Confusa, nerviosa, con la cara larga, la Condesita fué á esconderse en su habitación. Pero el hecho de que comprendiese cuanto hemos expuesto, y se diera cuenta de ello, basta para demostrar que su cabecita no era de las vulgares. No nos extrañemos de que tuviese tiempo de entregarse á tales pensamientos estando aún reciente el duelo por la muerte de su padre: en la mujer, aunque educada y de nobles sentimientos, existe siempre, aun en los momentos de la desesperación, un fondo de coquetería, ingenuo, pero sabio.

De esta suerte comenzó una lucha continua entre el hijo del pueblo y la joven aristocrática, lucha que resultaba peligrosa para Schwarz, tanto más cuanto que éste no se precavía. La Condesita no le deslumbraba con su esplendor, pero

despertaba en él un sentimiento de simpatía, cada vez mayor; á sus ojos presentábase ella como una niña, una niña tierna y afectuosa, cuya suerte estaba en sus manos. De este modo, entretenido cada vez más por la Condesita, Schwarz descuidaba poco á poco á Elena, dilataba sus visitas, y cuidábase más de procurar una satisfacción á la joven que de evitar un disgusto á la viuda. Por su parte, la Condesita no era nada hostil á Schwarz; y el amor propio ofendido era un camino que podía conducir al amor mejor que al odio.

En el fondo, la Condesita Lula no deseaba otra cosa, sino que aquel enérgico y laborioso hijo del pueblo doblase enamorado la cabeza ante sus rodillas aristocráticas. Este deseo se formuló en ella de un modo claro y preciso cuando se dió cuenta de que Schwarz era un buen mozo. Recordemos que la Condesa Leocadia tenía veinte años, y que en su espíritu sucedíanse sin interrupción ansias, afanes, aspiraciones, que no acertaba á explicarse. Un poeta hubiérala llamado en su fantástico lenguaje el eco poderoso del deseo: amar y ser amado, ¡cuando tal vez en el espasmo de la felicidad deba marchitarse la juventud! Pero démosle el nombre que queramos á tal deseo, el pensamiento de Lula estaba siempre fijo en Schwarz, y la confianza, y el reconocimiento alimentaban en ella una viva simpatía. Cierto es que la difunta Condesa, madre de Lula, habíale repetido varias veces que una señorita bien educada no debe enamorarse; pero muy otras eran las palabras que murmuraba en su oído la madre Naturaleza, y es que rara vez están de acuerdo las enseñanzas de esas dos madres. Tal vez consiste en que en la mayor parte de las almas femeninas germinan y se desarrollan raramente las pasiones verdaderas y sublimes, y se ven agitadas por una infinidad de amoríos compuestos de nervios y de vanidades, que se remontan menos á las regiones del ideal, pero que en cambio ligan menos también....

Lula veía en Schwarz un joven apuesto, bueno, inteligente, generoso... No trataremos de indagar á cual de estas cua-

lidades concedía mayor importancia. La noche en que hizo tal descubrimiento, la Condesita, al irse á acostar, se dirigió una pregunta muy importante:—¿Y si él me amase?—Y en lugar de darse una respuesta, á medio vestir y descalza, corrió á ponerse delante del espejo. Solamente al autor le está permitido gozar de escena tan deliciosa. De debajo de la cofia, que cubría en parte su cabecita morena, los cabellos largos y rizosos caían sobre sus hombros de alabastro, y en la emoción apasionada que la agitaba el pecho, interrogaba al espejo con brillante mirada:—¿Y si me amase? ¿Y si cayese á mis pies pálido y palpitante?... ¿Aquí? ¿En este instante?...— Un vivo rubor encendió sus mejillas, toda su sangre afluyó á su cabeza; apagó la luz y se acostó.

Desde entonces comenzaron á manifestarse en Lula extraños cambios; unas veces, dominada por un invencible sentimiento de temor, se ponía triste y pensativa; otras vagaba por las habitaciones como una sonámbula; de pronto, sin motivo, besaba con efusión á Malinka, escondía su cabeza en el regazo de su amiga y permanecía así largo tiempo. Schwarz venía casi á diario. Transcurrieron de esta suerte muchos días... muchos meses... Y en el espíritu de Schwarz se iba operando un cambio cada vez más sensible y más profundo. A sus ojos la interesante niña se había transformado en una mujer hermosa, una flor espléndida en toda la plenitud de su desarrollo. Y cuando la miraba, no lo hacía ya con la imperturbable tranquilidad de antes; en otro tiempo hubiera podido alzarla en sus brazos con indiferencia y llevarla á su cunita, como se lleva un niño que se ha dormido; actualmente la sola idea de tal acto le hubiera conmovido en todo su sér. El idilio progresaba en ambos. Y tras tantos meses de alegría, un día, en casa de la señora de Vitzberg, y en la de Schwarz respectivamente, entabláronse los siguientes diálogos:

\*  
\* \*

—¿Y si tú llegases á amar, Malinka?

—Entonces, querida Lula, sería muy feliz. Entonces sería completamente fiel á mi amor, y créelo, Lula, con la ayuda de Dios me amaría él también.

—¿Y si no te amase?

Malinka se pasó una mano por la frente.

—No sé, no puedo imaginarlo; pero me parece que el amor es una correspondencia. Yo, sabes, amaré... como aman... En fin, amaría tanto, ¡tanto!—Y echando los brazos al cuello de su amiga, la colmó de besos y caricias.—¡Le amaría tanto, querida Lula, que él también habría de amarme!

Como dos tímidas palomas las dos jóvenes escondieron el rostro, la una en el seno de la otra, y reinó un momento de silencio.

—¡Malinka!—exclamó después Lula con la voz temblona por las lágrimas.

—¿Qué, Lula mía?

—Malinka, yo amo.

—Lo sé, querida.

\* \* \*

—¡Hola, hola, compañero!—decía mientras tanto Augustinovitch á Schwarz.

—¿Qué hay de nuevo?

—Que el diablo me lleve si esto es nuevo. ¡Vaya, vaya, compañero!, he visto como besabas y volvías á besar el velo de la Condesita... ¿Te agrada tanto el besar? Allí, en aquel rincón, debe haber un paraguas. ¿Quieres besarlo? Ó prefieres besar, en cambio, mi gabán del año pasado?... Anda, farsante, dame la pipa. Ya sé yo lo que quiere decir todo esto. Quizá no lo sepa Malinka. ¡Pobrecilla! ¡Es tan inocente! Pero á mí no se me escapa.

Schwarz se cubrió el rostro con las manos. Augustinovitch le miró en silencio, hizo después algún ruido con los pies,

tosió, murmuró algunas frases, y exclamó por fin con voz de trémolo:

—¡Anda, hombre, anda!

Schwarz no respondió. Entonces Augustinovitch le dijo, dándole en el hombro unos golpecitos amistosos:

—Acerté, amigo mío..... pero no te aflijas, no tortures tu imaginación. Lo sientes por Elena, ¿no es verdad?.... ¡contesta algo!

Schwarz se encogió de hombros con un gesto vago.

—¡Ya lo comprendo! ¡Lo sientes por Elena! Eres honrado, amigo mío..... pero, ¿qué se ha de hacer? Cásate.....

Pero Augustinovitch no pudo terminar su consejo, pues Schwarz se levantó con ademán resuelto. En su rostro se retrataba la firmeza de una increíble decisión, y la contracción dolorosa del entrecejo era el único signo exterior de la lucha que se entablaba en su alma.

Estrechó con fuerza la mano de Augustinovitch, y dijo:

—Me voy.

—¿A dónde?

—A casa de Elena.

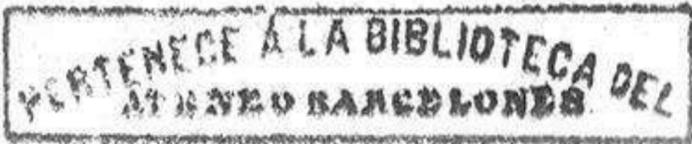
—¿A casa de Elena?—exclamó silabeando Augustinovitch, estupefacto y sin querer dar crédito á lo que oía.

—Sí, á casa de Elena. Hora es ya de que terminen las debilidades y los subterfugios. Voy á casa de Elena, y para pedirla su mano.

Augustinovitch lo miró mientras salía, meneó la cabeza y murmuró entre dientes:

—Ahí tienes, oh estúpido Adán, con qué vigor saben hacer frente á las situaciones semejantes temperamentos.

Cargó la pipa, se tumbó en la cama, y comenzó á echar humo con redoblada energía.



## XIII

Cuando Schwarz llegó á casa de Elena, ésta no había vuelto aún, y aquél se dispuso á esperarla paseándose nerviosamente por la sala. Estaba decidido á salir de la difícil situación en que le había colocado su interés hacia á la joven huérfana. Pero era una resolución que le angustiaba, que le costaba un enorme sacrificio, que le causaba un dolor agudísimo, y hasta casi un trastorno físico. Iba á pedir, formalmente, la mano de Elena; sin embargo, en aquel instante le parecía que no sentía por ella sino odio; en cambio su corazón, su pensamiento, todo su sér se dirigían con el anhelo del deseo apasionado hacia otra mujer, hacia Lula, á la que amaba como saben amar los temperamentos enérgicos, que ocultan el ardor de la pasión bajo una apariencia de frialdad.

Schwarz trató de prepararse para su primer encuentro con la viuda; pero preveía que no le iba á ser cosa fácil. Nada hay más repugnante que fingir amor con una mujer á la que no se ama; y el fingimiento ingrato es punto menos que imposible para un carácter viril. En otro tiempo Schwarz había amado sinceramente á Elena; mas ya antes de que llegase á comprender lo querida que le era Lula, su amor había ido desapareciendo poco á poco. Cuando por fin llegó el momento de que no le fuera imposible abrigar ninguna duda acerca del sentimiento que le inspiraba la joven, experimentó unos momentos de vacilación; sentía su nuevo amor, pero tenía miedo de pensar en él, de confesárselo á sí mismo. Después el corazón empezó á reclamar con voz imperiosa los derechos que le correspondían; y el joven que comprendió lo que significaba aquel violento palpitar, impúsole silencio, se tapó los oídos para no oírle: vacilaba en dar un paso hacia adelante, comprendía que estaba en contradicción consigo mismo, comprendía que se hallaba en una situación penosa, de la que era pre-

ciso salir á toda costa. Con el cinismo propio de su carácter, Augustinovich habíale obligado á sondear en su alma, á mirar de frente aquellos amores; Schwarz no había retrocedido ante la lucha íntima de sus afectos y de sus sentimientos..... acudió á casa de Elena..... él mismo se cortó la retirada.

Pero no pasó aquella lucha dolorosa sin dejar profundas huellas. Sentía que su sangre corría por las venas con febril ardor, experimentaba una excitación que le quitaba la tranquilidad de pensamiento; una multitud de imágenes, de visiones, de recuerdos fugitivos y deliciosos cruzaba por su imaginación en extraña algarabía; más que nunca le asaltaba el convencimiento de que Lula correspondía al amor que la profesaba; en su mente hacía camino una duda ingenua, con el desaliento de las últimas descargas en una batalla perdida. ¿Tenía derecho á sepultar, con la propia, la felicidad de aquella tierna niña?.... Pero una reflexión sencilla bastó para que se disipasen todas las sombras: entre él y Elena había de por medio el deber; entre él y Lula nada..... De índole muy diferente eran las dificultades que hacían arduo su camino. Su propósito de casarse con Elena era sincero; mas para realizarlo necesitaba fingir amor, mentir en aquel momento, mentir después toda la vida.....—¡Señor, Señor!—se lamentaba Schwarz.—¡Y pensar que todos estos males son la consecuencia de un bien! ¡Oh, es para volverse loco! Y cada vez se presenta la vida más erizada de dificultades; todos nosotros caminamos en pos de la felicidad como el perro en pos de la sombra, y el resultado es siempre el mismo para todos.—En este análisis de su propia desdicha, Schwarz, que no gustaba poco ni mucho de retóricas declamaciones, sentía que se confundían sus ideas. Por lo demás, semejante filosofía tiene también su encanto: el hombre se enamora poco á poco de sus propias aficciones, y las mece y las acaricia, como acarician otros el pensamiento de la felicidad.

Mientras tanto la noche había ya cerrado, y todavía no había vuelto Elena. Una voz interior manifestaba á Schwarz

que la viuda debía estar en el cementerio, lo que le producía un sentimiento de rabia, cuya causa no acertaba á explicarse. En la sala se condensaban lentamente las tinieblas; encendió una luz y continuó paseando por la estancia. De pronto su mirada se fijó involuntariamente en el retrato de Potkansky. Schwarz no le había conocido y no podía quererle; antes bien, en lo noble de la alcurnia del difunto, buscaba un pretexto para justificar su propia antipatía. Mas ahora, al contemplar aquel rostro viril, animado é inteligente, pasó por sus negros ojos un relámpago de odio.

—En último término—se dijo—yo no soy más para Elena que una imagen de ese otro.

Esto no era cierto. El carácter de Schwarz era completamente opuesto al de Potkansky, y si una extraña semejanza física fue la causa del primer impulso del amor de Elena, después le amó como Schwarz y porque era Schwarz. Pero esta idea llegaba muy confusa al pensamiento del joven. Schwarz hubiera dado la mitad de su vida porque Elena no pudiese llegar á ser su mujer, por no tener un hijo de ella.

—¡Un hijo!—pensó Schwarz;—si tengo un hijo querré educarlo yo, querré que crezca honrado, enérgico..... ¡Oh, si en vez de Elena fuese hijo de Lula!....

Corrióle por las venas un escalofrío; contrajo dolorosamente la boca, mientras gruesas gotas de sudor brotaban de su frente. Y en aquella aspiración había todo un mar de pasión y de deseo.

Al cabo de media hora volvió Elena. Llevaba un traje negro que hacía resaltar admirablemente el color mate del rostro y la belleza de los cabellos rubios; á la vista de Schwarz, sus labios se iluminaron con una dulce sonrisa, en la que se retrataba el temor unido á una infinita alegría. En efecto, en estos últimos tiempos las visitas de Schwarz constituían para ella un placer poco frecuente; mas, por fortuna suya, con esa exquisita delicadeza de tacto y con esa ternura de sentimientos propio en la mujer, no le había dirigido

jamás ninguna queja. Al verle, no se atrevió á entregarse demasiado pronto á la alegría; no desplegó los labios, mas en la muda elocuencia de un tierno y fuerte apretón de manos puso la expresión de su temor, de su alegría, de su cariño. Así, con su triste sonrisa en los labios y con la mano palpitante de ansiedad, ofrecía la inefable fascinación de una mujer enamorada. Si hubiese brillado una estrella entre sus cabellos, se la hubiera tomado por un ángel. Tal vez ceñíanla la frente otros destellos, la aureola del amor; pero los ojos de Schwarz no podían ver en ella un ángel, y la aureola del amor no brillaba para él.

Se llevó á los labios la mano de la joven y le dijo:

—Siéntate á mi lado, Elena, y escúchame.—Hace ya mucho tiempo que no venía á verte, y quisiera que entre nosotros volviese á reinar la paz y el contento de otros tiempos.

Elena se quitó la talma y el sombrero, se arregló el cabello, y se sentó al lado de Schwarz. Por su rostro cruzó una sombra de inquietud y de temor.

—Habla, José mío.

—Va á hacer cuatro años que Gustavo, á punto de morir, te confió á mi cuidado; yo he procurado mantener constantemente, en los límites de mis fuerzas, la promesa que le hice; pero nuestras relaciones no son lo que debieran ser. Todo debe cambiar, Elena.....

En el momento de ir á pronunciar irrevocablemente su propia sentencia, se interrumpió como para tomar aliento. Siguió un momento de silencio en el que se hubieran podido contar los latidos del corazón de Elena. Pálida como una muerta, estaba pendiente de los labios de Schwarz, y su vivísima emoción la obligaba á parpadear, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué todo debe cambiar?—preguntó con un hilo de voz.

—¡Sé mi mujer!

—¡Ah, José!—Juntó las manos en apasionado ademán de ruego, y le miró con el mayor cariño.

—¡Sé mi mujer!—repitió Schwarz. —La ocasión de que te hablé una vez ha llegado.

Elena le echó los brazos al cuello y, con gesto infantil apoyó su cabeza en el hombro del joven.

—¡Oh, José! ¿No te burlas de mí? ¡Aún he de poder ser dichosa! ¡Te quiero tanto, tanto!

Y en el éxtasis de la felicidad sus labios se acercaron inconscientemente á los labios del amado.

—Yo me veía triste y sola,—murmuraba ella—pero siempre tenía confianza en tí. El corazón es confiado cuando ama. Ahora serás mío, mío todo, para siempre, yo vivo solamente para tí. ¿Y qué sería la vida sin el amor? ¡Reír y ser feliz, y experimentar al mismo tiempo una gran tristeza y un deseo de llorar, y pensar que se ama! Eso es la vida. También yo estoy alegre, tengo el alma inundada de gozo y pienso en tí, y por tí sólo lloro, y á tí sólo amo.... ¡Oh, si alguien hubiese intentado separarnos, me hubiera mesado los cabellos, me hubiera arrastrado á tus piés. Yo era como una débil llama; un soplo tuyo hubiese bastado para extinguirme. Ahora soy tuya.... tengo necesidad de llorar.... ¡Dime, pues, que me quieres!

—¡Te quiero!

—¡He pasado llorando muchos años! ¡Pero qué distintas son mis lágrimas ahora! ¡Tengo en el alma una luz esplendorosa.... déjame cerrar los ojos para que la contemple.... déjame soñar! ¡Cuánta alegría, cuánta felicidad en un solo momento!.... ¡Apenas puedo abrazarla, dueño mio!....

Ante la exuberancia de afectos que se revelaba en tales palabras, Schwarz experimentaba un sentimiento de compasión; veía en qué abismo de mentiras y de contradicciones le arrojaba el deber de compartir la vida con una mujer tan hermosa, tan llena de amor y tan poco amada. Y apresurándose á levantarse se despidió.

Cuando se quedó sola, Elena apoyó la frente en los cristales de la ventana y permaneció largo tiempo inmóvil; después

abrió la ventana, y apoyando sus mejillas en las manos, miró á lo lejos, en aquella noche de verano tachonada de estrellas. Las doradas trenzas le caían por el pecho, corríanla silenciosas lágrimas, y la luna aureolaba su frente con un nimbo esplendoroso, y le plateaba el traje.

## XIV

Algunos días después, Augustinovitch, solo, en el cuarto de Schwarz, hallábase entregado al estudio. Faltaba ya poco tiempo para los exámenes.

Con su habitual afición á lo teatral, había bajado las cortinas de las ventanas, colocado una mesa en medio de la habitación, y él mismo, con las mangas remangadas hasta cerca del codo, se ocupaba en cierto experimento de física. Una porción de filtros, tubos de cristal, frascos y recipientes con líquidos y polvos de toda especie, ostentábanse sobre la mesa, y en medio de todo, ardía una lamparilla de espíritu, la cual con su azulada llama lamía la boca de una retorta que trepidaba bajo la acción del líquido en ebullición. Cuando Augustinovitch se ponía al trabajo, nadie podía rivalizar con él en agilidad y prontitud, y como suele decirse, las cosas brotaban bajo sus dedos. Y la verdad es que, en aquel instante, con la sonrisa en los labios, trabajaba de firme. De cuando en cuando interrumpía la seriedad del estudio con cuatro palabras dirigidas sin ton ni son al primer objeto que caía entre sus manos, ó con una reflexión contrita y llena de religioso temor acerca de la inconstancia de los acontecimientos humanos. En cambio, unas veces declamaba en tono trágico alguna estrofa, accionando majestuosamente y alzando los ojos al techo de la habitación:

«¡Curdyk, Curdyk, en tu mirada  
está mi felicidad!  
¡Ah! el oráculo fue obscuro.....»

Otras cantaba con modulaciones y trinos de lo más extraño:

«Silencio, pues, silencio y despacio.....»

O bien improvisaba con exaltada imaginación:

«El humo del tabaco es grata cosa;  
Carga, pues, la pipa, ¡oh joven!,  
Y descansa fumando tranquilamente».

—¡Por vida de!.....— exclamó de repente. —Si Schwarz en vez de arreglar matrimonios estuviese aquí, andaríamos más aprisa..... Pero es natural..... Vale más hacer la corte á Elena..... También á mí me agradaría hincar el diente en esa fruta. ¡Es tan bella la inocencia! Querida Elena....., permíteme..... y después, ¿qué más?

Un fuerte campanillazo le hizo dar un salto. Augustinovitch se volvió hacia la puerta, declamando con los brazos abiertos:

«¡Oh caminante!, mi hogar te acoge:  
Cansado de la vida, reposa aquí.»

Se abrió la puerta y entró un hombre joven y elegante. Augustinovitch le miró con mucha curiosidad; lo que llamaba más la atención en el recién llegado era una magnífica americana de terciopelo, unos pantalones flamantes, de color claro, y un minucioso cuidado de toda su persona, que se manifestaba especialmente en el peinado de los cabellos y en el afeitado rostro. En lo demás no ofrecía nada de particular: una cara ni estúpida ni inteligente; una expresión que, á primera vista, no expresaba ni carácter tranquilo ni iracundo; una estatura ni alta ni baja; una boca, una barbilla, una frente como hay tantas otras, y por añadidura, la carencia absoluta de todo rasgo encaminado á establecer la individualidad de una persona.

—¿Vive aquí el señor Schwarz?

—En efecto, aquí vive.

—¿Se podría verle?

—A esta hora sin duda alguna; pero en una noche obscura presumo que sería muy difícil.

El visitante hizo un gesto de impaciencia; pero el rostro de Augustinovitch conservó la expresión de un imperturbable buen humor.

—He venido para saber dónde y cómo se encuentra actualmente la condesa Leocadia N., y el amo de esta casa me ha indicado que el señor Schwarz podría complacerme. ¿Tendría usted la bondad de decirme algo acerca de este asunto?

—Con mucho gusto. Es una joven muy agraciada.

—No se trata de esto.

—Perdóneme, mi respetabilísimo señor, de eso se trata precisamente. Si yo le hubiese respondido á usted que era fea como una noche de truenos, ¿seguiría usted teniendo curiosidad de conocerla?... Me parece que no, ¡por vida de todos los diablos del infierno!

—Yo me llamo Pelsky, y soy primo suyo.

—Yo me llamo Augustinovitch, y no soy por ningún lado primo suyo.

—Insiste usted... tiene usted ganas de broma...

—De ningún modo, aunque también la señora de Vitzberg afirma siempre lo mismo. Pero me olvidaba de que usted no conoce á la señora de Vitzberg. Es una gran señora, la cual, además, tiene una hija... ¡valiente mérito tener una hija!, me dirá usted... Tiene usted razón. La cosa no tiene nada de extraordinario. Pero cuando la hija es rica como Pluto...

—Pero en fin, señor...

—¡Silencio! Siento ruido de pasos en la escalera... tal vez Schwarz... ¿No?... ¿Qué apostamos á que es Schwarz?

En efecto, era Schwarz, el cual abrió la puerta. Su fisonomía seria é inteligente había madurado, por decirlo así, en estos últimos tiempos, y llevaba el sello de la increíble energía de un hombre que ha tomado para el porvenir una resolución: la de que no se apartará á ninguna costa.

Augustinovitch se apresuró á hacer la presentación á su manera.

—Este es el señor Pelsky, y este otro, en nombre de todos los diablos, el señor José Schwarz, ilustre doctor en Medicina.

Schwarz echó á su compañero una mirada escrutadora. Mientras tanto Pelsky expuso el objeto de su visita, escuchado en silencio por Schwarz; solo cuando conoció el parentesco que existía entre la condesita y el visitante, frunció ligeramente el ceño. Sin embargo, dió sin vacilar las señas que se le pedían.

—Tengo el honor de saludarle — dijo por fin. — Supongo que la condesita se alegrará mucho de haber encontrado á un primo. ¡Lástima que no se presentara ningún pariente hace dos meses!

Pelsky murmuró entre los dientes una frase ininteligible y salió. Evidentemente la presencia y la actitud de Schwarz le habían desconcertado.

—¿Por qué le has dado las señas de Lula? — preguntó de repente Augustinovitch, en cuanto salió el otro.

— Porque hubiera sido sencillamente ridículo el no dárselas.

— Bueno, pues yo no se las habría dado.

— ¿Y qué le has dicho tú?

— Una porción de cosas, excepto aquella que deseaba saber. No podía yo imaginar que le tratases con tanta cortesía, y menos que le dieses las señas de la condesita.

— La hubiera podido encontrar el solo.

— Sí, sí; ¡habrá que ver cómo recibe la señora de Vitzberg á ese hermoso tipo! ¿Y tú vas hoy?

— No.

— ¿Y mañana?

— No.

— ¿Cuándo, pues?

— Nunca.

— Compañero, quien huye el peligro no da pruebas de valor.

—No soy ningún caballero andante, y menos un Don Quijote, para buscar aventuras. Prefiero vencer el peligro con la fuga, que desafiarlo para sucumbir en él. Mi norma es la razón, no la monomanía de los matamoros medioevales...

Siguió un momento de silencio.

—¿Has estado ayer en casa de Elena? — volvió á preguntar Augustinovitch.

—Ciertamente.

—¿Y cuándo es la boda?

—Cuando me haya licenciado.

—Tal vez sea mejor para ti que todo concluya de esa manera.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—No quisiera disgustarte... pero ¡qué quieres! Lula no me inspira confianza, voto á mil diablos.

Los ojos de Schwarz relampaguearon, puso una mano en hombro de su compañero, y exclamó con vehemencia:

—¡Guárdate de hablar mal de ella!

Separada de él por la fuerza de las cosas, Schwarz quería que la condesita permaneciese pura, al menos en lo íntimo de sus recuerdos.

—¿Y qué le digo si me pregunta por tí?—preguntó Augustinovitch tras breve pausa.

—Dile la verdad. Le dices que me caso con otra mujer.

—¡Le diré otra cualquier cosa!

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Expícate de una vez.

—Porque Lula te quiere.

Schwarz se puso como la grana. Que Lula correspondía á su cariño no era nuevo para él; pero oírsele decir abiertamente por otra persona, era demasiado fuerte. Se conmovió profundamente, é invadió su corazón una gran alegría, unida á una desesperación infinita.

—¿Por quién lo sabes?



—Por Malinka; me lo confía todo...

—Entonces dirás á Lula que me caso con otra mujer por amor y por deber.

—¡Amén!—exclamó Augustinovitch á manera de conclusión.

\*  
\*  
\*

Aquella misma noche, Augustinovitch fué á casa de la señora de Vitzberg. Malinka salió á abrirle la puerta:

—¿Es usted?—preguntó, poniéndose encarnada.

En lugar de responder, Augustinovitch la cogió una mano y depositó en ella repetidos besos.

—¡Ah! no, no, señor; eso no está bien, no se debe hacer—balbuceó la joven, defendiéndose y cada vez más encarnada.

—Sí se debe hacer, sí se debe hacer—replicó Augustinovitch con acento de profunda convicción.—Después, mientras colgaba el gabán y se quitaba los guantes (hacía algún tiempo que vestía con gran esmero), preguntó:

—¿Ha estado aquí un señor esta tarde?

—Sí, y ha quedado en venir también esta noche.

—Mejor.

Diciendo así Augustinovitch entró con Malinka en la sala, en donde se notaban ciertos preparativos desacostumbrados, como cuando se espera un huésped digno de miramientos. Sobre la mesa lucía un candelabro, y estaba abierto el piano.

—¿Por qué no ha venido con usted el señor Schwarz?

—Una pregunta semejante me espera sin duda alguna por parte de la condesita Lula... al menos así lo espero... por lo tanto, tenga usted un poco de paciencia, y permítame que le responda antes á ella.

En efecto; no se hizo esperar mucho la condesita Lula: vestía de negro y llevaba en los cabellos una diadema de perlas. En cuanto vió á Augustinovitch le preguntó por su amigo.

—¿Y el señor Schwarz?

—No viene.

—¿Por qué?

—Porque está muy ocupado. Figúrese que está edificando su porvenir.

—¿Y no le ayuda usted en esa tarea?—preguntó Lula.

—¡Dios me libre de ello!

—¿Es un trabajo muy complicado?

—Como todos los edificios cuyos cimientos están aún por poner.

—Tendría mucha curiosidad de conocerlo.

—¡Ah!... El deber antes que nada.

—Y supongo que el señor Schwarz lo pondrá como base de todos sus trabajos.

—Esta vez, sin embargo, le será algo más difícil que de costumbre... Pero viene alguien, si no me engaño... su primo de usted... su excelencia... No sé cómo llamarle, es un espléndido joven...

En efecto, Pelsky entró en la sala seguido por la señora de Vitzberg, é inmediatamente se entabló una de esas conversaciones corrientes, insípidas y llenas de lugares comunes. Augustinovitch tomaba en ella muy poca parte. Arrellenado cómodamente en una buena butaca, con la expresión más indiferente del mundo y con los ojos entornados—esta era su actitud favorita cuando quería observar á gusto—no se le escapaba una sílaba ni un movimiento. El Conde de Pelsky—se nos olvidó decir que también era Conde—estaba sentado al lado de Lula, y sobando y resobando entre sus dedos el cordón de su monóculo, hablaba con ella con bastante viveza.

—Te ruego ereas que antes de mi llegada á Kieff—decía,—no tuve absolutamente noticia alguna de la desgracia que affligía á toda nuestra familia, y á tí particularmente, con la muerte de tu queridísimo padre.

—¿Conociste á mi padre?—preguntó Lula suspirando.

—No, primita. Sabía únicamente que una infinidad de plei-

tos y de procesos mantuvieron separadas á nuestras familias. Pero yo, como menor de edad y ausente casi siempre de casa, permanecí extraño á todo ello; ahora, sin embargo, quería yo arreglarlo: mi venida á Kieff tenía por objeto intentar una reconciliación.

—¿Y qué grado de parentesco tenías con mi padre?

—La verdad es que, habiendo sido educado en el extranjero, no tengo un conocimiento muy preciso de nuestras relaciones de familia. Así es que á una feliz casualidad debo únicamente el descubrimiento, no diré de nuestro parentesco, porque nunca lo he ignorado, sino de otro vínculo que une aún más estrechamente nuestras dos familias.

—¿Y puedo saber cuál ha sido esa feliz casualidad?

—Al momento voy á satisfacer tus deseos, primita. A la muerte de mi padre, debiendo encargarme de la administración de nuestros bienes y cuidar de nuestros derechos, hube de repasar los papeles de familia. Por estos papeles he venido en conocimiento, no solamente de que tu rama tiene estrecho parentesco con los Pelsky, sino que hasta llevamos las mismas armas.

—Es cosa de felicitarnos de la casualidad que ha revelado el hecho.

—Por mi parte, primita, la bendigo de todo corazón.

Lula bajó los ojos; sus manecitas blancas retorcían nerviosamente las cintas del delantal. Después de algunos minutos replicó:

—Igual satisfacción es la mía.

Una sonrisa irónica pasó por Augustinovitch, rápida como un relámpago.

—Me ha costado mucho trabajo encontrarte—añadió Pelsky.—El señor (y señaló á Augustinovitch) tiene un modo de explicarse sumamente particular. Por fortuna llegó á tiempo su amigo, quien me dió tus señas.

—Antes vivía yo en la misma casa en que habitan esos señores.

—¿Y cómo les conociste?

—El Sr. Schwarz fue el que asistió á papá en sus últimos momentos, y, cuando murió, el mismo señor me trajo á casa de esta señora..... Le estoy muy agradecida.

Augustinovitch abrió más los ojos, y en su rostro desapareció toda expresión irónica.

—¿Es un médico?—preguntó aún el Conde.

—Lo será dentro de poco.

Pelsky se calló algunos minutos; evidentemente se esforzaba en recordar algo.

—Durante mi estancia en el extranjero—dijo al fin—conocí en Heidelberg un profesor Schwarz, literato muy distinguido. ¿Es quizá de su familia?

La Condesita se encogió de hombros.

—No te lo sabré decir.

Ante esta respuesta, Augustinovitch abrió los ojos por completo, y se dibujó en su rostro una expresión indecible de desdén.

—Si no me engaño—dijo, interviniendo con acento sarcástico y resuelto,—usted, Condesa, debe conocer perfectamente dónde y de qué familia ha nacido Schwarz.

—No sé..... no recuerdo.....—balbuceó ella con voz apagada.

—¿Ah, no? Entonces trataré de ayudar á su memoria. Schwarz nació en Zvenigorod, en donde su padre era herrero:

Pelsky dirigió á la Condesita una mirada de conmiseración; después, comentando la mirada con las palabras, dijo:

—Cree, primita, que deploro vivamente que la fatalidad te haya obligado á vivir con personas de clase tan diferente de la nuestra.

Lula lanzó un hondo suspiro. Y no era un suspiro de contento. Y sin embargo, en los tristes momentos de la necesidad, solamente entre aquellas personas de otra clase encontró cuidados, socorro, protección, afectos. Y sin embargo, á esas personas debía infinitamente más que á aquel primo desconocido

ayer y salido de no se sabía dónde. Pero tuvo vergüenza en confesar todo esto, y, confusa y alterada, no respondió palabra.

Mientras tanto, la señora de Vitzberg había invitado al huésped á que pasase á otra sala para tomar el té, y Lula aprovechó la ocasión, y huyó á refugiarse en su cuarto, en donde se arrojó sobre la cama con el rostro oculto entre las manos. Sus pensamientos volaban lejos, al cuarto de Schwarz. Este estaba allí, solo, matándose á estudiar, y ella toleraba que en su presencia se hablase de él como de un extraño. ¡Y aquel Augustinovitch que no sabía callarse! ¿Era acaso necesario ir publicando por todas partes que Schwarz era hijo de un herrero?... Parecíale que alguien había cometido una grave injusticia en perjuicio de Schwarz; pero, allá en el fondo, experimentaba también algo de rabia contra él, contra Schwarz, que había cometido el delito de nacer en una herrería.

Vuelta á la sala, mientras los demás tomaban el té, se sentó al lado de su primo, triste y contrariada, dirigiendo de cuando en cuando inquietas ojeadas á Augustinovitch, al que desde su inoportuna intervención de poco antes miraba con angustia y casi con miedo.

—Tú no estás bien, Lula—le dijo de pronto la señora de Vitzberg, acariciando la ardorosa frente de la joven.

Malinka, la cual servía el té en aquellos momentos, se detuvo, y volviéndose con una sonrisa, dijo:

—Te han puesto de humor negro. ¿No es el color que te gusta?

La Condesita comprendió á lo que aludía su amiga, y respondió:

—El negro es el color de luto; por consiguiente, debe ser siempre el mío.

—Es un color tan bello como tus palabras—añadió Pelsky.

Una vez tomado el té, Lula se sentó al piano, y tocó una patética mazurka de Chopin; pero su rostro conservaba una expresión de inquietud medrosa, y Augustinovitch, que era

buen músico, comprendió en la manera como resonaban las notas el estado de ánimo de la joven. Y se dijo:

—Toca para rechazar el miedo y para hacerse admirar del primo.

Pero al volver á casa, pensaba en Schwarz y en Lula más de lo que correspondía á la inestabilidad de su pensamiento.

—¡Váyanse al diablo!—concluyó por murmurar.—Pero entre tanto, ¿qué será de la otra?.....¿Qué saldrá de tanto enredo?

Con estas reflexiones entró en su habitación. Schwarz no dormía aún, sino que con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa, tenía delante un libro abierto.

—¿Has estado en casa de las de Vitzberg?

—Sí.

Una sombra de ansiedad y de curiosidad pasó por el rostro de Schwarz; un deseo interno le impulsaba á preguntar á su compañero las particularidades de la velada; después de algunos momentos de vacilación, se apretó otra vez la cabeza entre las manos y siguió leyendo. Mas de repente dejó el libro á un lado, se levantó, y á grandes pasos comenzó á recorrer el cuarto.

—¿De manera que has estado en casa de las señoras de Vitzberg?

—Naturalmente que he estado.

—¡Ah!

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—¡Nada!

Y de nuevo se sentó ante el libro.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se concluirá.)

# POETAS AMERICANOS

---

## AL TERMINAR EL SIGLO XIX

A Javier Prado y Ugarteche.

No morirá, no, el siglo en que lozana  
Más que en los otros floreció la ciencia,  
Que vió su fuerza en la razón humana  
Y engrandeció la humana inteligencia;  
Siglo que con su industria soberana,  
Ha labrado en el hombre la conciencia  
De su inmenso poder, y cuya gloria  
Cual áureo sol irradiará en la Historia.

No hay que temer por su inmortal renombre  
De nuevos siglos la triunfal carrera,  
Si el bien sin fin que ha prodigado al hombre  
Proclama ya la humanidad entera;  
Si su espíritu queda, si su nombre  
Será, en el porvenir, cual la bandera  
Que victoriosa tremoló su mano,  
Símbolo augusto del progreso humano.

Coronó su obra de afanosa y seria  
Científica labor la inesperada

Penetrabilidad de la materia  
A los rayos de luz y á la mirada,  
Y ¡oh triunfo! ve ya el hombre en la miseria  
De su masa interior iluminada,  
Cual el buzo al fulgor de su linterna,  
En la profunda secular caverna.

Predijo en él la ciencia un astro errante  
Que nunca el hombre conocido había  
Y tras cálculo audaz fijó el instante  
Y el punto mismo en que brillar debía;  
El telescopio lo esperó anhelante  
Y ¡oh gloriosa, profética osadía!  
Colmando el gozo del terrestre anhelo  
El nuevo astro apareció en el cielo.

Tiembla la tierra, el ruido sobrecoje,  
Se infla el vapor, la biela se dilata,  
La rueda gira, el émbolo se encoje,  
La presión prepotente se aquilata,  
El feroz bruto al matorral se acoge.  
—¿Quién pasa allí?

—¿Quién es? La que arrebatata  
Al tren veloz, triunfal locomotora  
Que al tiempo vence y la extensión devora.

Cruza el bello paisaje en lejanía  
El tren vertiginoso sobre el puente,  
Mientras abajo en pintoresca ría  
Surca las ondas el vapor potente;  
Ambos del siglo inventos, ¿quién diría  
Lo que costó de esfuerzos á la mente  
Dar á sus masas la impulsión interna,  
Perpetuo asombro de la edad moderna?

En el virus mortal que al can enrabia  
El microbio del mal halló la ciencia,  
Y en el microbio descubrió la savia  
Que en germen mata la fatal dolencia;  
Antídoto á la rabia fue la rabia,  
Inoculada en nuestro sér su esencia.  
¡De sabia inspiración rasgo profundo  
Que arrancó gritos de entusiasmo al mundo!

Dijo á la ciencia el siglo:—«Tengo en mente  
Cambiar la faz del mundo.»—Y la atrevida  
Ciencia le contestó:—«con la corriente  
Eléctrica te basta. Es verbo y vida;»  
Y cubrióse la esfera de repente  
De red de alambres alrededor tendida  
Que, por aires y tierras y oceano,  
Lleva y difunde el pensamiento humano.

Da la electricidad plena abundancia  
De potencia al motor; dora y platea  
El ruin metal; transporta á la distancia  
El raudo impulso que el torrente crea;  
Hasta en la hez de mineral sustancia  
Logra oro hallar que segregado sea;  
Y el parque y la ciudad baña y colora  
Con la sonrisa de su luz de aurora.

El teléfono, osada maravilla,  
Del taller y el hogar útil fecundo  
Que cual prodigio entre prodigios brilla,  
Universal admiración del mundo,  
Lleva veloz á la apartada orilla  
Ó remota ciudad su eco profundo,  
Y reproduce, en vibración cercana,  
Viva y sonora la palabra humana.

Y el fonógrafo, mágico portento  
Que con la voz que lo enunció repite  
El fugitivo hablado pensamiento,  
Y frase y voz al porvenir transmite,  
—No es ilusión—el timbre y el acento  
Cual en rico joyel guardar permite  
Del consejo leal del muerto padre,  
Del canto y la oración de nuestra madre.

Si el siglo se mostró genio gigante  
Para la ciencia, no será la gloria  
De su hermosa misión menos brillante  
Bajo el moral aspecto de su historia.  
¿Cuál de los siglos persiguió, constante  
Como él, del pensamiento la victoria  
Que en hombre y pueblos arraigar ha hecho  
La noción sacrosanta del derecho?

La carta primordial de Albión la adusta  
Dió á los fieros Barones Juan-sin-Tierra;  
Juraba el nuevo rey cual por ley justa  
Los fueros de Aragón en paz y en guerra;  
Reivindicó la Francia en noche augusta  
Los derechos del hombre ante la tierra;  
Y hoy pone todo pueblo, edad bendita,  
Sobre el trono y el rey la ley escrita.

A par que de Colón la obra divina  
Completando de Washington la mente,  
Se hizo libre la América latina.  
Desbordó, desde entonces, cual torrente  
El comercio grandioso que domina  
Al mundo actual, y en cuyo ardor se siente  
Surgir, noble efusión de corazones,  
El ósculo de amor de las naciones.

Mancha oprobiosa de la edad cristiana,  
Que á la mitad del siglo subsistía,  
De inicua y vil esclavitud humana  
El mundo de Colón tráfico hacía.  
Pero pudo después, del triunfo ufana,  
Gritar, tras guerra de escisión impía,  
De pie ante el orbe, entre ardorosos bravos:  
«¡Nueva gloria á la Cruz! Ya no hay esclavos.»

Favorita del siglo, la grandiosa  
Exposición Universal augura  
Al orbe nueva vida venturosa.  
Cada vez que en la tierra se inaugura  
Parece oirse grave y majestuosa  
Musical vibración, cual si la altura  
Rasgara, á ritmos, sus azules velos  
Y cantaran los astros en los cielos.

Affre implorando paz, en horizonte  
De sangre, el crucifijo entre las manos;  
Garibaldi gritando en Aspromonte:  
«¡No hagais fuego, que son nuestros hermanos!»  
Damián de Veuster, en aislado monte,  
Víctima de la lepra y los gusanos,  
Conjunto son que á nuestro siglo imprime  
Sello de humana abnegación sublime.

De infortunio en sus horas inclementes  
¿Cuál siglo mostró más, ante el quebranto  
De gentes propias ó de extrañas gentes,  
De caridad el sentimiento santo?  
¿Cuál creó más asilos de indigentes,  
Enjugó de más huérfanos el llanto,  
Y de la guerra, en la azarosa suerte  
redimió más heridos de la muerte?

Fue artista su grande alma. Halló por guía  
Noble y excelso amor á la belleza.  
Su música, pintura y poesía,  
Que imitan la inmortal Naturaleza;  
Su escultura de olímpica osadía,  
Su arquitectura de genial grandeza,  
Son cual nuevo arte que á entusiasmo mueve....  
¡Gloria sin fin al siglo diez y nueve!

Llevó los trenes por aérea altura  
Sobre la faz de la ciudad extensa;  
Abrió el túnel rasgando la espesura  
Del corazón de la montaña inmensa;  
Cambiando de la tierra la estructura  
De los istmos rompió la valla densa  
Que hasta ayer en sus muros seculares  
«¡De aquí no pasaréis!» dijo á los mares.

Vió la oculta verdad doquier rendida  
Del análisis sabio á los rigores,  
Elevó el alma, prolongó la vida  
Y suprimió los físicos dolores.  
¿Que «fue siglo sin fe?» ¡Frase mentida!  
Si el hombre en él, venciendo sus errores  
Se sintió de los hombres más hermano,  
¿Quién osará negar que fue cristiano?

No hay que temer por su inmortal renombre  
De nuevos siglos la triunfal carrera  
Que el sumo bien ha prodigado al hombre  
Proclama ya la humanidad entera.  
Perdurarán sus triunfos, y su nombre  
Será en lo porvenir, cual la bandera  
Que victoriosa tremoló su mano,  
Símbolo augusto del progreso humano.

LUIS B. CISNEROS.

Lima, 31 de Diciembre de 1900.

## CANTO AL SIGLO XX

---

A mi querido amigo Ricardo Palma.

Cuando el gérmen fecundo,  
Primer principio universal del mundo,  
Arrollando los átomos etéreos  
Que rodaban en ríos colosales  
De tenebrosos vaos,  
Arrojó en raudos giros,  
Cual bosques de topacios y zafiros,  
Los inmensos sistemas siderales  
Que hizo brotar del corazón del caos,  
Y á cruzar comenzaron en los senos  
De las inmensidades,  
Vagas y aterradoras,  
Los astros tras los astros  
—Procesión melancólica y sublime  
De noches y de auroras,—  
Unos cual cuerpos que el incendio abrasa  
Radiantes por sí mismos,  
Otros cual negra masa  
Proyectando su sombra en los abismos,  
Formando todos la unidad eterna  
De la cadencia musical y tierna  
De la armoniosa lira  
Que oía resonar, emocionada,  
El alma de Pitágoras enmedio  
De la noche callada;  
El ángel vigilante,  
Que en lo infinito cuida

De las perpetuas, inmutables leyes  
Físicas y morales de la vida,  
Vió desfilas ante él las vaporosas,  
Blancas y gigantescas nebulosas,  
Los opacos planetas,  
Las miriadas de estrellas y los tristes  
Flamígeros cometas.

Y entre las olas de astros que incesantes  
A lo lejos pasaban,  
Pasó también el globo de la Tierra  
Que los rayos del sol iluminaban:  
Pero pasó cual confundido grano  
De polvareda densa,  
Cual la arenilla leve que Oceano  
Lleva á la playa inmensa;  
Y aunque el ángel sabía  
Que en la Tierra existía  
Algo, como una larva pensadora,  
Paciente hormiga, abeja emprendedora,  
Contradictorio engendro avasallado  
Por física miseria,  
Confuso sér, dotado  
De espíritu y materia,  
Y aunque al ver á la Tierra con su cielo  
De zafiros purísimos fulgores  
Tachonado por nubes y celajes  
De vívidos colores,  
Y sus verdes campiñas dilatadas,  
Son montañas turquíes,  
Y sus mares de espumas plateadas,  
De la mansión del hombre la hermosura  
Quizá admirado hubiera;  
No fijó en ella el ángel  
La mirada siquiera.  
Y pasaron los siglos: y corrieron

Con ellos las edades;  
Y las miriadas de astros prosiguieron,  
—De ley y masas majestuoso río,—  
Cruzando las inmensas soledades  
E iluminando á trechos  
La obscuridad augusta del vacío.

Como á los blandos calurosos pechos  
Y junto al tierno corazón amante  
De madre cariñosa,  
Bebe la vida alborozado infante  
Volviendo á cada instante  
Hacia nosotros la cabeza hermosa,  
Y al través de la suelta cabellera,  
De rubios rizos infantil tesoro,  
Velo de rayos de oro,  
Deja ver irradiando en su semblante  
La sonrisa hechicera;  
Así el terráqueo globo  
Iba fugaz, suspenso, rutilante  
Alrededor de la flotante hoguera  
Del sol vivificante,  
Sumergiendo incesante  
La mitad de su esfera  
En la noche sombría,  
La otra mitad bañándose triunfante  
En la gloriosa claridad del día.

Y el hombre, que contaba por centurias  
El caudal de sudor que de su frente  
Fatigado caía,  
Y la lenta labor con que, en el fondo  
De su triste morada,  
Jornada por jornada,  
La creación de Dios embellecía;  
Unica huella de la vida efímera  
Del polvo de la raza desgraciada

Que, animado un momento en sus fugaces  
Breves generaciones,  
La muerte disolvía,  
Y en las familias, pueblos y naciones  
Al seno de la Tierra devolvía,  
—Lucha del cuerpo enano  
Con la materia inculta,  
Lucha del pensamiento soberano  
Con la verdad oculta,—  
Vió llegar, como llega la alborada  
Por el rosado Oriente,  
Rica en raudales de esplendor fecundo,  
De la ERA CRISTIANA el SIGLO VEINTE,  
Á cuya luz se alborozaba el mundo.

Los astros luminosos,  
Cual si cambiaran signos misteriosos,  
Avivando su luz, se estremecieron;  
Luciérnagas de éter  
Con más claros fulgores  
En el abismo azul resplandecieron;  
Y cual aéreo globo centellante  
De artificiales luces,  
Estalla en ramos de irisadas flores,  
Granates y tapacios,  
Meciéndose en sus órbitas, vertieron  
En lluvia universal por los espacios  
Otros astros fugaces de colores.

Lejano, agudo grito  
Vibró, como en sonora  
Bóveda de cristal, en lo infinito.  
Y el mismo ángel, el ángel vigilante  
De la fuerza callada y escondida  
Que en su constante incubación encierra  
El movimiento eterno de la vida,  
Súbito, fugitivo, fulgurante,

Pasó, como otro sol áureo y radiante,  
Entre el sol y la tierra.

—«¡Señor, gritó suspenso  
Fijando la mirada  
Con estupor profundo  
En la humana mirada.  
¡Alguien imita tu saber inmenso!  
¡Alguien iguala tu poder fecundo!  
Hay en el globo mísero  
De un sistema solar quien ha logrado,  
Al través de los siglos,  
Escudriñar tus leyes, y ha soñado  
Perfeccionar el mundo;  
Y ¡oh gloria!, ¡oh genio osado!  
¡Oh nobles triunfos!, ¡inmortal tarea!  
¡A fuerza de pensar, concibe y crea  
La que tú no has creado!»

Y otra voz inefable y majestuosa  
Que de todos los puntos del abismo  
Brotó á la vez, cual de arpa melodiosa,  
Al ángel contestó:—«¡Gloria á Dios mismo!  
Que en el alma del hombre  
Puso la aspiración del *idealismo*,  
Como creciente incendio en la maleza,  
Y la sed insaciable  
*De la verdad, el bien y la belleza!*»

LUIS B. CISNEROS.

Lima, 1.º de Enero de 1901.

# EL AÑO SOCIOLÓGICO—1899

---

*L'Année Sociologique*, por E. Durkheim. Un vol. de 618 páginas, París, 1900. Félix Alcan, editor.—*Annales de l'Institut international de Sociologie*, por R. Worms. Un vol. de 321 páginas. París, 1900, Giard y Briere, editores.—*Studii Sociologici*, por F. Cosentini. Un vol. de 96 páginas. Palermo, 1900. A. Reber, editor.

## I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATONDO MARCELONOS DEL

La circunstancia de haberse celebrado en Génova, en Octubre de 1899, es decir, dentro del término á que se extienden las consideraciones crítico-expositivas de este artículo, el primer Congreso de Sociología italiano, al cual asistieron varios sociólogos franceses, rusos y españoles, nos permite aumentar esta vez el número de nuestras fuentes para hacer el resumen de los trabajos sociológicos, que, á partir de 1897, venimos publicando en esta Revista (1). Otras veces, nos circunscribíamos en nuestro estudio á recoger los datos reveladores del movimiento científico de la Sociología, en las dos publicaciones periódicas, bien conocidas de cuantos cultivan esta frondosa y exuberante (quizá demasiado) rama del saber: *Les Annales de l'Institut international de Sociologie*, de M. R. Worms,

---

(1) V. *El Año Sociológico 1897* en LA ESPAÑA MODERNA de Diciembre de 1898, y *El Año Sociológico 1898* en la misma Revista del mes de Enero de 1899.

y *L'Année sociologique*, de M. E. Durkheim. Hoy vamos á aprovecharnos, además, de otra publicación interesante, desgraciadamente incompleta cuando escribo estas líneas, y titulada *Studii sociologici, Raccolti in occasione del I Congresso italiano di Genova*, por el Profesor Francisco Cosentini.

Considerando en una primera ojeada los elementos que ofrecen las tres publicaciones que tomamos como fuentes, es necesario establecer, como en los otros estudios análogos al presente hemos hecho, una distinción necesaria. De un lado, se han de colocar las monografías que sobre asuntos de Sociología, ó bien sobre materias de carácter sociológico, contienen dichas publicaciones: los *Anales* no comprenden este año, como ocurrió también en el anterior, más que monografías originales de los miembros del *Instituto internacional de Sociología*—pocas en número esta vez—á causa de que esta importante Asociación no ha celebrado tampoco en el año 1899 ningún Congreso, [preparándose, sin duda, para el que había de tener lugar en 1900, con ocasión de la Exposición de París (1); los *Estudios*, del Sr. Cosentini, tampoco comprenden más que monografías, más ó menos largas; algunos estudios no son en rigor, sino notas breves, en que el autor se limita á señalar tal ó cual problema importante sin profundizarlo, más con la idea de señalar su existencia, marcar una orientación, sugerir una polémica, que con la de investigarlo en toda su complejidad y proponer una solución. Por último, en el *Año* se comprenden tres monografías originales, una de ellas (la de M. Steimetz, *Clasificación de los tipos sociales*), un verdadero libro, ó, quizá mejor, un capítulo completísimo, de lo más completo que sobre la materia conozco, de un sistema de Sociología, ó acaso de una *Introducción* al sistema. De otro lado, es preciso colocar los análisis y resúmenes de libros y artículos de Revistas, así como las indicaciones bibliográficas en que se resume casi por entero la labor de los sociólogos de todos

---

(1) Se celebró en Setiembre.

los países, y que llenan la mayor parte de las páginas del *Año sociológico* de M. Durkheim. Para que el lector pueda formarse una idea de la riqueza de información que el *Año sociológico* supone en este punto, bastará decirle que en el índice alfabético, en que se registran los nombres de los autores, á cuyos trabajos se refieren los resúmenes y notas bibliográficas del año, figuran más de quinientos.

Las monografías sobre materias sociológicas ó de carácter sociológico, son las siguientes: en los *Anales*: *La Sociología glotológica*, de A. Loria; *Nociones fundamentales de Sociología pura*, por F. Toennies; *El individuo y la colectividad*, de R. Worms; *Nietzche y el individualismo*, de R. Garofalo; *El Derecho comparado y la Sociología*, de Max. Kovalewsky; *La teocracia*, de R. de la Grasserie; *La Sociología americana contemporánea*, de A. Groppali; *Comercio en pequeño, grandes almacenes y sociedades cooperativas*, de A. Jaffé; *El movimiento de la humanidad*, de J. Puglia; *Los conocimientos*, de W. Ténicheff. En los *Estudios*: *El criterio del progreso*, de V. Guyot; *La historia natural de las sociedades y el método comparativo*, de Kovalewsky; *La evolución regresiva*, de J. Puglia; *El principio individualista y el principio social en las teorías sociológicas*, de Bernés; *Lo que debería ser la Sociología general*, de E. Durkheim; *La enseñanza de las ciencias sociales*, de H. Denis; *La Sociología en la segunda enseñanza*, de A. Bertrand; *La aplicación de las leyes de la evolución en Sociología*, de O. Goemoery; *Sociología y filosofía del Derecho*, de Vadalá-Papale; *La idea sociológica del Estado*, de A. Posada; *La función del Estado según las ideas modernas*, de L. Neppi Modona; *Las pérdidas cerebrales en la sociedad moderna*, de E. Troilo, y *Genio y delincuencia desde el punto de vista sociológico*, de F. Cosentini. Y en el *Año*: *El suelo, la Sociedad y el Estado*, por Ratzel; *Las crisis sociales y la criminalidad*, por G. Richard, y la ya citada más arriba, de Steinmetz.

## II

Veamos ahora qué respuestas nos ofrecen estas monografías, y las obras examinadas y criticadas en el *Año sociológico*, á las cuestiones que en los artículos análogos á este nos hemos propuesto, como expresión más ó menos fiel de las dificultades con que tropieza la tan discutida ciencia, y del interés que su estudio despierta, así como del influjo que resulte de las indagaciones que responden á su espíritu y á la orientación por ellas provocada.

Conviene ver en primer término qué es lo que piensan los sociólogos acerca de la Sociología misma como disciplina intelectual, como rama científica sustantiva. Desde luego puede afirmarse que no se ha publicado en el período á que estas consideraciones se refieren, ningún trabajo magistral acerca del concepto, límites y objeto de la Sociología. *Se ha hecho Sociología*, sin discutir acerca de lo que ella sea. ¿Es esto un progreso? ¿Implica esto que poco á poco se va formando un concepto común, ó que por lo menos y como consecuencias de investigaciones repetidas y de discusiones amplias mantenidas desde los más opuestos puntos de vista, se ha llegado á cierto acuerdo tácito, en virtud del cual cuando á la Sociología se alude, las gentes se entienden y estiman que á pesar de la diversidad de criterio filosófico y metodológico, todos saben á qué nos referimos? ¿O es, quizá, que los sociólogos están fatigados, que la cuestión del concepto, límites y objeto de la Sociología se ha agotado por el momento, y que lo que importa es trabajar en asuntos de carácter más positivo, ó si se quiere más objetivos, en espera de nuevas y ulteriores revisiones de los fundamentos filosóficos y lógicos de la ciencia, los cuales habrán de ser más fecundos precisamente porque han de contar con los resultados de las investigaciones parciales de las cuestiones y de los fenómenos sociológicos más concretos?

Sin que me sea dable ahondar en el examen de estas dudas, que me limito á someter al lector, como consecuencia de la primera impresión que produce la contemplación y lectura de los trabajos sociológicos arriba anotados, por mi parte me inclino á creer que más bien se trata de lo que pudiéramos llamar un *compás de espera*, y que la *construcción* de la Sociología, es decir, la determinación de su objeto, carácter y procedimientos, espera nuevas y más completas indagaciones, lo cual no se opone á que, en efecto, poco á poco se vaya produciendo cierta comunidad de ideas y cierto acuerdo tácito entre las gentes, acerca de la sustantividad y objetividad de la Sociología como ciencia.

Se trata, no obstante lo dicho, de lo que debe ser la Sociología, de lo que es, de una manera más ó menos directa, en la monografía de M. Fernando Toennies, en la cual más que discutir el contenido de la Sociología, se describe ó explica la unidad de los hombres como un todo de cooperación bajo las dos formas de «comunidad» y de «sociedad», en la de A. Groppali, dedicada á exponer de una manera muy exacta, á mi ver, los sistemas sociológicos de los americanos L. J. Ward, Giddings, Patten y Sherwood, en la de O. Goemoery, nota de escasa importancia, y en la de Durkheim, así como en los libros de M. Costa, *Les principes d'une Sociologie objective*; Crowell, *The logical proces of social Development*, y M. Hauriou, *Leçons sur le mouvement social*.

Quizá de todos estos trabajos, aquel en el cual se aborda de un modo más directo el problema de lo *que es ó debe ser* la Sociología, es en la monografía, corta en extensión, pero muy nutrida de doctrina, de M. Durkheim. Se examina una vez más en ella la cuestión de si la Sociología como Sociología *general* es una ciencia aparte, ó si la palabra inventada por Comte sólo expresa lo que hay de común entre varias ciencias sociales diferentes. M. Durkheim cree que la Sociología tiene un objeto propio; mas es, que en toda enciclopedia formada por la mera suma de las disciplinas sociales, ha lugar siempre

para una disciplina que explique lo que hay de común—lo social—entre ellas. «Si hay—dice—entre los hechos sociales un parentesco real—y este postulado basta para la concepción misma de una Sociología—es porque se derivan todos de una misma fuente... Es, en verdad, legítimo suponer que hay un hecho elemental, del cual todos los hechos sociales se originan... Investigar cuál es este hecho elemental, mostrar por cuáles procesos de composición se derivan las principales categorías de hechos sociales, tal creemos que es el objeto de la Sociología general. Y á partir de esta afirmación, razonada por analogía con las que suponen la Psicología y la Biología, M. Durkheim muestra el amplísimo campo que en el saber humano corresponde á la nueva ciencia.

La idea capital del libro de M. Costa, idea que basta enunciarla para comprender la significación del mismo, es la siguiente: «Reobrar contra la ola creciente de la psicología que amenaza con invadir el campo de la Sociología y confundirla con las ciencias morales y políticas»: no se trata, sin embargo, de una reacción puramente en el sentido de la concepción biológica de la Sociología, sino en pro de la sustantividad de la ciencia, cuyos hechos objetivos tienen su ley y su medida.

Es de un carácter muy diferente el libro de M. Crowell, no porque vaya en contra de la sustantividad de la Sociología sino por lo que se refiere al modo de su construcción: se trata de un ensayo de Sociología pura, abstracta; se pretende en él constituir una *lógica pura* de la Sociología; para M. Crowell la idea fundamental en Sociología es la de *tipo*, es decir, la idea de una persona media ó ficticia, en la cual se objetivan las necesidades sociales. M. Crowell mantiene una tendencia en cierto modo psicológica en la Sociología, á la manera de Baldwin.

Por último, en el trabajo de M. Hauriou, más que determinar el concepto y objeto de la Sociología, se procura explicar ésta mediante un ensayo de composición de las tendencias que consideran de realidad social como producto mecánico ó como producto de la libertad.

## III

Para ordenar de una manera adecuada las indicaciones relativas á los problemas sociológicos que aparecen estudiados en los trabajos á que aquí nos referimos, distinguiremos, según costumbre, los que pueden estimarse como *problemas de Sociología propiamente dicha*, de los que implican más bien *aspectos sociológicos* de la vida humana, ó bien investigaciones encaminadas á reunir materiales sobre los cuales podrá edificar cada vez con más sólido fundamento el sociólogo: en una *enciclopedia*, imposible acaso de formar hoy, de la Sociología, los estudios sobre *aspectos sociológicos* de la vida humana podrían á la vez constituir capítulos de una Sociología especial (económica, religiosa, jurídica, etc.), ó bien puntos de contacto ó de intersección, esferas comunes de otras ciencias con la Sociología.

De los problemas sociológicos propiamente dichos, aquel que parece estudiado con más detenimiento, y acerca del cual se pueden señalar más trabajos, es el de la *personalidad colectiva*, en el fondo, el de la naturaleza misma de las sociedades desde el punto de vista psicológico, porque también pueden señalarse trabajos en los cuales se considera la naturaleza de las sociedades desde el punto de vista de su estructura real ó sensible, como compuestos territoriales ó materiales (v. g., los trabajos de M. Ratzel y de Costa). Estudian la personalidad colectiva: Kistiakowski, en su libro *Gesellschaft und Einzelwesen (Sociedad é individualidad)*; Giner, *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*; Ellwood, *Prolegómeno to social Psychology*; Rossi, *L'anima de la folla*; Micedi, *La psicologia della folla*; Schurbert-Soldern, *Individuum und Gemeinschaft*; Worms, en la monografía citada, etc. De todos estos trabajos, los que parecen tener más importancia son, sin duda, los tres primeros. El libro de Kistiakowski, demost-

ción del carácter psicológico de la Sociología, es una investigación muy detenida de la conciencia colectiva. En el trabajo del Sr. Giner se construye, sin proponérselo siempre directamente, sino á medida que se examinan las doctrinas de los juristas y sociólogos modernos, una teoría completa de la persona social. Por último, el estudio de Ellwood es una preparación, por la psicología, de la construcción científica de la sociología. La nota común de todos estos trabajos es la importancia que se da al aspecto psicológico de las relaciones y de los fenómenos sociales.

Aunque sea desde otro punto de vista, pueden estimarse como investigaciones encaminadas á determinar la naturaleza de las sociedades, la monografía, interesante por todos conceptos, en cuanto reseña brevemente toda una tendencia sociológica (la *sociogeográfica*, que podríamos decir) de Ratzel, y la de Toennis. Las ideas de M. Ratzel aparecen desarrolladas con mayor amplitud en su obra fundamental *Antropogeografía*, de cuya primera parte, *Principios de la aplicación de la geografía á la historia*, se da cuenta por M. Durkheim en el *Año*, págs. 550-558.

La cuestión del *método* en Sociología le ha tratado, aunque sólo desde un punto de vista particular, esto es, con relación á la importancia que tiene para explicar la historia *natural* de las sociedades el procedimiento comparativo, el Sr. Kowalewski. Este mismo escritor, autoridad muy respetada en los estudios históricos, ha tratado de las relaciones de la *Sociología con el derecho comparado*, insistiendo á la vez sobre la importancia del procedimiento comparativo aplicado al conocimiento de las instituciones humanas. De relaciones de la Sociología (con la filosofía del Derecho) habla en su monografía el Sr. Vadala-Papale.

Reflejo, pálido, sin duda, de la gran importancia que entre los sociólogos tiene, como ha podido verse en algunos de los Congresos celebrados en París el verano último, el problema de la enseñanza de la Sociología, y en general de las ciencias

sociales, son las dos monografías, ó más bien *notas* de los señores. Denis, el diputado y profesor belga, bien conocido, y Bertrand, profesor de la Universidad de Lyon.

La clasificación de los tipos sociales, problema capital en toda construcción sociológica, y acerca del cual se ha trabajado tanto por los sociólogos y economistas, etnógrafos, historiadores y geógrafos (cuando estos últimos se han dado cuenta del carácter y alcance sociológico de la geografía y de la historia), no ha sido estudiada especialmente por muchos escritores este año; en rigor no podríamos registrar más que una sola monografía relativa á la indicada cuestión: tal es la del Sr. Steinmetz, profesor en la Universidad de Utrech. Pero no importa; esta monografía vale por sí sola lo suficiente para que podamos estimar que se *ha hecho algo positivo* en la investigación de un problema tan principal en Sociología. No diremos que el Sr. Steinmetz lo haya resuelto. ¡Quién puede *resolver* un problema sociológico! Pero lo que ha conseguido el sociólogo citado es, de un lado, demostrar la necesidad imprescindible de ordenar los materiales sociológicos, y en esta ordenación proceder á la conveniente clasificación de los *tipos sociales*, á fin de evitar esas generalizaciones precipitadas, á que tan dados son los evolucionistas, y que en nada favorecen la seriedad y el crédito de las investigaciones sociológicas. Y no sólo esto; el Sr. Steinmetz ha hecho una buena crítica de las clasificaciones de los tipos sociales de Spencer, Coste, Fouillée, Ward, Giddings, Ratzel, Liszt, Le Play, etc., etc., exponiendo, por último, su ensayo de clasificación, que conceptúo digno de ser tomado muy en cuenta por quienquiera que pretenda manejar los materiales sobre que es preciso trabajar en toda construcción sociológica.

## IV

Pasando ya á considerar los aspectos sociológicos de la vida y de las instituciones humanas, que aparecen estudiados en los trabajos que resumimos, al efecto de proceder con cierto orden en este extracto, que las circunstancias piden sea brevísimo, señalaré primeramente las monografías en que se investiga alguno de aquéllos, y luego me limitaré, como en otras ocasiones, á seguir el plan del *Año sociológico*, refiriéndome á las diferentes secciones en que el Sr. Durkheim clasifica sus trabajos.

De las monografías, las hay en las cuales se trata de cuestiones de sociología política, y son las ya citadas de los señores Neppi y de la Grasserie; un estudio la de este último, muy detenido é interesante, acerca de la teocracia. De sociología política puede considerarse la nota que yo he enviado al Congreso sociológico de Génova acerca de la *Idea sociológica del Estado*. Otras monografías se refieren á sociología penal: son éstas las de los Sres. Cosentini y Richard, ambas, en verdad, muy dignas de estudio. La de este último se refiere á las crisis sociales y las condiciones sociales de la criminalidad, y puede estimarse este trabajo como un buen modelo de indagación sociológica; por de pronto, es sociológico el propósito: indagar las relaciones entre el medio social y los factores de la criminalidad, á partir del hecho, bien comprobado, del influjo sobre el aumento de criminalidad de los trastornos que adquieren el carácter de verdaderas crisis sociales (v. gr., guerras civiles é internacionales, transformaciones bruscas por virtud de revoluciones religiosas ó políticas, etc.); y es, además, sociológica la doctrina en cuanto se pretende explicar la criminalidad, en gran parte, al menos, por la acción de los factores sociales.

Hechas estas ligerísimas indicaciones acerca de las monografías relativas á los aspectos sociológicos de la vida huma-

na, podemos ya concretarnos á la bibliografía del *Año sociológico*, y en él á las secciones ó capítulos de la sociología especial. Antes, sin embargo, he de advertir que esta vez se examinan, en mayor número que otros *Años*, publicaciones sociológicas de españoles. Se da, en efecto, cuenta en este *Año* del libro, ya citado, del Sr. Giner, y, además, de los trabajos siguientes: Azcárate, *Plan de la Sociología*; Costa, *Colectivismo agrario en España*; Dorado, *Del Derecho penal represivo al preventivo*; Quirós, *Las nuevas teorías de la criminalidad*; Martínez Ruiz, *La sociología criminal*; Salillas, *Hampa*, y Posada, *Feminismo*.

Considerado en conjunto y como en una ojeada primera el movimiento sociológico, tal cual se refleja en la distribución de las secciones del *Año*, del Sr. Durkheim, puede afirmarse que, al igual que en el *Año sociológico* anterior, los asuntos que, sobre todo en el respecto histórico y crítico, más llaman la atención del mundo sabio son los religiosos. La ciencia y la historia de las religiones, y de cuanto con las religiones se relaciona (supersticiones, mitos, leyendas, ritual, etc., etc.), atrae con especial fuerza la atención de las gentes de estudio, y suscita de una manera verdaderamente particular la curiosidad de los grandes investigadores de todos los países. Sólo un género de estudios parece rivalizar en este punto con los religiosos: son éstos los que el Sr. Durkheim comprende en la sección que llama de *Sociología moral y jurídica* (cuestiones de filosofía del Derecho, de ética, de organización social y política, la familia, el matrimonio, etc., etc.). Ciento cuarenta y cuatro páginas del *Año sociológico* ocupa esta sección. En cambio, no parece aumentar el interés por los estudios de sociología criminal.

## V

La parte de crítica, análisis y bibliografía del *Año sociológico* ha sido escrita, como otras veces, por el Sr. Durkheim y

otros varios sociólogos: son éstos los Sres. Richard, Bouglé, Parodi, Hubert, Mauss, Lapie, Stickney, Levy, Fauconnet, Simiand y Muffang. La clasificación de las materias examinadas se ha efectuado de una manera análoga á la del Año anterior: agrúpanse aquéllas en *siete secciones*, subdivididas éstas en capítulos más ó menos numerosos y nutridos. Las secciones se titulan como va á verse en las indicaciones siguientes:

*Primera.* Sociología general, á cargo toda ella de los señores Bouglé y Parodi. Compréndense en esta sección algunas de las obras á que nos hemos referido más arriba al señalar los trabajos relativos al concepto y objeto de la Sociología y á los problemas de ésta; pero además, bajo el epígrafe de *Civilización y de progreso*, se examinan algunos libros de cierto interés para poder fijar las corrientes imperantes en punto á la manera de concebir y de explicar la marcha de la humanidad: de todas las obras examinadas, la que quizá tiene más importancia es la de M. Lalande, *La dissolution opposée à l'évolution dans les sciences physiques et morales*, obra, dice Parodi, llena de ideas, que entraña nada menos que una hipótesis general, cosmológica y metafísica, paralela y opuesta á la de Spencer; es, en suma, una crítica reconstructiva del evolucionismo: en efecto, la ley que M. Lalande formula es una ley exactamente contraria á la ley de diferenciación y de integración evolutiva, la ley del paso de lo heterogéneo á lo homogéneo, ó ley de disolución. No deja de tener su interés el trabajo de P. Barth sobre *La cuestión del progreso moral de la humanidad*, de que da cuenta C. Bouglé.

*Segunda.* Sociología religiosa, á cargo de los señores Hubert y Mauss. Los numerosísimos y variados trabajos examinados en esta sección, se hallan convenientemente clasificados bajo los epígrafes que iremos copiando á continuación: 1.º *Tratados generales, Método*: de tres obras se da cuenta aquí de una manera más especial: dos de ellas de sociología religiosa, ó por lo menos de asuntos que tienen que ver con la ciencia de las religiones, y otra, que, á juzgar por el extracto que de

ella nos da M. Mauss, no parece bien clasificada: es esta la de P. S. Krauss, sobre *Metodología general del folklore comparado*, es decir, del *Volkskunde*, que á veces se confunde con la Sociología misma, y que el propio autor, según advierte M. Mauss, identifica con la Etnología, tal cual lo comprendió Post. Las otras dos obras son: la una, la segunda parte del libro de C. P. Tiele, *Élements of the Science of Religion*, en la cual se trata de la *Ontología*, y la otra, el trabajo de A. Lang, *The Making of Religion*, en la cual se procura determinar cómo se han elaborado los datos iniciales de la evolución religiosa. Además se da en este capítulo noticia de obras de Hartland, Gomme, La Grasserie, Bender, etc. 2.º *Fenómenos religiosos elementales*. Bajo este epígrafe, se comprenden distribuidos numerosos trabajos relativos: A) A las religiones primitivas en general; B) A la Magia, y C) A las supersticiones populares. Sobre las religiones primitivas, merecen, sin duda, una mención muy especial, en primer término, la obra de B. Spencer y F. Gillen, *The Native tribes of Central Australian*, que M. Mauss presenta en estos términos: «He aquí—dice—uno de los libros más importantes de Etnografía y de Sociología que conocemos. Contiene una masa de hechos enorme. Esos hechos son importantísimos. En primer lugar, las tribus del centro de Australia se han extinguido á causa de la civilización. Hace falta apresurarse para recoger de ellas las observaciones sociológicas necesarias. El libro de los señores Spencer y Gillen, es, sin duda, el primer documento completo acerca de la materia, y acaso sea el último suficientemente auténtico. Por otro lado, esos hechos muy notables, si no inesperados, son tan nuevos que obligan á modificar un buen número de teorías admitidas.» Por la lectura sólo del largo extracto que del libro se hace en el *Año*, puede verse ya la importancia que tiene el trabajo á que nos referimos, para comprender cosa tan interesante como el *Totemismo*, y algo de mucha trascendencia para explicar la evolución social y doméstica de la humanidad. Se trata, en verdad, de una obra indispensable para

investigar la condición de las sociedades que los sociólogos llaman primitivas. Los otros trabajos que consideramos dignos de mención especial, son los de E. B. Tylor y J. G. Frazer, acerca del *Totemismo*, tema este sobre el cual tanto trabajan los sociólogos y cuantos se proponen el problema de las instituciones religiosas y sociales de la humanidad en sus orígenes. También se da cuenta de otros libros y artículos de H. A. Junod, *Les Ba-Ronga*; J. Abercromby, *The Pre-and Protohistoric Finns, Both Eastern and Western with the Magic Songs of the West Finns* («libro muy precioso—dice M. Mauss—por cuanto nos revela todo un mundo de hechos casi inaccesibles hasta ahora para la ciencia»); M. D'Arbois de Jubainville, *La civilisation des celtes et l'épopée homérique*, etc., etc. Sobre la *Magia*, importan, principalmente, dos trabajos: el uno de T. Witton Davis, *Magie, Divination, and Demonology, among the Hebrews and their Neighbours*, muy completo en cuanto se refiere á los textos bíblicos, y el otro, de L. Blau, acerca de *La Magia entre los antiguos judíos* (una verdadera enciclopedia de todos los ritos y creencias mágicas de los antiguos judíos). Por último, en el grupo de publicaciones relativas á *Supersticiones populares*, se da cuenta sucinta de unos veintidós, de los cuales parecen ser de mayor interés el libro sobre la *Vida mental y religiosa del pueblo japonés*, de C. Munzinger (alemán), y el de A. Strauss, *Die Bulgaren. 3.º Creencias y ritos relativos á los muertos*. Figuran bajo este título, entre otros, los trabajos muy interesantes de Nathan Söderblom, publicados en la *Rev. de l'hist. des Relig.* sobre *Les Fravashis*, en los cuales el autor investiga las huellas que en el Masdeísmo existen de una concepción referente á la supervivencia de los muertos. Además se analiza la obra de J. Frey, sobre *La muerte, la creencia en las almas y el culto de las almas entre los antiguos israelitas*, y la de G. Pinza, acerca de *La conservazione delle teste umane e le idee ed i costumi coi quali si connette*. La tesis capital sobre que se basa esta monografía, es la siguiente: «los usos funerarios y las costumbres relativas á la

conservación de ciertas partes del muerto, dependen siempre de las ideas religiosas ó animistas de los pueblos que los practican.» 4.º *Cultos en general, y más especialmente los agrarios.* Muy pocas publicaciones anota el *Año* acerca de esta materia tan importante: no hay ningún trabajo que tenga el alcance, v. gr., del de Grant Allen (*La Evolución de la idea de Dios*). Sólo se analizan un artículo de M. Goblet d'Alviella, acerca del citado libro de Grant Allen, y una obra de A. Mommsen sobre *Las fiestas de la ciudad de Atenas en la antigüedad*. 5.º *Tradiciones y creencias.* Los estudios examinados en este capítulo de la sección religiosa, se refieren: A) á los *mitos*; B) á las *Leyendas y Cuentos*; C) á los *dogmas*; y acerca de todas estas materias, se registran en el *Año* obras de no escaso interés. Sobre los mitos, debe citarse en primer lugar el estudio muy sólido de H. Uzener, relativo á los *Mitos del Diluvio*, notable por los hechos que recoge, el método que aplica en la investigación, y las conclusiones generales que de ésta se desprenden. Contiene, y he aquí lo que más importa de este trabajo, los elementos necesarios para una teoría general acerca de los mitos. Aparte de este libro, también se analizan con algún detenimiento los de A. Hillebrandt (continuación de su enciclopedia de la *Mitología de los vedas*); O. Gilbert, *Principios de Teología griega* (en alemán), y E. Stucken *Astralmythen der Hebraeer, Babylonier und Ægyptir*. Respecto de la obra de Gilbert, dice H. Hubert que «es difícil encontrar sistematizadas de una manera más notable que en este libro, las antiguas explicaciones simbólicas de la mitología.» Son varias las obras acerca de las leyendas que en el *Año* se examinan, pero sólo de dos se hace un análisis un tanto detenido y especial: son estas la obra de J. Teit, titulada *Traditions of the Thompson River of British Columbia*, y la de J. Curtin, sobre los *Mitos de la creación en la América primitiva* (en inglés). Acerca de los *dogmas*, se registran los trabajos de E. Huehn sobre las *Predicciones mesiánicas*; M. Fricdlaender, *El gnosticismo judío precristiano* (en ale-

mán), y otros varios. 6.º *El ritual*. Bajo este epigrafe analiza M. Mauss, especialmente la monografía de S. Levi acerca de *Le doctrine du sacrifice dans les Brâhmanas*. 7.º Por último, en el capítulo que da fin á la sección de *Sociología religiosa*, se comprenden, con el título de *Estudios diversos sobre las grandes religiones*, unos cuantos trabajos del mayor interés. M. Huber analiza especialmente el libro de M. Jastrow, acerca de *The religion of Babylonie and Assyria*, manual que viene muy á tiempo en la historia de las religiones, nutrido de hechos, y original en algunos puntos; el de D. G. Wildeboer, sobre el *Jahvedienst und Volksreligion*, y el de D. E. Schuerer, acerca de la *Historia de los judíos en los tiempos de Jesucristo*. Por su parte, M. Mauss nos da cuenta del importante estudio sobre *Zoroastro*, de W. Jackson, encaminado á rectificar la tendencia á ver en *Zoroastro* un ser mítico, y de los *Estudios asiáticos, religiosos y sociales*, de S. A. Lyall; y J. T. Stickney reseña ampliamente el tomo segundo de J. Burckhardt, acerca de la *Historia de la civilización griega* (en alemán).

## VI

*Tercera.* Sociología moral y jurídica: es realmente rica é interesante esta sección: son tantos los aspectos de la vida humana que en ella se consideran, que nada tiene de particular que comprenda tan numerosas bibliografías. Se agrupan, en efecto, clasificados en diez capítulos, algunos de los cuales se subdividen en tres artículos, muy nutridos, los trabajos de libros y revistas relativos á los problemas generales de la filosofía del Derecho, á la organización social y política, á la familia, al matrimonio, á la condición de la mujer y á la moralidad sexual; al derecho de propiedad, al contrato, al derecho penal, á la responsabilidad (civil y penal), al procedimiento, á la educación, etc., etc. Los análisis y notas bibliográficas los

firman el propio Sr. Durkheim y los Sres. Lapie, Levy, Fauconnet y Stickney.

Como obras de carácter general, ó mejor de filosofía del Derecho, se analizan, en primer término, las de E. R. Bierling *Juristische Principienlehre*; aun con un extracto tan amplio y detenido como el que de este libro nos da el Sr. Lapie, no es posible juzgar del valor y alcance de un trabajo de pura filosofía. Sin embargo, algo se descubre de todo esto con las citas que del libro hace el expositor del *Año sociológico*. El Derecho, para el Sr. Bierling, *en el sentido jurídico*, «es todo lo que los hombres que viven formando una comunidad reconocen como regla de esta vida común»; es decir, que para el autor citado el derecho implica una relación exterior social, porque, además, el rasgo distintivo de la norma jurídica es que sea reconocido como tal por los miembros de la sociedad que rige, hasta el punto de que lo que provoca la aparición ó la desaparición de una relación jurídica es el hecho de que varios individuos reconozcan ó dejen de reconocer una regla, para dirigir su actividad común.

El Sr. Durkheim analiza el trabajo, importante por más de un concepto, de E. Neucamp, acerca de la *coaccion en el Derecho*, considerada ésta en su desenvolvimiento histórico: la idea que parece ser capital en la disertación de Neucamp, es la de que la coacción jurídica, á medida que se organiza, se espiritualiza. A continuación se da cuenta, más ó menos circunstanciada, de los trabajos de E. de Roberty sobre *La moral considerada como Sociología elemental* (primer ensayo de *Los fundamentos de la Ética*); de A. Wensel (*Gemeinschaft und Persönlichkeit*); de P. Lapie, (*La Justice dans l'État*), etc., etc.

Los estudios relativos á la organización social y política aparecen agrupados bajo tres enunciados, á saber: A, *Organización en general*; B, *Algunos grupos secundarios* (clanes, et cétera); C, *Organización política*. Sobre organización social analiza el Sr. Durkheim la obra ya citada en la sección de Sociología religiosa, de B. Spencer y F. J. Gillén, que contie-

ne datos interesantísimos acerca de los grupos territoriales, de las clases matrimoniales y de los grupos totémicos; la obra, también importantísima de F. Boas, *The social organisation and the secret societies of the Kwakintl Indians*, y las de Parkinson (*Etnografía del Nordeste de las islas Salomón*), Picard (*Les Pygmées*), Burrow (*The Land of The Pygmées*), etc., etcétera. Dos obras importantes se analizan acerca del *clan*: la de A. Conrady, sobre la constitución del clan en la Alta Escocia, y la de M. Wilbrandt, relativa á la significación política y social de los clanes áticos antes de Solon: en ambas hay datos muy apreciables para estudiar la compleja y difícil cuestión del clan, que tanto importa resolver para interpretar la vida política primitiva. *Les Transformations du pouvoir*, del insigne G. Tarde, es el libro de mayor interés que, en lo referente á la organización política, se cita y extracta; el alcance principal de este trabajo, muy original en ciertos capítulos, estriba en el carácter esencialmente sociológico, que, de una manera positiva, reviste en él, la investigación política.

En el capítulo en que se recogen las publicaciones acerca de *La Familia*, casi todas son de carácter histórico y etnográfico, v. gr.: los trabajos de Junod (ya citados); F. Grenard, acerca del *Turquestan y el Tibet*; Ritou (sobre los *Bascos franceses*), etc. Conviene, sin embargo, citar, como obra que no tiene este carácter, la de C. V. Starcke, *La famille dans les différentes sociétés*, de que yo mismo he dado cuenta cuando se publicó (1899) en las *Notas bibliográficas* de esta revista.

Veintidós trabajos se consignan en el capítulo del matrimonio y condición de la mujer: entre ellos son quizá los más interesantes los de J. Mazarella sobre la *Condizione giuridica del maritto nella familia matriarcale*, y de E. Gürgens, titulado *La teoría de la comunidad de bienes entre esposos según el derecho de las ciudades de la Livonia*.

Acerca del derecho de propiedad, se examinan una porción de monografías, casi todas de carácter histórico. Lo propio puede decirse respecto del contrato.

En el capítulo del *Derecho penal* se recogen en dos grupos los trabajos examinados: el uno lo forman las publicaciones relativas al *Derecho penal en general*, y el otro los que se refieren á la *Pena en particular*. Los referentes al derecho penal tienen todos un carácter histórico, excepto el trabajo de G. Tarde, *¿Qu'est ce qui le crime?* Frieze estudia el *Derecho penal en el Espejo de Sajonia*. S. Gronemann, expone el *Derecho penal talmúdico*, Ferrini el *Derecho penal romano*, Hollweck *Las leyes penales eclesiásticas*, Von Liozt, *El derecho penal alemán*, etc. Las publicaciones que tratan de la pena tienen un sentido más filosófico: hay algunas históricas, como la de Sichandi, acerca del *Derecho penal mosaico rabínico*, y la de Stroobant sobre el *Sistema penal de las ciudades flamencas desde el siglo XV al XVII*, etc., pero la mayor parte estudian problemas generales de la pena, v. gr., R. de la Grasserie, que trata de la *Venganza desde el punto de vista sociológico*; Marcuse de *La pena infamante*, etc., etc.

Sólo un trabajo analiza el Sr. Fauconnet, acerca de la *Responsabilidad civil*, que es el artículo de E. Levy, *Responsabilité et contrat*. Sobre *Responsabilidad penal* se citan varios estudios, entre ellos la obra tan importante del notable criminólogo B. Alimena, *I limiti e i modificatori dell'imputabilità*, y la monografía (muy completa y digna de especial atención) de A. Mestre, acerca de *Les personnes morales et le probleme de leur responsabilité*.

En el capítulo 7.º del *Procedimiento*, el mismo Sr. Fauconnet, analiza especialmente el trabajo de De Marzo sobre *Procedimiento criminal romano*, y otros de índole histórica y filosófica.

Por último, bajo el epígrafe de *Cuestiones varias* se analizan, entre otros, el trabajo de M. Steinmetz *Relaciones entre los padres y los hijos en los pueblos primitivos*; relaciones consideradas, sobre todo desde el punto de vista educativo: el autor procura rectificar la opinión corriente que atribuye á los salvajes una indiferencia más ó menos completa en todo lo que se refiere á sus hijos.

## VII

*Cuarta:* Sociología criminal, por el Sr. Richard, eminente sociólogo y criminólogo, que sigue con especial cuidado el modesto movimiento de las ideas filosóficas, sociológicas y jurídicas en España, del que á menudo da cuenta, con marcadísima simpatía hacia nuestro país, sobre todo en la *Revue philosophique* de M. Ribot. Aparece esta sección subdividida en los cinco capítulos siguientes:

I. *Generalidades y metodología.*—Las obras analizadas y señaladas, están agrupadas bajo estos dos epígrafes: A, *Métodos y teorías generales de sociología criminal*, y B, *Del Método estadístico en particular*. La obra que el Sr. Richard extracta y critica en primer lugar, es la de un modestísimo criminalista español, joven aún, y ya bien conocido en el mundo sabio: titúlase dicha obra *Las nuevas teorías de la criminalidad*, y es su autor el discípulo del Sr. Giner, Constancio Bernaldo de Quirós. He aquí lo que acerca de ella dice el Sr. Richard: «Una buena historia de las teorías sociológicas, antropológicas y jurídicas provocadas en la segunda mitad de este siglo, por el estudio científico de la criminalidad, es ya una obra útil, si el autor no prescinde de lo que haya hecho ningún pueblo ni ninguna escuela. La obra es más preciosa aún si investiga cómo las diferentes corrientes de ideas han influido unas en otras modificándose, y qué conclusión parece que debe prevalecer. En estos dos respectos el libro de Bernaldo de Quirós es una de las mejores lecturas que puede hacer un neófito de la criminología: además, pone un hilo conductor en manos de quienes hayan dado ya algunos pasos en los laberintos de la ciencia. Información amplia, imparcialidad en el análisis, vista sintética del asunto, tales son las grandes cualidades que recomiendan esta obra».

Después del libro de Bernaldo de Quirós, analiza el Sr. Richard, entre otros, el de Essipoff, *Bosquejo del Derecho penal ruso*; una disertación sobre *El crimen como fenómeno de patología social*—de Von Listz, y trabajos de Martínez Ruíz, Alimena, Mac Donald, etc., etc. Acerca del método estadístico, conviene citar la *Statistica* de Virgilio (resumen muy completo), y los estudios de A. Nicéforo, sobre la *Noción de la estadística en el desenvolvimiento actual de las ciencias sociales*, y de Sentemann, sobre *La estadística criminal en sentido estricto como estadística de las lesiones de los bienes jurídicos*. Las tesis que mantiene este último trabajo, un artículo del *Jahrbuch für Gesetzgebung*, merecen consignarse: sostiene el autor, 1.º, que la estadística criminal debe dar á conocer las lesiones que experimentan en cada estado social, durante un período dado, los diferentes bienes jurídicos, y 2.º, que si el estadístico quiere trabajar como sociólogo, no debe tomar en cuenta la reincidencia.

II. *Criminalidad general según los países*.—Los estudios analizados se refieren á las manifestaciones de la criminalidad en Rusia; Tarnowsky, *La criminalidad y la vida social en Rusia*; en Italia, A. Nicéforo: *L'Italia barbara contemporanea*, y el mismo y S. Sighele: *La mala vita en Roma*, y en España, con ocasión del interesante libro de Salillas *Hampa*.

III. *Factores diversos de la criminalidad general*.—Cuatro trabajos se analizan aquí: dos de ellos de verdadera importancia, por el asunto y la manera de tratarlo, del alemán F. Prinz, acerca del influjo del matrimonio y de la familia sobre lo criminal de uno y otro sexo; el tercero, de V. Manzini, acerca de *La reincidencia*, y el último, de E. Ferri, titulado *Il progetto di legge sui delinquenti recidivi*.

IV. *Formas especiales de la criminalidad*.—Es el capítulo más nutrido de esta sección: se analizan en él trabajos acerca de la *Delincuencia bancaria* (de R. Laschi), de los *Crímenes contra la religión en Rusia* (artículo de Tarnowski), sobre la *vagancia* (trabajos de A. Berard, H. du Puy, Rivière), el

*suicidio* (estudios de Zuercher, Lasch, Specht), el *aborto criminal* (folleto de A. V. Russo) etc., etc.

V. *Antropología criminal*.—El trabajo más importante que en este último capítulo se extracta es el de C. Lombroso; *Le crime; causes et remedes*.

## VIII

*Quinta*. Sociología económica: los extractos y notas de esta sección aparecen redactados por P. Simiand: las obras y artículos examinados ó simplemente citados, están distribuídos en siete capítulos, de los cuales el primero, el cuarto, el quinto, el sexto y el séptimo se subdividen en artículos, alguno, como el cuarto, en seis. Pero tanta división y subdivisión no implica una riqueza excesiva de contenido. Hay capítulos como los señalados con los números dos (*Regímenes económicos*) y tres (*Economía general, producción*), en los cuales no hay trabajo alguno que el Sr. Simiand haya considerado digno de un análisis detallado y de una crítica detenida: debe, sin embargo, señalarse en el capítulo segundo un estudio interesante de Vierkandt, acerca de las *Condiciones económicas en los pueblos primitivos*.

Revisando ahora los otros capítulos, en los cuales se extractan con algún detenimiento algunos trabajos, podemos hacer las breves indicaciones que van á continuación. El primer capítulo titúlase *Estudios generales, Metodología*, y agrupa los estudios encaminados bajo estos dos epígrafes: A, *Concepción de la ciencia y método*, y B, *Estudios generales*. El trabajo más detenidamente extractado, y que reviste una importancia indudable bajo el primer epígrafe, es el de Thornstein Veblen, *The preconceptions of economie science* (artículo de *Quarterly journal of economies*): se trata en este estudio de exponer y comparar los *preconceptos* (los conceptos previos) de los economistas en diversos momentos, sus ideas admitidas,

sus postulados implícitos acerca del objeto y de la naturaleza de la ciencia, su aptitud intelectual ante los fenómenos considerados, etc. En concepto de *Estudios generales* examínase primeramente el libro de J. Lehr, *Nociones y fundamentos de la economía política*, que puede estimarse como una base excelente para verificar bien orientado un estudio superior de la ciencia económica: después se extracta un trabajo del mismo autor, escrito en colaboración con K. Frankenstein acerca de la *Producción y del consumo en la economía social*, trabajo escrito con el mismo espíritu y ejecutado según el mismo método que el volumen de J. Lehr antes citado. Los otros dos libros, sobre los cuales se hacen breves consideraciones, son el uno de E. Sacher, *La ciencia de la sociedad como ciencia natural*, y el otro de L. Waltas, *Theorie de la production de la richesse sociale*.

Bajo los epígrafes de *Interés, Salario, Condición de las clases obreras, Asociaciones profesionales, Lujo y ahorro, Pauperismo*, se reúnen unos cuantos trabajos, siendo muy pocos aquellos acerca de los cuales se hacen indicaciones críticas. De entre estos conviene citar el libro de J. Davidson acerca del *Salario contractual*, estudio detenido del desenvolvimiento de la teoría histórica del salario, y en el cual se contiene una exposición concisa y suficiente del problema del salario en la historia de la economía y en la teoría de la ciencia actual. También se deben citar los trabajos de F. Eulenberg y P. Cahen, ambos acerca del problema del salario, y el de Hubert acerca de *La associations ouvriers et les associations patronales*. Es más nutrido el capítulo relativo á las *Economías especiales*: sólo acerca del *Agrarismo* (cuestión agraria) se examinan los libros de W. Schiff. *Política agraria de Austria* (un volumen de una obra de grandes proporciones), de A. Buchenberger. *Principios de política agraria alemana*, Goltz. *Lecciones sobre política agraria* (estudio de carácter general, claro y muy bien documentado), de K. Kaustky. *La cuestión agraria*, que contiene una ojeada sobre la tendencia de la

economía agraria moderna y la política agraria de la democracia social, y de nuestro Costa, *Colectivismo agrario en España*. En el capítulo sexto se agrupan las publicaciones referentes á *Economías nacionales y locales*: sobre Alemania se analiza la obra de Juarna Sternegg, ó mejor dicho, el tercer volumen de su *Historia económica alemana en los últimos siglos de la Edad Media*, y, además, se da cuenta del libro de M. Kovalewsky sobre *Le regime economique de la Russia*. Por último, en el capítulo séptimo se analizan varios trabajos relativos á teorías sociales y más especialmente al socialismo. (Fischer, *Génesis del problema social* y acerca del socialismo; libros de Adler, d'Eichthal, Lichtenberger, Marx, Boehm-Bawek, Menger, Jaures, Labriola, etc., etc.)

## IX

*Sexta.* Morfología social: Se comprenden en esta sección, una de las más cortas del *Año sociológico*, pero en la cual figura alguna obra de capital interés (como, v. gr., la ya citada de F. Ratzel, de que luego hablaré), libros y artículos relativos á emigraciones ó movimientos de la humanidad, á la masa y densidad sociales, consideradas en sus causas, á las agrupaciones rurales y urbanas y á la habitación del hombre.

La obra quizá más importante, por sus proporciones, el valor positivo de sus doctrinas y lo nutrido de sus datos, es, como indico, la *Antropogeografía* de F. Ratzel. El análisis del Sr. Durkheim se refiere á la segunda edición que se publicó en 1899, y sólo abarca la primera parte, que contiene, como ya he dicho, los principios de la aplicación de la geografía á la historia. La idea que sirve como de punto de partida para formular la doctrina que Ratzel expone, es la de que «la humanidad es un pedazo del globo»—*ein Stück der Erde*—y el concepto que de la evolución geográfica de la historia mantiene dicho autor, entraña el supuesto de que la geografía no

es una ciencia meramente *descriptiva*, sino *explicativa*; porque no basta decir cómo los hombres están distribuidos por la tierra, sino que es necesario *explicar* esta distribución. En parte alguna se han formado los pueblos de una sola vez y por completo en el suelo que actualmente ocupan; su distribución actual es el producto de movimientos de todas clases verificados á través de la historia. De ahí el problema relativo á la determinación de las leyes de esos movimientos.

Además de la obra de Ratzel, merecen citarse también los libros de A. Dumont, *Natalité et démocratie*, y Goldstein, acerca de *Las causas presuntas y las causas reales del estado estacionario de la población en Francia*; ambos estudian el mismo problema de la población en la vecina República, tratando de explicar el primero el fenómeno del estacionamiento de ésta por causas morales, y el segundo por causas económicas, pero coincidiendo en rechazar la hipótesis de una degeneración orgánica. Por otra parte, es preciso consignar los estudios de Brandt y de Bellow, relativos á los grupos urbanos, y de Salvioni, acerca de la estadística de los hogares.

*Séptima.* Bajo el epígrafe *Varios* se comprenden en esta última sección, de un lado, trabajos de *Sociología estética*, el uno de A. Baratono, *Sociología estética*, y el otro de M. Hoernes, *Prehistoria del arte figurado en Europa*, y de otro, estudios muy interesantes acerca de *Antroposociología*, entre ellos uno de O. Ammon (el autor de *El orden social y sus bases naturales*), titulado *Zur Anthropologie der Badener*, y otro de H. Muffang, *Ecoliers et étudiants de Liverpool*, etc., etc.

## X



Muy breves tienen que ser las consideraciones que puedo hacer para señalar las tendencias que se advierten en el movimiento sociológico, tal cual resulta éste reflejado en las publicaciones que dirigen los señores Durkheim, Worms y Co-

sentini. Me he detenido, por creerlo útil, mucho más que otros años, en reseñar los datos de índole crítica y bibliográfica que en aquellas publicaciones se contienen, y sería preciso alargar demasiado este artículo si me propusiera razonar las indicaciones que una apreciación exacta del movimiento científico de la Sociología exige. Prescindiendo, pues, de toda explicación y limitándome á señalar de una manera concreta y en pocas palabras, las indicaciones que permite hacer el estudio de los libros que hemos tomado como base de esta información, creo que puede decirse lo siguiente:

1.º Se advierte, en primer término, cierta *pobreza* en la parte que pudiéramos llamar filosofía social ó sociología filosófica: son pocos en número, y no de capital importancia los trabajos que se proponen la investigación de la Sociología, desde el punto de vista de su construcción científica y doctrinal. Ya al principio de este artículo se ha hecho alguna indicación acerca de esto, y no creo necesario insistir.

2.º Las doctrinas que en años anteriores hemos señalado dentro de la ciencia sociológica: doctrina psicológica, doctrina biológica, etc., siguen manteniendo sus posiciones, si bien parece dibujarse, no tanto en los libros y estudios que se proponen el problema del concepto, del carácter y de la esfera de la Sociología, como en los trabajos que comprende la investigación de un problema sociológico (la personalidad, la sociedad) cierto *armonismo*, una tendencia á no prescindir de ninguno de los puntos de vista mantenidos por las distintas escuelas de la Sociología. (V. y comparar los trabajos de Costa, Kistiakowski, Ratzel, Giner, Crowell, etc.)

3.º Contrastando con las pocas publicaciones de carácter filosófico general, que acerca de la Sociología pueden citarse, se advierte una relativa riqueza de trabajos (libros y revistas) monográficos acerca de problemas y fenómenos sociológicos particulares: estudios sobre la personalidad, el desenvolvimiento social, las comunidades humanas, la organización social (religiosa, económica, política, territorial, etc.), las for-

---

mas sociales, etc. Con citar los estudios de Steinmentz, Toennis, Giner, Ratzel (monografía), Lalande, Tarde, etc., etc., se verá comprobada mi observación.

4.º Por último, debe notarse la importancia que alcanza en los estudios históricos el influjo de la Sociología: se procura buscar una explicación, por la Sociología, de los fenómenos históricos; se hace la historia bajo la acción de la *preocupación* sociológica, preocupación que además domina de una manera poderosa en las investigaciones todas del orden religioso, moral, jurídico, penal, económico, antropológico, geográfico y estético.

ADOLFO POSADA.

# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

## Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

### LA AUDIENCIA PÚBLICA

Daz Muley Alí, 7 de Moharran, 1318 (7 Mayo 1900).

Al fin verificóse esta mañana la solemne presentación de la Embajada española con todo el alarde de bárbara grandeza y exótica magnificencia, con que acostumbra esta corte á recibir los representantes de las potencias extranjeras, resultando una ceremonia grandiosa é imponente, que, seguramente, jamás olvidará ninguno de los que pudimos presenciarla.

Conforme á las prescripciones de la etiqueta palatina, á las siete y media de la mañana vino á buscarnos en nombre de Su Majestad el *Kaid el-Meshuar*, alto funcionario que reúne los cargos de Introdutor de Embajadores y Mayordomo mayor de palacio, y, precedidos por él y por un piquete de *mejaznias* á caballo, salió de Daz Muley Alí todo el personal de la Embajada, vestido de riguroso uniforme, y se dirigió al palacio imperial entre dos filas de soldados de infantería, y escoltado por el *Kaid-ez-Rha* y los numerosos jinetes que constituyen la guardia de honor ordinaria que nos acompaña desde Mazagan.

Cuando desembocó nuestra comitiva en la extensa plaza del *Meshuar*, pudimos presenciar un golpe de vista realmente asombroso. Aquel inmenso espacio rebosaba de innumerable gentío, ansioso de contemplar al descendiente glorioso del

Profeta, al Príncipe de los creyentes. Las tropas formaban cuadro, dejando un amplio lugar desocupado en el centro; los *mejaznias*, manteniendo sus caballos del diestro; los *askaris* á pie, y los *tabjias* ó artilleros, junto á sus cañones de campaña, prevenidos para disparar los saludos de ordenanza en el momento en que se presentase su poderoso dueño y señor; dividiendo el espacio reservado en que nosotros penetramos una fila de kaides ó gobernadores sentados en el suelo, á la usanza moruna. Los trajes multicolores de la infantería, en que dominaba la nota rojiza; las sotanas verdes de los músicos del Sultán, aquellos músicos que tan gran impresión me causaron el día del ingreso solemne; los albornoces blancos de los altos funcionarios palatinos; los uniformes europeos con sus dorados relucientes, todo reunido, formaba un conjunto maravilloso, cuyos variados detalles hacía resaltar la luz espléndida que todo lo inundaba. Apenas llegamos al centro de la plaza, bajamos de nuestros caballos y nos colocamos conforme al orden preestablecido: primero, el Embajador, acompañado por su truchiman, Sr. Saavedra; luego, el Prefecto apostólico de Marruecos, como protegido de España; después, el Secretario y el agregado diplomático de la misión, y por último, en una línea, el demás personal oficial, intérpretes y agregados militares.

Como si el Emperador no hubiera estado esperando otra cosa, apenas nos hallamos dispuestos, tocaron las músicas un himno salvaje y desentonado, los soldados presentaron armas y por el hueco de la puerta de Palacio comenzó á salir el séquito del Soberano. Ante todo, los magnates de la corte; después, cinco ó seis hermosos caballos de respeto, enjaezados lujosamente y llevados del diestro por esclavos negros; luego, una desvencijada berlina de aparato, de forma anticuada y venerable, regalada por la Reina de Inglaterra al Sultán Muley Abdallah, que arrastraban otros esclavos, y por fin, rodeado de pompa y majestad, el Sultán de Marruecos, Fez, Sus, Draá y Tafiote; el Sheriff de los Sheriffes; el Emir de los creyentes;

el Miramamolín de nuestros mayores, montado en un magnífico caballo blanco, cubierto de albas vestiduras, conforme á la tradicional costumbre seguida por los herederos de Mahoma, y cobijado por un enorme quitasol de terciopelo verde y encarnado. Ante él marchaban dos funcionarios, sosteniendo larguísimas lanzas, y á su lado dos esclavos negros sacudían unos paños blancos, para que ningún insecto se atreviese á profanar con su contacto las desnudas piernas de la real persona. Rodeábanle los visires y altos funcionarios, caminando á pie con aire humilde y respetuoso, y toda la comitiva avanzaba hacia donde nos hallábamos con paso lento y pausado, como si desempeñara una función sagrada, un deber religioso.

La ceremonia era, en verdad, solemne y grandiosa. En el momento en que, bajo el dintel de la puerta, apareció la figura del Sultán, un murmullo de asombro y entusiasmo, pronto reprimido por el respeto, brotó de los labios de la muchedumbre, que inmediatamente quedó silenciosa, como atemorizada ante tanta majestad; los *kaidés*, que estaban sentados, como movidos por un resorte se pusieron de pie y formaron una larguísima línea que saludó al unísono, inclinándose hasta el suelo, y se dispersó por toda la plaza, hasta colocarse detrás de nosotros, aparentando huir del esplendor, que suponen dimana de la figura del descendiente del Profeta, que, impávido ante tantas muestras de homenaje, prosiguió su marcha, deteniendo su caballo á unos cuantos metros del grupo que formábamos. El Ministro de España se adelantó cuatro ó cinco pasos, hizo un saludo de corte y se situó frente á frente de Su Majestad Abdul-Azis.

Declaro que presenciaba, impresionado, aquel acto imprevisto por su salvaje majestad. Un silencio abrumador reinaba en el ámbito de la inmensa plaza, y nadie hubiera sido bastante audaz para turbalo, porque para los musulmanes marroquíes el Sultán, más bien que un Soberano, es el representante de Dios, el lugarteniente de Allah, y su pueblo no osa acogerle con vivas ni aclamaciones entusiastas, sino poseído

de religioso terror. No se le rinde homenaje y pleitesía, se le venera y se le adora. El, por su parte, inmóvil, indiferente á todo, domina la muchedumbre desde lo alto de su caballo, el trono de los Emperadores del Magreb, é impávido recibe las pruebas de devoción y afecto de sus siervos. Magnates y plebeyos se inclinan igualmente, anonadándose ante la majestad soberana, que ni siquiera un instante se digna fijar su atención en aquella turba de viles esclavos, de quienes es señor y dueño absoluto.

Hizo el Embajador de España las cortesías de rúbrica y comenzó á leer un bien escrito discurso, que al efecto llevaba preparado, en el que saludaba á Su Majestad Abdul Azis en nombre de los monarcas españoles, encareciendo los lazos de amistad que siempre han existido entre las dos naciones vecinas. Achacó la tardanza en haber presentado sus cartas credenciales á inescrutables designios de la Providencia, que siempre tiende á consolidar la paz y fraternidad entre los pueblos que se acogen á su divino amparo, y que, como España y Marruecos, están íntimamente ligados por los estrechos vínculos de la proximidad y de la tradición; indicando que con semejante aplazamiento, el Altísimo se había propuesto, sin duda alguna, permitir que pudiera alegar, como sólida garantía de los sinceros propósitos que le animaban, la experiencia de su ya larga residencia en el Imperio, durante la que había podido hacer patente sus esfuerzos por mantener y estrechar más y más las relaciones que unen á ambos pueblos; terminando su discurso haciendo fervientes votos por la felicidad del monarca, y el florecimiento y prosperidad de su pueblo, no sin manifestar antes su confianza en que Su Majestad Sheriffiana se dignaría prestar, á la importante misión encomendada á la Embajada, su benévolo concurso, dando con esto á España una nueva muestra de que había sabido conservar siempre vivos las generosas tradiciones de amistad y mutuo aprecio que en todos tiempos mediaron entre el glorioso Muley Hassan, sus ilustres antecesores y la excelsa Monarquía española.

A nadie extrañará la forma un tanto mística del discurso que he extractado, si se tiene en cuenta que las alusiones á la intervención divina están muy arraigadas en el concepto psicológico del pueblo árabe, hieren sobremanera su imaginación y constituyen la más lógica é indisputable justificación de todos los hechos, pareciendo sumamente conveniente aprovecharla, como verdaderamente fausta y oportuna. Apenas concluyó la lectura, el truchiman, Sr. Saavedra, leyó la traducción árabe que llevaba prevenida. El Sultán le escuchó atento, pero sin que su figura revelara la más leve impresión ni el menor interés, y, cuando hubo terminado, entregó á Sidi-Abd-el Krim Ben Solimán, Secretario interino de Negocios extranjeros, que, conforme á lo que ya suponíamos, desempeñaba en aquel momento las funciones del Gran Visir enfermo, un pliego conteniendo el discurso de contestación.

Poca idea pudimos formar en el momento de lo que replicaba S. M. Abdul-Azis á las manifestaciones del enviado de España, pues nuestro traductor, sin duda impresionado por la majestad del acto, no logró vencer las grandes dificultades que ofrece una versión del árabe al castellano, y sólo nos manifestó cuatro lugares comunes; es decir, que S. M. Sheriffiana respondía á los saludos de los soberanos españoles y hacía votos á su vez por la prosperidad y grandeza de la ilustre nación amiga y vecina, con la que deseaba mantener las más cordiales relaciones. La respuesta resultaba un tanto incolora é insubstancial. Afortunadamente, al regresar á nuestra casa, hecha la conveniente traducción del documento sheriffiano, pudimos juzgar que era bastante más expresiva que lo que á primera vista parecía, por más que sus términos quedaran envueltos en cierta vaguedad, que revela la cautelosa prudencia con que el Gobierno marroquí acoge una Embajada, cuyo objeto se ha complacido en exagerar y desfigurar la prensa española y extranjera, provocando las más legítimas suspicacias.

No resisto á transcribir una traducción de la respuesta de

S. M. Abdul-Azis, hecha por uno de nuestros compañeros, que posee el árabe á las mil maravillas. Dice así:

«La alabanza á Dios único, sólo en sí mismo (1).

»Sea bien venida la carta de nuestro amigo, el excelso Rey de España; y la paz sea siempre con su madre la augusta Reina Regente.

»No ponemos en duda la sinceridad de los sentimientos amistosos de sus reales personas, y reconocemos los buenos deseos del Gobierno español. Los votos que formulan por nuestra felicidad y la de nuestro pueblo, nos llenan de júbilo y hacen que les seamos deudores de la más viva gratitud.

»Nunca hemos cesado de conservar las relaciones de buena amistad y leal afecto que siempre existieron entre nuestros antepasados y los monarcas españoles, y confiamos que, con ayuda de Dios, aumentarán, prosperarán y se acrecentarán.

»Bien venido seais, ¡oh, Embajador!, vos y todos los que os acompañan, huéspedes de nuestra Sheriffiana Majestad; asegurándoos que no veréis hacer por nuestra parte más que aquello que, con el favor de Allah, sea objeto de satisfacción para todos y tienda á conservar los derechos de los dos pueblos vecinos y á guardar las consideraciones que se deben ambas dinastías.»

Mientras se leyeron los discursos, no aparté mi mirada ni un solo momento del semblante de S. M. Abdul-Azis. Jamás he visto figura más enigmática y ambigua. Ni un gesto alteró la expresión parada de aquella fisonomía, ni una mirada brotó de aquellos ojos apagados y tristes. ¿Qué pensamientos se ocultarán detrás de aquella máscara impenetrable de aparente atonía? ¿Su indiferencia será producto de una lección bien aprendida, ó lógica consecuencia de la férrea sujeción en que

---

(1) Es de advertir que todos los documentos oficiales magrebinos comienzan con esta fórmula consagrada, según la costumbre que estableció el famoso Yacub Almanzur, quien la escribía con su propia mano al frente de todas sus cartas.

lo mantiene el astuto Ba-Ahmed Ben Musa, Gran Visir en apariencia, en realidad tutor y tirano, ó quizás resultado de una vida de placeres continuos, bastantes para embotar la más alta inteligencia? ¡Quién lo sabe! Acaso aguarde con impaciencia la muerte del valido, para revelar sus energías y manifestarse déspota sanguinario, tiránico señor de sus vasallos y fanático enemigo de todo progreso, como algunos de sus antecesores; y ciertamente, no sería el único de ellos que supo disimular admirablemente sus defectos y cualidades, hasta ver cimentado su trono sobre una base sólida y robusta, que le permitiera imponerse por la fuerza brutal. Sea lo que fuere, debemos prepararnos á extraños é inesperados acontecimientos, pues la muerte que amenaza á Ba-Ahmed ha de señalar la hora del despertar del Soberano, que, ya una vez libre de su tutor prepotente, podrá arrojar la máscara y mostrarse tal cual es. Sin atreverme á predecir lo futuro, creo prejuzgar que la falta del Gran Visir, hombre de extraordinarias condiciones, se hará sentir, y que, desgraciadamente, no habrá en todo el Imperio quien sea capaz de reemplazarle.

Cuando la lectura y traducción de los discursos hubo terminado, el Ministro entregó al Sultán las cartas credenciales que le acreditan como representante de España en su corte, y el Soberano pidió que le fuese presentado el personal que compone la Embajada. Así se hizo, y el Secretario, el agregado diplomático, los religiosos, los intérpretes, la Comisión militar, y demás, desfilaron sucesivamente ante S. M. Sheriffiana, á quien comunicaba Abd-el Krim ben Solimán el cargo y cualidades de cada uno.

Después de verificada la presentación, el *Kaid el Meshuar* gritó por orden de su señor, repetidas veces (y en árabe, por supuesto), *Bien venida sea la Embajada española*, como para demostrar al pueblo el agrado con que nos recibía el Soberano, y se dió la ceremonia por terminada. El Emperador se retiró por el mismo camino que había traído, y acompañado por el mismo séquito. Sonaron las músicas de nuevo, y esta vez, sin

duda por cortesía y deferencia, tocaron la *Marcha Real* española, echada á perder; los soldados prorrumpieron en gritos de entusiasmo, y los cañones, dispuestos al efecto, dispararon las salvas de ordenanza.

Siguieron al Sultán las mulas que llevaban los regalos, consistentes, como anteriormente he dicho, en doce fusiles y doce carabinas Mausser, modelo español, dos alfanjes con sus correspondientes gumías, espléndidamente trabajados en la fábrica de Toledo, un magnífico sable de oficial general, dos piezas de rico brocado de oro, y dos mil cartuchos para las armas de fuego. Y cuando toda la comitiva penetró en el palacio, el *Kaid el Meshuar* nos invitó á recorrer, como lo hicimos todos á caballo, y siguiendo una antigua costumbre, los extensos jardines del *Agudal*. Más de dos horas estuvimos recorriendo aquellos inmensos bosques de olivos y naranjos, que cubren muchas hectáreas, visitando al paso los lugares más interesantes, como la casa de verano de los Emperadores, llamada *Dar-el Baida* (la casa blanca), y los dos vastísimos estanques, en uno de los cuales pereció ahogado Muley Mohammed, abuelo del actual Sultán. Habíase embarcado en un bote con algunas de sus favoritas, y bromeaban alegremente, cuando un movimiento inoportuno hizo volcar la embarcación, y todos los que en ella se hallaban cayeron al agua. Desde la orilla muchos esclavos y eunucos contemplaban la catástrofe; pero como la persona del Sultán es sagrada, nadie se atrevió á prestarle auxilio, dejando tranquilamente que se ahogara. Este incidente dió el trono de Marruecos á Muley Hassan.

Pasamos también junto á las fábricas de cartuchos y pólvora, y entrevimos desde lejos el antiguo ingenio de azúcar, hoy completamente abandonado, tanto, que según dicen, sus máquinas mohosas sirven de distracción á las mujeres del harem. El *Agudal* tiene bien poco de jardín; más que nada es un extenso olivar y un bosque de naranjos. Flores pudimos ver muy pocas, y supongo que los verdaderos lugares de recreo serán reservados, y que en ellos no se dejará entrar á los cristianos.

Cuando hubimos paseado largamente, en virtud de una costumbre extravagante de la etiqueta marroquí, que prohíbe que los personajes importantes regresen de un lugar cualquiera por el mismo camino que llevaron á la ida, nos abrieron una puerta de las murallas, y salimos al campo que rodea la ciudad, teniendo que recorrer en pleno sol y por un camino lleno de polvo y de basura, larguísimo trecho para tornar á nuestra casa. Es aquella precisamente la parte más fea de la campiña, donde no hay ni un árbol, ni una planta, y como ya era cerca de medio día, el sol africano descargaba sin piedad alguna sus rayos sobre nuestros oscuros uniformes, molestándonos mucho, á lo que hay que añadir el desagradable olor que exhalaban colosales pirámides de estiércol, amontonado desde hace siglos. Se necesita tener la dejadez, despreocupación é incuria de los mahometanos, para mostrar á sus huéspedes distinguidos, después de las galas y pompas de la corte, las inmundicias de la ciudad. Aunque el contraste era por demás rudo y desagradable, no fue bastante para distraernos del recuerdo de la espléndida ceremonia presenciada, que constituye el acto más interesante de nuestra visita á la corte Sheriffiana, acto majestuoso é imponente del que conservaré vivo recuerdo.

#### EN LA MEDINA (1)

Daz Muley-Alí, 8 de Mayo.

Mucho hemos hablado entre nosotros acerca de la ceremonia de ayer, cambiando las impresiones recibidas. Todas las opiniones están conformes en que el acto de la recepción fue sumamente grandioso é interesante, y en que aún nos hubiera causado mayor efecto si la figura principal se hubiera desta-

---

(1) Medina: la ciudad, en árabe.

cado con mayor relieve. Decididamente, el Sultán no responde á la majestad y arrogancia que esperábamos hallar en el descendiente del Profeta. Su aspecto ambiguo é indiferente, como si todo le cansara y nada lograra interesarle; su mirada triste y apagada, su expresión cohibida y timorata, nos causaron una impresión desagradable é inesperada en un joven Soberano en quien se encarna el ideal político y religioso de su pueblo. Pienso, no obstante, si toda esta apariencia extraña no será producto de una hábil comedia representada para despistar las suspicacias nunca dormidas de Ba-Ahmed, y si, llegado el caso de que por muerte del valido ó cualquier otra causa, pudiera librarse de la tutela que le ha impuesto el hombre á quien en realidad debe el Imperio, no se revelará un carácter soberbio y violento, tanto más arrogante cuanto ha tenido que disimularse durante largos años. Los árabes son maestros consumados en el arte de fingir, y, ciertamente, no sería este el primer caso en que algo análogo ocurriese en Marruecos, pues más de un antecesor de S. M. Abdul Azis supo disimular sus condiciones, hasta aprovechar un momento conveniente para poder entregarse sin riesgo alguno á la realización de sus caprichos.

También es objeto de nuestros comentarios el que, hasta pocas horas antes de la fijada, ignorásemos cuándo se verificaría nuestra audiencia, ni quién desempeñaría el puesto de Gran Visir y leería el discurso de contestación. Acostumbrados á la etiqueta de las cortes europeas, en las que todos los detalles de un acto de esta índole están fijados de antemano, no puede menos de sorprendernos la conducta del *Maghzen*, por más que sepamos que en todo le gusta proceder con el mayor sigilo y misterio. Nos ha sorprendido, igualmente, la falta de lujo de la corte magrebina y la sencillez de los vestidos, no sólo de los magnates y altos funcionarios, sino del mismo Emperador. Los relatos que nos han dejado los que antiguamente visitaron á los Sultanes de Marruecos, describen el fausto con que daban audiencia á los extranjeros en uno de

los salones de su palacio, alhajado con verdadera magnificencia, cubiertos con vestiduras de riquísimas telas y ciñendo armas de extraordinario valor. Según refiere el P. Fray Francisco de San Juan del Puerto, en su interesantísima *Misión historial* (1), la corte de los Sheriffes, en tiempos de Muley Ismael, era verdaderamente suntuosa, deslumbrando el lujo y riqueza de que hacía alarde. Entonces el *Emir al Mumenin* recibía en el salón del trono, rodeado de pompa y majestad, en medio de una asamblea de príncipes que le rendían homenaje. Hoy todo ha cambiado. En vez de la lujosa estancia cerrada, un amplio patio abierto; en vez del trono establecido sobre fuertes fundamentos, el caballo que sirve para la huida, como si todo contribuyera á robustecer la idea de que aquello se acaba y desmorona. El empobrecimiento paulatino del país, su decadencia cada día más acentuada, ha contribuído, indudablemente, á que todo aquel fausto y esplendor desaparezca. A un Imperio arruinado, corresponde una corte pobre.

El acto de la audiencia solemne impresiona por su carácter extraño y el aparato de pompa salvaje que acompaña toda presentación en público del Soberano despótico de un pueblo de esclavos. Fuera de este aspecto general, al fijarnos en los detalles, resulta mezquino y hasta grotesco. Los dos servidores que á ambos lados del caballo, con hierático respeto, sacuden paños para apartar de la imperial majestad cualquier insecto que pudiera molestarla, no sacuden paños de brocado recamado ó de rica seda, sino pedazos de lienzo común de ínfimo precio, contrastando la devoción del acto que desempeñan con los toscos medios que emplean para realizarlo. Muchas observaciones como ésta pudieran hacerse, pero hay un detalle característico que no quiero dejar de transcribir. Cuando las acémilas de palacio vinieron á recoger las cajas que contenían los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, el jefe de la servidumbre que las acompañaba hizo ostentosa manifes-

---

(1) Sevilla, 1708.

tación de los cordones de seda fina que llevaba destinados para sujetar los bultos al lomo de las caballerías. Como la madrugada era húmeda, alguien hubo de manifestar la conveniencia de envolver los estuches de las armas en paños ó mantas que los resguardasen de la fuerte rociada. Comprendió el enviado palaciego la justicia de semejante observación, y al punto dispuso que las dichas cajas se cubriesen con andrajos de arpillera y otras telas viejas y desastradas, mandando después que se ataran las cargas con los consabidos cordones de fina seda. Contrastes y siempre contrastes.

Realizado ya el acto más importante de nuestro viaje, esperamos que se fije día para la audiencia privada, que ha de señalar el comienzo de las negociaciones diplomáticas. Para dicho señalamiento ha de tenerse en cuenta el estado del Gran Visir, y, desgraciadamente, las noticias que tenemos del curso de su enfermedad no son nada favorables. El Dr. Cerdeyra continúa visitando diariamente al enfermo, y por él estamos al corriente de cuanto ocurre, sabiendo que se ha enviado un mensajero al Cónsul de Inglaterra en Casablanca, para que éste flete un barco que vaya á Gibraltar á comprar balones de oxígeno, necesarios para el tratamiento á que debe someterse el ilustre enfermo. Mientras llega la hora de comenzar el trabajo, aprovecho el tiempo en continuar visitando la ciudad, que me propongo recorrer detenidamente.

He visitado parte de la *Medina*, la ciudad propiamente dicha, donde se hallan los bazares y tiendas, y donde radica todo el comercio de la capital, porque *Marrakesh*, lo mismo que *Londres*, tiene su *city* ó barrio de los comerciantes. Para llegar á él he atravesado el *Soko*, la plaza principal donde se verifican los mercados. Es un espacio irregular, rodeado de edificios mezquinos, dignos de una aldea de cuarto orden. Unicamente hay una casa de buena apariencia, que es donde habita el Kaid Mac-Lean.

Una vez que se entra en el barrio de los comerciantes, se encuentra uno en un verdadero laberinto de calles y callejue-

las que se cruzan en todos sentidos. Son tantas las tiendas, que se creería hallarse en una ciudad de trescientos ó cuatrocientos mil habitantes, si no se tuviera en cuenta que aquella abundancia de almacenes forman una especie de feria perpetua, á la que van á proveerse diariamente los habitantes de la ciudad y de las montañas. La mayor parte de los pobladores del Imperio viven en pequeños aduares aislados, donde se carece de tiendas y obradores, por cuya causa se ven precisados á ir á buscar á las ciudades cuanto necesitan. Conforme á las costumbres de la Edad Media, los diversos oficios y las tiendas de distinto género, se dividen en grupos, que se establecen en calles separadas; de manera que cuando se necesita un objeto cualquiera, se dirige uno desde luego á la calle donde se vende ó fabrica, en la seguridad de que en ninguna otra podrá encontrarlo. Los almacenes de sedas, lienzo, paños y demás productos similares del país ó ultramarinos, constituyen lo que se llama *El Kaiseria*, cuyas calles están cubiertas con un techo de madera que forman arabescos, dejando aberturas y ventanas de formas diferentes por donde penetra la luz y el aire.

Grande es la animación que reina en aquellas galerías cubiertas, que pudieran compararse á los pasajes existentes en las grandes capitales, pues por ellas circulan innumerables personas, no faltando algunas mujeres envueltas en sus misteriosas mantas, que dejan vislumbrar únicamente un ojo, negro y rasgado por lo general. La variedad de trajes y figuras es grandísima, pues por la tarde, que es cuando se verifican las transacciones, se congregan allí gentes de todas partes, no faltando mercaderes venidos del Sus y demás regiones de allende el Atlas, hasta de la famosa ciudad de Timbutu.

Las calles están muy sucias, llenas de polvo ó barro, según el tiempo que hace, y rebosando de inmundicia, pues todo lo sobrante de la alimentación y del trabajo se arroja al suelo, sin que nadie cuide de recogerlo. A cada paso se tropieza con restos de animales muertos, contribuyendo á aumentar el mal olor que por todas partes reina; las tiendas de comestibles con sus

grandes depósitos de manteca rancia y las numerosas casas de comida en que se guisa al aire libre, principalmente lo que llaman *kefta*, que viene á ser un picadillo de carne mezclado con especias y hierbas aromáticas, con que rodean unos palitos á fin de asarlo á un fuego vivo. A pesar de la repugnancia que en general me inspira la cocina marroquí, debo declarar que la *kefta* guisada con manteca fresca no resulta desagradable, y recuerda ciertos guisos populares de Andalucía. En algunos lugares, la atmósfera es verdaderamente irrespirable, contribuyendo á ello el que casi todas las calles están cubiertas con una especie de techumbre compuesta con hojas de palma y otras plantas ya secas. Por otra parte, son sumamente estrechas y tortuosas, y sus lados los forman las paredes de los edificios, arruinados por lo general. Muchas casas están apuntaladas y casi ninguna tiene ventanas, salvo ciertas aberturas estrechísimas; el aspecto de las puertas es igualmente mezquino y tosco, y á lo mejor, la que parece dar entrada á una vivienda, abre paso á un laberinto de estrechísimas callejuelas sin salida, en las que apenas penetra la luz del sol y en las que es imposible que circulen dos personas de frente. Como los tejados de las casas están cubiertos de tierra apisonada de más de metro y medio de espesor, formando azoteas, resulta que esta inmensa carga hunde las paredes sin defenderlas de las inclemencias del tiempo; y como están construídas con malos materiales, ceden muy pronto, no tardando en llenarse de grietas y presentar un aspecto de marcada degradación. Entre las construcciones de ambas aceras, y para servir de apoyo á las paredes que amenazan desplomarse, se construyen muros de contención, agujereados en forma de arcos, guarnecidos con sus correspondientes puertas, que se cierran de noche; de manera que la ciudad queda dividida en distintos cuarteles, absolutamente incomunicados unos con otros.

Llama la atención la gran cantidad de cigüeñas que en las torres de las mezquitas, en las murallas, en una palabra, en todo lugar elevado, hacen sus nidos, siendo muy respetadas

por los musulmanes. Una tradición popular entre los marroquíes, asegura que dichas aves son hombres que habitan en islas lejanas, á quienes por desconocer la verdadera ley, Allah castiga, obligándoles á tomar semejante forma y á visitar los países del Islam, pero que al cabo de cierto tiempo regresan á su país natal, donde se convierten de nuevo en hombres, hasta el año inmediato, en el que verifican de nuevo su emigración. Sobre este tema, la ardiente fantasía de los árabes borda mil cuentos á cual más absurdo y caprichoso, llegando á considerar como criminal al que matase cualquiera de estas aves. Sin duda alguna, el utilísimo servicio que prestan las cigüeñas persiguiendo á los reptiles que tanto abundan en los países cálidos, les atrajo el respeto de las gentes, que desde luego velaron por su conservación. Lo cierto es, que tales aves limpian la ciudad de inmundicias y llenan las funciones del servicio de higiene. Es tal la consideración de que gozan en el Imperio del Magreb, que según nos han referido, en Fez han fundado y dotado con grandes rentas un hospital destinado para *asistir, cuidar y dar remedios á las grullas y cigüeñas enfermas y enterrar á las muertas.*

Todas las tiendas están situadas en alto, á manera de alacenas abiertas en la muralla, y tienen un curioso sistema de cierre, compuesto de dos hojas de madera que se abren en el centro, una hacia arriba y otra hacia abajo. La superior sirve de toldo ó tejado, y la de abajo se utiliza de mostrador, ó más bien para subir á la tienda, levantada más de un metro del suelo. Dentro de aquel nicho se instala el dueño del establecimiento y allí se pasa las horas, rodeado de sus mercancías, todas colocadas al alcance de su mano para ahorrarse movimientos inútiles. Allí recibe visitas, allí cumple sus deberes religiosos, allí permanece casi todo el día, inmóvil, sin atender á nada de lo que le rodea, fumando una pipa de Kiff que le proporciona ensueños voluptuosos, ó celebrando la grandeza de Allah y enumerando sus cualidades, pasando las gruesísimas cuentas de un enorme rosario. Si por casualidad acude un comprador,

el mercader no se altera lo más mínimo, y las ventas se verifican con la mayor tranquilidad y calma. No ocurre lo mismo en las galerías de la Kaiseria, donde todos los objetos se venden en pública subasta. Existe una destinada á la venta de objetos usados, donde suelen encontrarse armas, telas, joyas y demás prendas raras y curiosas, á veces de gran valor. El que quiere enajenar alguno de dichos objetos, lo confía á uno de los empleados que al efecto existen, quien comienza á dar paseos por la galería enseñando á los asistentes, colocados en dos filas, la prenda que debe vender, y proclamando á gritos el precio que por ella ofrecen. Los compradores pujan el objeto, y cuando se ha llegado al precio que el vendedor desea ó juzga prudente, se verifica la transacción, siempre por medio del corredor que interviene el dinero, cobra un tanto por sus oficios y entrega al *adul* (ó notario que preside el acto) un blanquillo por ducado, impuesto que cobra el Emperador. Hay varios lugares destinados á estas clases de operaciones, siendo los más notables la *Sutia* ó mercado de armas, donde se hallan á lo mejor alfanjes, gumías y espingardas de verdadero mérito y ricamente decoradas, por precios irrisorios; el *Ermata* ó mercado de las babuchas, y *El Bercá* ó mercado de esclavos, que ha de ser objeto de una detenida visita.

Bajo el punto de vista industrial, Marrakesh no tiene mucha importancia. Sin embargo, en esta ciudad se fabrican tapices y mantas, inferiores á los que se tejen en Rabat y Fez, y jaiques finísimos de lana, tan transparentes como gasa, que son esas largas piezas de tela de cuatro á seis metros de largo por uno y medio de ancho, en la que se envuelven los magnetes marroquíes con tanta elegancia como distinción. En lo que no conoce rival la capital magrebina, es en el curtido de esas pieles que entre nosotros se designan erróneamente con el nombre de *Tafilete*. No en el lejano oasis del Sahara, sino en esta ciudad es donde se curten dichas suavísimas pieles, lindamente teñidas de rojo y amarillo ú otros colores delicados, ya con cochinilla, ya con corteza de granada, y cuya finura es impo-

sible imitar. Los obreros que se ocupan de esta industria son verdaderos artistas, que fabrican cinturones, bolsas, carteras, tapetes, cojines é infinidad de objetos caprichosos, decorados con originales dibujos, labrados en la misma piel. Lo más curioso, á mi modo de ver, son los tapetes y cojines que decoran, arrancando la primera capa de la piel, teñida de azul, verde ú otro color fino, en forma que la parte que dejan intacta forme dibujos variados, que se destacan brillantemente sobre el fondo blanco y mate de la piel. He visto tapetes circulares de más de una vara de diámetro, divididos en cascos de diversos colores y cubiertos de arabescos caprichosísimos, que revelan gran fantasía en el artífice que ejecutó la obra. También hacen otros lindos trabajos sobreponiendo una piel blanca recortada sobre otro tafilete de color, que sirve de fondo. En una palabra: que en el manejo de las pieles los obreros árabes no reconocen maestros.

Fabrícanse también en Marrakesh sedas y pólvora, y el comercio que se mantiene continuamente con los vecinos puertos de Mazagán, Saffi y Mogador, no deja de ser importante. Por medio de caravanas, en que los camellos llevan las cargas, se envían á los pueblos del litoral aceites, gomas, almendras—que tienen fama de ser las más dulces del Imperio,—comino, pieles de Tafilete, cueros de buey, dátiles y cereales, y á su mercado afluyen las expediciones que, atravesando el desierto, vienen de la misteriosa Timbuctu trayendo los productos del Africa Central, es decir, polvo de oro, marfil y esclavos. Los precios de transporte no pueden ser más económicos. Un camello, que recorre la distancia de Marrakesh á Mazagán en poco más de cuatro días y soporta una carga de 240 kilogramos, cuesta dos pesetas de nuestra moneda. No creo que exista tarifa de transporte que pueda competir con esta.

Una de las calles que más me ha llamado la atención es la de los perfumistas y drogueros. En las tiendas que en ella hay se venden innumerables afeites, que nos permiten penetrar un tanto en los secretos de tocador de las mujeres moras. Encuén-

trase allí: *kohl*, ó sea mineral de plomo y antimonio, con que las bellezas orientales agrandan sus ya hermosos ojos y logran darles cierto brillo misterioso que fascina; el *khena*, planta que sirve para teñirse de rojo las uñas de las manos y pies y los párpados, elegante costumbre que practican las moras distinguidas; colorete para la cara; hojas de azahar y de rosa; madera de áloe, exquisito perfume que se quema en toda reunión musulmana de gente de pro; y el *kiff*, planta narcótica que fuman los hombres para procurarse ensueños deliciosos. Según he podido averiguar, esta planta, que es un veneno violento, se recoge en primavera y se prepara del siguiente modo: mézclase en una vasija de tierra con gran cantidad de manteca, y así dispuesta, se la hace estar al fuego durante doce horas; filtrase después, y el residuo de manteca que queda se utiliza para sazonar las viandas, mezclarla con los dulces y golosinas ó tomarla simplemente en forma de píldoras. En cuanto á las hojas de la planta, así cocidas, se fuman como el tabaco, en pipas de barro. Su virtud es tan grande, que de cualquier manera que se tome produce su efecto, que en los primeros tiempos sólo consiste en hacer desvariar la imaginación con ideas caprichosas y agradables, pero que poco á poco conduce fatalmente á la embriaguez y al embrutecimiento.

Entre las demás tiendas he observado la de los alfareros, que construyen gran cantidad de tazas, vasos y copas de frágil barro, modelados con relativo gusto y decorados con dibujos hechos con alquitrán, cuyo color negro, destacándose sobre el fondo rojizo del barro cocido, presenta agradable aspecto y recuerda los antiquísimos objetos de alfarería etrusca que se conservan en los principales Museos de Europa. Todo siempre tosco y burdo, pues los árabes actuales desconocen en absoluto los refinamientos artísticos. La pintura de alquitrán obedece á la satisfacción con que los moros beben el agua que sabe á dicha resina. He visto también objetos de loza, fabricados en Rabat y Fez (los de esta última ciudad son más finos), muy semejantes á los que se encuentran en los pueblos de Andalu-

cía, no sólo en la forma, sino en la decoración. Hay también torneros; tintoreros (todo un barrio), que dan á la seda y lana brillantísimos colores; curtidores, que después de preparar la piel convenientemente, la extienden sobre el suelo de la calle para que los transeuntes, al pisarla, le ayuden en su trabajo; sastres y bordadores, que adornan los trajes de los musulmanes con cordones y galones, cuya urdimbre sostienen entre los dedos de un pie, aguantando el extremo muchachos colocados en medio de la calle, y formando con estos elementos una especie de telar primitivo; torneros, carpinteros, talabarteros, carniceros, etc., etc., sin contar gran cantidad de fabricantes de carteras y cordones de todas clases, objetos de primera necesidad en la indumentaria árabe, en la que todas las prendas carecen de bolsillos y todos los objetos se sujetan al cuerpo con cordones más ó menos lujosos.

Por todas estas calles reina siempre grandísima animación, circulando por ellas innumerables personas. Los individuos de cierta categoría van de compras montados en sus mulas; y como á lo mejor se detienen para ajustar algún trato, interceptan el paso. Por la tarde, que es cuando se verifican las subastas, la aglomeración de gentes es verdaderamente extraordinaria, formando un conjunto pintoresco imposible de describir. La generalidad viste el siguiente traje: camisa con mangas muy anchas, enormes calzones de paño de color, almilla ó chaquetilla de lana, abierta sobre dos chalecos superpuestos, y el bonete rojo y puntiagudo que nosotros llamamos fez, alrededor del cual llevan una pieza de muselina blanca que forma el turbante. Por encima de estas vestiduras suelen llevar una ó dos chilabas de vistosos colores. Algunos, en lugar de la chaquetilla, llevan un caftán ó levita larga, abrochada por delante, con mangas muy anchas; pero este es el traje reservado para la casa. Los tolvos ó estudiantes, imanes ó jefes de las mezquitas y alfaquíes ó doctores de la ley, llevan el albornoz blanco sobre el jaique. Todos usan cinturón de cuero ó seda, y la consabida bolsa, sujeta al costado por cordones. Calzan

las conocidas babuchas amarillas, y para que no se les escapen, pisan al contrario de nosotros, es decir, apoyando en el suelo primero la punta que el talón.

Suélese encontrar también mujeres, por lo general de la clase media y del pueblo bajo. Apenas si se las puede ver, pues caminan envueltas en una enorme manta, que las hace parecer un saco de patatas ambulante. Su calzado son también babuchas, pero encarnadas, diferenciándose en esto sólo de las que usan los hombres. Unas y otros llevan las pantorri-llas desnudas. Cuando tienen que sostener á un niño pequeño ú otra cualquier carga, la llevan sobre las espaldas, sujeta con los pliegues del jaique, de manera, que también es imposible verles las manos. Dentro de la *Kaiseria*, he podido ver descubierta alguna mujer marroquí: á decir verdad, debían ser criadas y dueñas de damas, que iban á vender ó á comprar por encargo de sus señoras. Parecíéronme feas y envejecidas antes de tiempo. Al contemplar estos tipos y conocer algo de la vida y costumbres de las mujeres moras, tengo que imaginármelas como verdaderas muñecas: obesas por la falta de ejercicio, sin formas delicadas, cubiertas de pinturas y afeites que afean sus líneas y facciones, y sin expresión alguna; en una palabra, cuerpos sin almas, incapaces de llenar nuestros deseos. ¡Qué diferencia con lo que se sueña en Europa acerca de la mujer árabe!

Dar Muley-Ali, 10 de Mayo.

Cada día me asombra más el inmenso perímetro de la ciudad. A medida que recorro sus distintos barrios, voy haciéndome cargo de su colosal extensión, y puedo juzgar de la extraordinaria importancia que debió tener en tiempos pasados. Arruinada por una serie de desastrosas guerras, despoblada por la peste, hoy no es ni sombra de lo que fue. Debió tener de 500 á 700.000 habitantes. Según el cronista del Sultán Alí, en tiempos de este poderoso monarca de la familia de los Almoravides, había en Marrakesh más de 100.000 casas y pala-

cios, floreciendo tanto las artes y las ciencias, que llegó á ser el centro de reunión de los hombres más sabios del islamismo, de manera que los moros que habitaban los Reinos de España, Argel y Túnez, enviaban á sus hijos á instruirse en sus famosas Universidades, conviniendo todos los escritores árabes en que Marrakesh fue la mayor, más rica y más importante ciudad de Africa durante la época que rigieron el Imperio los almoravides y almohades.

Cuando los Reyes Católicos acabaron con el poderío de los mahometanos en España, y los árabes de Granada se refugiaron en Africa, comenzó á disminuir la riqueza de Marrakesh. Las guerras intestinas, las continuas sublevaciones, las terribles epidemias que la asolaron durante los siglos xvi y xvii, acabaron con su floreciente comercio. Poco á poco se fueron cerrando sus Universidades y colegios, y de más de cien bibliotecas que es fama existían en 1526, apenas si queda memoria en el nombre que lleva hoy la mezquita de la *Kotubia* (librería, biblioteca).

Lo que más ha resistido á los duros embates del tiempo y á la mano del hombre, son las murallas que, aun en el día, acreditan el esplendor de la célebre ciudad africana. En su inmenso recinto, abrazan una inmensa superficie cubierta en su mayor parte de ruinas y de escombros, pues aunque las paredes alineadas forman calles y plazas, enmedio de las manzanas suelen encontrarse grandes espacios desiertos, sin contar innumerables huertas y jardines. El conjunto presenta un aspecto tanto más triste y abrumador, cuanto que al presente apenas si existe algún comercio. Las artes y las letras tampoco prosperan lo más mínimo; Marrakesh tiene escasísimas escuelas, y sus habitantes son incultos y groseros. Sólo el cerco de las murallas, las inmensas ruinas con que á cada paso se tropieza, el gran número de conductos de agua inutilizados, los vastísimos cementerios que la rodean, testifican su grandeza pasada, y hacen creíble y patente tan rápida y asombrosa destrucción.

Cuando el famoso viajero español Ali Bey el Abbasi, visitó la capital magrebina, calculó el número de sus habitantes en 30.000. Hoy, más conocida y estudiada, se juzga que en ella podrán residir aproximadamente 50.000 almas, entre las que hay que contar cerca de 15.000 negros, esclavos del Sultán en su mayoría, y unos 6.000 judíos que residen en un barrio especial separado del resto de la ciudad, y llamado *Mellaj*. Residen también en Marrakesh algunos europeos, pues á más de los personajes oficiales como el Kaid Mac Lean y el Dr. Verdun, ingleses; los artilleros que componen la misión militar francesa y el Dr. Linares, de idéntica nacionalidad, se encuentran algunos españoles, entre los que se cuentan el comerciante Sr. Reina, que negocia en gran escala con los pueblos de la costa, y D. Mariano González, que hace más de veinte años que reside en el país practicando la Medicina empírica, y es popularísimo en la ciudad, donde se le conoce con el nombre de *Tebib Mariano*. Este señor me sirve de acompañante y guía en mis largos paseos por el intrincado laberinto de calles, callejas y plazas que forma la capital magrebina.

He continuado visitando la *Medina*, y he dirigido mis pasos, seguido siempre de un denodado *askar*, que no se aparta de mí un solo instante, al barrio donde se halla situada la *Endarza* ó Universidad. El edificio que ocupa debió ser espléndido, y aún conserva algunos restos de su antigua suntuosidad. Fue fundado á fines del siglo XII por el famosísimo Yacub Almanzur, tantas veces citado, quien gastó en su embellecimiento cuantiosas sumas, ocupando en su construcción multitud de cautivos cristianos, pero quien lo elevó á su mayor esplendor fue el Sultán Abu-el-Hassan Alí, el vencido en el Salado por Alfonso XI. Aún se encuentran en este edificio restos arquitectónicos de singular belleza, entre los que descuellan una especie de pórtico formado de arcos de ladrillos, esmaltados de negro, con inscripciones y dibujos elegantes, de marcado carácter africano. Consta el mencionado pórtico de cuatro arcos lobulados: uno que comunica con la mezquita que está situa-

da frente por frente á la Universidad; otro que da ingreso al edificio, y dos laterales, que son los adornados con mayor riqueza, revelando ser de remoto origen, pues tienen más acentuada la forma de ojiva que la de herradura. El friso de estos dos arcos contiene una inscripción en caracteres cúficos, según me indicó el P. Cervera, á quien fue imposible leerla por la altura en que se encuentra y la obscuridad del pórtico; y los tímpanos están primorosamente decorados con follajes y arabescos, trazados con esmalte negro. El conjunto es sobrio y elegante, recordando en cierta manera los arcos que componen la preciosa puerta llamada del Vino, en el Alcázar de Granada.

Desde este pórtico se ve el corredor por que se entra en la Universidad, que está adornado con artesonados y trabajos primorosos de estuco. Es imposible que allí pueda entrar ningún cristiano, pues los doctores musulmanes se oponen tenazmente á que los infieles penetren los secretos de su sabiduría. Inquiriendo y averiguando, he logrado saber qué ciencias son las que allí se enseñan, que se reducen á moral y legislación, identificando su estudio con el dogma y la liturgia, de manera que todo se concreta en el conocimiento del Alkoran y el análisis de sus infinitos expositores y comentadores. Enseñanse también algunos rudimentos de Gramática, Retórica y Dialéctica, indispensables de todo punto para poder leer y entender con provecho el texto del libro divino. Sabido es que los eruditos musulmanes engolfan sus disertaciones en un arcano de sutilezas y pretendidos raciocinios metafísicos, embrollándose de tal manera, que no sabiendo como salir del paso invocan la predestinación ó la absoluta voluntad de Dios, *ultima ratio*, con la que todo lo concilian y componen. Respecto á ciencias, los inventores del Álgebra se contentan, en lo que concierne á las Matemáticas y Física, con algunos conocimientos sacados de Euclides y Aristóteles, autores que fueron traducidos al árabe en los mejores tiempos del esplendor musulmán, á lo que añaden escasas nociones de Medicina, y gran acopio de estudios de ciencias ocultas, practicando la Cábala, Teurgia,

Alquimia y Astrología judiciaria, que confunden con la Astronomía, y para cuyas interesantes experiencias emplean curiosos *astrolabios*, bastante bien contruídos. Todo esto se estudia en la Universidad ó *Madriza* de Marrakesh, designada también con el pomposo nombre de *Dar el Ilm* (casa de la Sabiduría), aunque el verdadero centro del saber se encuentra hoy día en Fez, la Atenas de África, emporio durante la Edad Media de la cultura musulímica.

A esto se limitan los estudios superiores que realizan los sabios del Magreb. Para poder ingresar en la Universidad, es preciso haber cursado largos años en las escuelas llamadas *Mesid*, donde se enseñan las primeras letras. Al efecto, congrénganse los niños en el local destinado al efecto, el maestro escribe en unas tablas barnizadas las letras del alfabeto árabe, y cuando el discípulo las conoce y sabe pintarlas, el mismo maestro comienza á escribir en la referida tabla uno ó más versículos de *Alkoran*, que es leído y repetido en voz alta hasta que queda la lección grabada indeleblemente en la memoria del estudiante. Los más inteligentes y aplicados, llegan al cabo de siete ú ocho años á poder recitar el *Alkoran* de corrido, con lo que son considerados como sabios. Entonces se dedican á completar sus conocimientos acerca del texto sagrado, habiendo, según me han asegurado, eruditos que pueden recitar los versículos, comenzando por el último hasta llegar correlativamente al primero, alterando su orden, saltando los que llevan números pares ó impares, ó verificando otros prodigios de mnemotecnia que para nada sirven, pero que les hacen ser considerados entre sus compatriotas como elegidos del Todopoderoso.

El aspecto de una escuela es interesante. Imagínese al maestro sentado en el suelo con las piernas cruzadas, armado de una larga vara destinada á llamar al orden al estudiante distraído, y dando gritos espantosos ó salmodiando en tono de lúgubre lamentación el texto que pretende enseñar; rodeado de veinte ó treinta muchachos, dispuestos en círculo á su alre-

dedor y sentados también en el suelo con sus tablitas, en que está escrita la lección, en las manos, y repitiendo casi simultáneamente en la más completa discordancia los agudos gritos ó lúgubre salmodia del maestro, acompañando el canto con un violento balanceo del cuerpo de atrás á delante. Más de una vez me he detenido en la puerta de alguna escuela para curiosar el interior, y he permanecido, confieso mi indiscreción, largo rato contemplando el curioso cuadro, hasta que percata-do el maestro de mi presencia, se ha levantado indignado, y violentamente me ha cerrado la puerta en las narices, lanzando sobre mi persona toda suerte de improperios y maldiciones.

Y es que los pequeñuelos árabes son deliciosos. Tienen, por lo general, una mirada dulce y reflexiva, y proceden con tanta gravedad, que contrastan sus actos con su aspecto de muñecos. Envueltos en chilabas de todos colores, casi siempre holgadas para sus cuerpecitos delicados, y completamente rapada la cabeza, salvo un mechón de pelo que dejan crecer caprichosamente á un lado del cráneo y anudan en trenza, parecen verdaderas marionetas animadas. No son alegres y bullangueros como los arrapiezos de Andalucía; antes al contrario, son taciturnos y callados, pudiendo asegurarse que nunca se oye á ninguno alborotar. A nosotros los infieles nos miran con marcado recelo, y se conoce perfectamente que nos odian. No obstante, tengo entre ellos un amigo que cada vez que me encuentra en la calle, detiene mi mula ó mi caballo, y me saluda cariñosamente. Le conocí en las cercanías del santuario de Sidi-Bel-Abbes. Algunos de los que me acompañaban se habían detenido en una tienda, y yo aguardaba tranquilamente á que hubieran terminado sus compras, cuando me fijé en un rapaz, como de ocho ó nueve años, que adosado á un poste, permanecía tranquilo y silencioso, envuelto en no se qué meditaciones que no le permitían sin duda dirigir ni una mirada á nuestro grupo, que debía, á mi modo de ver, llamarle necesariamente la atención. Los soldados que nos escoltaban le saludaban con marcada simpatía y grandes pruebas de res-

peto, tanto, que despertaron mi curiosidad y hube de preguntar que quién era.—Un Scheriff, me contestaron.—Entonces me acerqué á él é intenté dirigirle algunas palabras; el chico se mostró inquieto, pero apenas le hube obsequiado con una moneda de dos reales, cambió de actitud, y cogiendo mi mano, la llevó á su corazón, haciéndome otras singulares pruebas de simpatía. Desde entonces, siempre que me encuentra se aproxima á hablarme y á demostrarme su aprecio con gestos expresivos, llamándome al mismo tiempo, *Sheriff Pañol*. Ignoro si tendrá familia; siempre le encuentro solo, meditando gravemente, y sin preocuparse de nada de lo que le rodea, y al verle aislado, paréceme como si estuviera falto y necesitado de cariño.

Vecinos á la *Endarza* se encuentran los principales *fondaks*, posadas ú hosterías de Marrakesh, siendo los principales los llamados de Fez y Rabat, donde se alojan los forasteros y mercaderes que desde aquellas ciudades vienen á visitar la occidental capital del Imperio. Por lo que he visto, hay *fondaks* dedicados al comercio exclusivamente ó á los viajeros, y constan de un gran patio, casi siempre cuadrado, rodeado de una multitud de pequeñas estancias, que sólo reciben luz por la puerta y se alquilan por módico precio. Tales son las habitaciones donde se alojan los huéspedes. Las acémilas se recogen en el patio central. Algunos de estos establecimientos, como el ya citado fondak de Fez, tienen dos pisos, y vienen á ser una especie de bazar donde se congregan los mercaderes de tal ó cual ciudad para hacer sus ventas y contratos.

También por allí cerca se halla la mezquita del Muasin, una de las más veneradas de Marrakesh, vastísimo edificio, mandado construir, así como la fuente cercana, hacia el año 970 de la Hegira por el Sultán de los Sheriffes Saadies, Abu Mohammed Abdalá el Galeb. Se dice que el interior del templo es magnífico. Por fuera nada ofrece de particular; todo está rodeado de inmundas casuchas y tiendas miserables, y su puerta principal se abre sobre una callejuela excusada; no obstante, tiene un gran interés para nosotros, pues los postigos

de madera chapados de cobre que la cierran, es fama que proceden de Granada, de donde fueron traídos, así como los que se encuentran en *Bab-el-Djemmis* (Puerta del Jueves), por el famoso Yacub Almanzur. Un instante me detuve en ella para dirigir una ojeada al interior. Nada me llamó la atención en las inmensas naves desiertas, á no ser el *Mimbu* ó púlpito, curioso mueble de madera labrada, desde donde el Iman lee al pueblo los versículos del *Alkoran*. Es el único que hasta ahora he podido entrever.

Como no es prudente acercarse á las mezquitas, me alejé rápidamente para ver la fuente vecina, que llaman vulgarmente de los Tintoreros, por estar situada en medio del barrio de los que á este oficio se dedican y usarla principalmente los del gremio. Sorprende desde luego al recorrer la ciudad, la gran cantidad de fuentes y algibes que á cada paso se encuentran, pudiéndose asegurar que la de los Tintoreros es, sin duda alguna, la mayor y más hermosa. No haría ciertamente mal papel en una capital europea. Tiene sus pretensiones arquitectónicas, por más que pertenece á un estilo exótico ó, por decirlo así, africano, que aunque conserva las líneas generales del arte árabe, tiene no sé qué de salvaje y bárbaro. Se compone de dos departamentos: un gran depósito cubierto por un techo que sostiene elegantes arcos de herradura, y una nave estrecha, en cuyo fondo se hallan los caños que conducen el agua, cerrada por un artesonado ricamente alicatado, y otros infinitos adornos de estuco y madera llenos de arabescos é inscripciones, todo pintarrajado de infinitos y caprichosos colorines.

Para regresar á Dar Muley Alí, hemos tenido que pasar precisamente por delante de la Universidad. Era la hora en que los estudiantes, terminados los estudios del día, salían á la calle. Todos llevaban en sus manos una llave de tamaño poco usual. Llamóme la atención tal objeto, y pude averiguar que como los *tolvas* ó estudiantes tienen que habitar dentro de la misma *Madriza*, al salir de ella llevaban consigo la llave de la estancia que ocupan. Gente alegre y campechana, los *tolvas*

formaban grupos que discutían con animación, y al llegar cerca de ellos, algunos se encararon con el Dr. Cerdeyra, mi compañero en tal expedición, y conmigo, acabando por rodearnos y hacernos toda clase de preguntas. Más bien con gestos que con palabras pudimos mantener un pequeño diálogo, logrando decirles que si uno de nosotros era *tebib*, médico, el otro era *alfaquí*, abogado; lo que nos pareció les agradaba en extremo; pero pronto hubimos de desengañarnos, pues todos sus agasajos se encaminaban tan solo á pedirnos dinero. Trabajo nos costó librarnos de la turba estudiantil, que nos asediaba con sus peticiones, lo que nos sorprendía tanto más, cuanto entre ellos se encontraban personas de edad respetable y hasta venerables ancianos, pues entre los musulmanes siempre se está en edad conveniente para adquirir mayores conocimientos y asistir á las escuelas.

Nos alejamos de aquellos lugares, metiéndonos por una multitud de callejas irregulares é imposibles. A poco de andar por la ciudad, está uno confundido sin saber dónde se encuentra, ni hacia donde orientarse; todas las calles son iguales y las construcciones idénticas; á lo mejor se sigue por una vía que, después de dar mil revueltas, á cual más caprichosas, ó no tiene salida, ó viene á desembocar en el mismo sitio de donde se salió. La misma calle se estrecha y ensancha de singular manera, y las avenidas de las casas, todas de aspecto miserable, aunque sean habitadas por altos dignatarios, están formadas por callejones tan estrechos y tortuosos, que con dificultad puede pasar por ellos un caballo. En todo esto se conoce el miedo á las frecuentes revoluciones y levantamientos populares, pues con cuatro ó seis hombres basta para hacer inatacables ó defender cualquiera de aquellos callejones. Por la misma causa, sin duda, casi todas las casas están guarnecidas de aspilleras, y suelen asemejarse á fortalezas.

Tras innumerables rodeos, desembocamos en *Djemma el Fenaa*, la plaza principal, donde siempre parece haber una feria permanente. Allí se dan cita los saltimbanquis y cantores am-

bulantes, los fascinadores de serpientes, los *aissauas* y *handuchas*, los juglares del Sus y otra infinidad de gentes que se ganan la vida divirtiendo á los desocupados habitantes de Marrakesh. Todo ello merece fijar la atención, y he de dedicar algunas expediciones á estudiarlo. Antes de entrar en la plaza, pasamos junto á una pequeña mezquita que llaman de *Alkatá*, edificio bastante bonito, situado en medio de inmundas callejas, que tiene un pórtico de buena traza, y una linda torrequita, enana si se la compara con los minaretes de otros santuarios, pero preciosa si se atiende á los hermosos esmaltes azules y primorosos alicatados que la revisten. Ofrece este alminar, restaurado en su parte superior, la particularidad de presentar, entre otros motivos de decoración, varias flores de lis, lo que me hace pensar si acaso tomarían parte en su reconstrucción algunos de aquellos artífices españoles que á ruegos del Sultán Sidi-Mohammed ben Abdalá, enviara á Marruecos nuestro ilustre Carlos III, después de la famosa Embajada de D. Jorge Juan.

En el preciso momento en que entrábamos en *Djemma-el-Fenáa*, la plaza principal, como antes dije, circulaba por ella una extraña procesión que desde luego logró atraer nuestras miradas. Rodeado de numerosas personas de todas edades, algunas de las cuales llevaban grandes banderas y pendones de todos colores desplegados al viento, cabalgaba un individuo lujosamente ataviado, envuelto en un amplio *surham* blanco, del que pendían innumerables cintas y pañuelos de varios colores, formando un conjunto tan extravagante como caprichoso. El tal personaje—que tal le supusimos—montaba una hermosa mula que caminaba pacíficamente y sostenía en sus manos un gran cartelón cubierto de caracteres arábigos, que parecía leer con marcado interés y sin distraerse con nada de lo que le rodeaba. Al principio creímos que sería el Sultán de los *tolvas*, es decir, el rey de los estudiantes, pues precisamente entre los últimos y los primeros días del año musulmán, los jóvenes de las Universidades del Imperio acostum-

bran á designar á uno de ellos para que desempeñe el cargo de soberano, y esta práctica está tan arraigada, que el mismo Emir al Mumenin visita al sultán improvisado, que manda y gobierna en la ciudad á su antojo y capricho durante los tres días que dura su efímero reinado. Establece su corte en un campamento vecino á las murallas de la ciudad, y allí sus súbditos se entregan al placer y á la alegría, hasta que, llegando las solemnidades de la *Pascua de Ashura*, todo vuelve á su primitivo estado. Según me aseguran, ningún buen musulmán pone en duda el omnímodo poder de que disfruta durante los tres días de su reinado el sultán de los tolvas, y más de un joven ha comprado los votos de sus compañeros que habían de elevarle á tal dignidad para poder libertar á su padre ó hermano, prisionero en alguna de las fortalezas del Imperio.

Pero no se trataba del rey de los estudiantes. Aunque estamos en vísperas de la *Pascua de Ashura*, una de las cuatro grandes fiestas de la religión mahometana, que debe celebrarse pasado mañana, y que corresponde á nuestra solemnidad de Año Nuevo y carnaval, el reinado del *Sultán de los tolvas* había terminado antes de llegar nosotros á Marrakesh, y la procesión que nos sorprendía se reducía únicamente al triunfo de un joven musulmán que, habiendo terminado sus estudios en la Universidad, inauguraba su título de *alfaquí* de tan lucida y elegante manera, acompañado por sus amigos, que le festejaban con músicas, pues en el cortejo no faltaban robustos mozáos que, con sus carrillos hinchados, soplaban en sendas *chirimías*, arrancando del instrumento lamentables y desentonados sonidos, mientras que otros tantos jóvenes del séquito marcaban el ritmo en sus correspondientes *tamboriles*, armando un estrépito quizás muy grato á oídos musulmanes, pero altamente lastimoso para nosotros los europeos, incapaces de apreciar las delicadezas de la música árabe.

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará).

# EPISTOLA

## AL MARQUÈS DE JEREZ DE LOS CABALLEROS

CON MOTIVO DE HARÈRME REGALADO UNOS LIBROS ANTIGUOS EDITADOS POR ÈL.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÈS

Desde la verde y solitaria orilla  
Que baña con sus aguas rumoroso  
El pobre Cubia que al Nalón se humilla;

Desde la falda de este monte hojoso  
Donde tranquilo paso mi existencia  
Sin sentirme envidiado ni envidioso;

Ajeno á los olvidos de la ausencia,  
La pluma tomo, y con nerviosa mano  
A su epístola doy correspondencia.

Bien quisiera tener el soberano  
Ingenio con que luce entre primores  
De rico estilo su saber galano.

Mas negóme Minerva sus favores,  
Y en el jardín de Apolo, mi torpeza,  
Espinas suele hallar en vez de flores.

Por eso en prosa llana, á su largueza,  
He de dar testimonio agradecido,  
Celebrando á la par que su fineza,

Su buen gusto y su empeño decidido  
En sacar á la luz de nuevo día  
Lo que cayera en censurable olvido.

¡Bien haya esa labor! Con alegría

Por ella puedo solazarme ufano  
 Con tan rica y variada poesía,  
 Con tantas obras del saber hispano,  
 Que yacían por todos olvidadas  
 Menos por el ilustre sevillano.

Cada siglo es distinto. En las pasadas  
 Edades para demostrar el brío  
 Del corazón, brillaban las espadas

En cien combates con furor impío,  
 Desafiando el rigor de la faena,  
 Se luchaba con ímpetu bravío

Hasta morir en la candente arena,  
 O alcanzar el laurel de la victoria  
 Que á todos entusiasma y enajena.

De esos hechos heroicos, nuestra historia  
 Guarda un caudal, pero ninguno pudo  
 Herir mi corazón y mi memoria

Como aquel de Guzmán, el linajudo,  
 Que allá en Tarifa, al responder al moro,  
 Lealtad y valor fueron su escudo.

No envidio aquellos tiempos, ni deploro  
 Que consigne estos hechos animosa  
 La historia de mi patria en libros de oro;

¡Pero soy de otra edad! Hoy más hermosa  
 Se presenta la lucha por la vida,  
 Más humana también y más grandiosa.

Ya Marte á batallar no nos convida;  
 Otros dioses presiden la existencia  
 De nuestra pobre humanidad rendida,

Que empieza á despertar de su demencia.  
 Los grandes vuelos de la industria; el arte;  
 Los profundos arcanos de la ciencia;

La virtud que nos sirve de baluarte...  
 Esos los dioses son en quien creemos  
 ¡Ya no adoramos al sañudo Marte!



El valor y la fe que demostramos  
En la labor pacífica y honrada  
Podrán darnos el bien que apetecemos.

No el duro peto y la brillante espada,  
Ni la cota de acero damasquino,  
Ni el reluciente casco con celada,  
Ha menester el pobre peregrino  
Que fia en el trabajo silencioso  
El llegar al final de su camino.

Usted, amigo mío, que afanoso  
Sigue el impulso de su tiempo, puede  
Dar á todos ejemplo provechoso.

A muchos nobles en nobleza excede,  
Pues la sangre que corre presurosa  
Por sus arterias, de Guzmán procede;

Y á luchar nos invita, y nunca ociosa  
Su vida en mil quehaceres se recrea  
Del propio bien y del ajeno ansiosa.

¡Ya sus esfuerzos en la industria emplea;  
Ya en las obras del arte soberano;  
Ya en la región sublime de la idea!..

¡Por eso agora al solazarme ufano  
Con tan rica y variada poesía,  
Con tantas obras del saber hispano

Con que regala la pobreza mía,  
Recuerdo con placer, agradecido,  
El ingenio, el valor y la hidalguía  
Del hijo de Sevilla esclarecido!

VEGA DE ANZO.

Santa Julita (Asturias), 1900.

# UN ARTICULO INÉDITO DE CAMPOAMOR

---

Hace algún tiempo, á propósito del torneo literario sostenido en esta misma Revista entre Campoamor y Valera acerca de «La Metafísica y la poesía», hablábamos con el ilustre poeta de sus polémicas, primero con la democracia, después con los marinos,—á los que llamó *pescadores de os-tras*, dando esta frase lugar á un duelo entre Topete y el autor de los *Pequeños poemas*, duelo en que el Almirante quedó mal herido,—y más tarde con los krausistas.

—Por cierto—nos dijo—que de tal modo se enfadaron los krausistas con mis burlas, que el director del periódico en que se publicaban creyó prudente concluir la polémica, y ahí está inédito el último artículo que escribí.

Sacó un legajo de un cajón y nos lo entregó, diciendo:

—Toma, Lazarito, y cuando yo me muera, que ya será pronto, lo publiques.

El legajo contenía: un artículo de D. Francisco de P. Canalejas, una carta inédita de D. Juan Siero, y la respuesta, también inédita, de Campoamor, escrita en cuarenta cuartillas de su puño y letra.

A continuación transcribimos estos preciosos documentos:

## EL PANENTHEISMO

*Sr. D. Ramón de Campoamor.*

Mi muy querido amigo: Hace muchos años, allá por los de 1856 y 57, arremetió usted con brío y pujanza á la democracia, y en honra de mis convicciones me atreví á salir y á pelear. Hoy la acometida es no menos briosa á la filosofía racionalista, y por la misma razón, y (lo confieso) con el deseo de refrescar el espíritu recordando los juveniles empeños en que nos colocaban sus amistosas y benévolas réplicas, acudo

también. Me propongo convencer á usted de que va más allá de lo justo al escribir la elocuentísima invectiva que se lee en las lozanas y rientes páginas con que encabeza las *Dudas y tristezas* de nuestro amigo Revilla.

«Yo no he censurado con acrimonia, que toca ya en mofa, á las escuelas racionalistas; antes al contrario, con alabanza recuerdo á Fichte, á Schelling y á Hegel, y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios»—me replicará usted desde el primer punto.—Así es el hecho; pero es el caso que no caben aquella indulgencia y esta severidad, y una ú otra huelga en el juicio de usted.

Si Krause y sus sectarios merecen los duros calificativos que se escapan hirviendo de la acerada pluma de usted, con mayor razón deben caer sobre Schelling y Hegel, reos de mayores delitos, según el Código que da usted por vigente; y de otro lado, al aconsejar al joven poeta, de tal manera traza y sombrea usted el cuadro de la ciencia, y tan esplendente es el del arte que le opone, que resultan de uno y otro boceto cargos y censuras contra la ciencia, que permiten y aun reclaman rectificación y rectificaciones.

Yo, á mi vez, no intento sacar á salvo de esta vehementísima impugnación todos y cada uno de los principios, teorías, postulados y consecuencias de la escuela krausista. Por fortuna ó por desgracia, no tengo hace muchos años otro maestro que el pensamiento general humano, estudiado libérrimamente por mi razón, y no me avengo á la disciplina de ninguna escuela, confesión ó secta, ni apetezco tampoco que nadie siga ó se encariñe con mis pensamientos. Pensar es tarea individual, y sólo el propio pensamiento mata el hambre de la inteligencia.

Pero en la escuela krausista me eduqué, y tuve por dicha un maestro, cuya memoria venero, y no quiero que pase, sin desagaviar su respetable nombre, la airada página que usted escribe, y que cae sobre la noble figura del que trajo á España y difundió entre nosotros las doctrinas de Krause.

Recordemos también que entre los discípulos del ilustre D. Julián Sanz del Río se han declarado tendencias diversas y encontradas.—No hay ya escuela.—Van unos á un theismo racional y cristiano, propenden otros á un positivismo comedido y circunspecto; retroceden algunos, aguijoneados por la duda, á la crítica de la razón pura de Kant, tomando puerto y sagrado en ella, y esta diversidad de direcciones es muy propia del solícito afán con que el Dr. Sanz del Río procuraba despertar en toda inteligencia el sello característico, original é individualísimo que acompaña al hombre.

Yo entiendo que la dirección que mejor cuadra al krausismo es la que representa el Barón Leonhardi en Alemania; opino que esa dirección religiosa y racionalista es pura, verdadera é hija legítima de la edad presente, y miro las reacciones kantistas como miro todas las reacciones, y los embelesamientos positivistas, como rasgo fugaz, hijo de rápidos meteoros, que el griterío de las aulas, no una causa real, ha hecho brillar en nuestros horizontes.

Sanz del Río tuvo principalmente en cuenta este carácter theista y religioso de la doctrina krausista para propagarlo en España. Si la doctrina se hubiera limitado á una reproducción kantiana ó un ensayo hegeliano, muy seguro estoy de que no hubiera atraído á aquella vigorosa inteligencia; y si, por desgracia, Sanz del Río hubiera sido crítico ó escéptico, no hubiera enseñado que, por ley lógica y moral, no se puede enseñar el escepticismo; y si no se puede, claro es que no debe enseñarse.—Queda el alardear de escépticos, para mozuelos que lloran las primeras dificultades de las aulas, ó los primeros desengaños de vanidades eróticas. El pensador serio y de conciencia no enseña negaciones.—Kant aplicaba su magisterio á difundir las verdades afirmadas y reconocidas en su crítica de la razón práctica.—El escéptico varonil, ó el que, sin llegar al abismo se ve macerado y afligido por dudas y tristezas, sale por momentos del campo de la ciencia, y, como Revilla, va al de la poesía á llorar ó á reír sus dolores y placeres, á pintar

con enérgico é íntimo *verbo* el estado de su alma, á reflejar su triste, audaz, calenturienta ó desesperada personalidad.

Sea usted justo. Reconozca y confiese en Sanz del Río al varón piadoso, recto, animado del afán de lo divino, de la amplitud y serenidad de criterios que resplandecen en su *Ideal de la humanidad*, en su discurso de apertura de 1857, y en las notas y ampliaciones de su traducción al compendio de Weber. Repase un sencillo prospecto que escribió en 1857 sobre el racionalismo armónico, que yo publiqué en mis estudios, y estoy muy seguro de que quedará usted prendado del cuadro y del pintor.

No llevo con paciencia la desatención y la injuria al ilustre profesor, y es á todas luces injusto lo que sobre su capacidad y merecimientos se ha escrito por sus detractores. Enamorado de la ciencia como nadie, indulgente y tolerante con las opiniones ajenas como no se ha visto ejemplar en España, en que corre por nuestras venas sangre musulímica oxigenada por la Inquisición; severo y metódico en el raciocinio, como el matemático más cumplido; vigoroso en el examen psicológico de manera que comparados con él, parecen discreteos mujeriegos las observaciones de las escuelas escocesa y parisiense; analítico, con una proligidad fecunda que no había visto antes ni he vuelto á ver después, abundante en intuiciones, original y conocedor por larga meditación de los afanes de la filosofía novísima, Sanz del Río es superior á todos los filósofos españoles y franceses de este siglo, y marcha á la par de Rosmini y Gioberti, los grandes pensadores de la Italia.

No peca el juicio por encomiástico. El paralelo, si lo formamos, agrandará aún más la noble figura de Sanz del Río, que no tiene hoy coronas literarias y monumentos, porque en España no cuidamos de semejantes cosas, preocupados todos con el afán de rebajar y ennegrecer á los demás.

—¡Es que escribía mal!—He aquí la acusación; la única, la mil veces repetida en verso y prosa, en discursos académicos y en gacetillas. ¡Escribía mal! ¡Oh! ¿Quién no escribe mal?

Pero en mano «El Ideal de la Humanidad» y la «Oración inaugural», se puede, sin cuidado ni temor, retar á que escriban mejor sobre aquellos temas los más ó todos los que censuraron á Sanz del Río.—Pero la *Analítica* es obscura... Sí lo es y nace esa obscuridad de que la *Analítica* no era un libro preparado para la estampa, era un programa de estudios para decorarlo y esclarecerlo con explicaciones orales. Era un mero resumen que guiaba la indagación. Los reiterados y enojosos ruegos de sus discípulos (y de ellos me acuso), instancias de amigos que hubieran sido impertinentes si el propósito no los disculpara, vencieron la natural repugnancia de Sanz del Río, que autorizó aquella publicación hecha en una Revista y coleccionada después. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber contribuído con mis quejas y mis clamores á la publicación de la *Analítica*! ¡Cuántas veces he recordado que conocía los tiempos y los gustos el ilustre maestro al resistir la impresión de un itinerario lógico, desnudo y árido, como una sucesión de problemas algebraicos, y que caía en el seno de una sociedad ávida de luz, de colores y de atrevimientos fraseológicos!

He ahí la base de la acusación. ¿Es bastante? Yo apelo á su conciencia de usted y me someto al fallo.

Es que ha formado escuela, se dice, en esto de escribir obscuro y enigmáticamente. No hay en esto escuela. El que escribe mal, es porque no es escritor; y el que escribe con obscuridad es porque no sabe escribir clara, correcta y gallardamente. No es justo que carguen sobre Krause ó Sanz del Río las culpas de los que no manejamos la hermosa lengua de Castilla con la tersura y propiedad que es de desear en todo escrito. ¿Qué responsabilidad cabe al maestro de la insuficiencia ó escasas dotes literarias de los discípulos y admiradores?—No soy de los que creen que la lengua castellana es deficiente para los estudios filosóficos; creo tan sólo que es muy difícil dominarla y poseerla, y el propósito exige largos y pacientes afanes literarios y filológicos. Tampoco creo que la ciencia exija un lenguaje obscuro y plagado de neologismos. La precisión y la pro-

piedad no andan reñidas con la claridad y las leyes gramaticales; creo tan sólo que el manejar el estilo didáctico requiere un profundo conocimiento del idioma.

Descartemos, como se descartan de toda discusión grave, estas trivialidades, y no discutamos si los krausistas escriben mejor ó peor y hablan culterana ó escolásticamente. — Si es cierto, lo que cumple es corregirlos, demostrando que lo que dicen en aljamiado puede decirse en romance castizo y correcto.

¿Qué capítulos comprende la enérgica y apasionada acusación de usted? Uno muy principal campea á vueltas de muchas ingeniosidades que lo abrillantán, pero no lo razonan. Dejo á un lado lo de la leguminosa, porque el chiste no tiene otra gracia que la irreverencia científica, y llego á lo del *panentheismo*, que es sin duda lo que rompió los diques de su abundancia, desatándola en torrentes de calificativos y epifonemas, que llenan la parte más doctoral del escrito que tengo á la vista.

Es comenzar por lo último y hacer cuestión de lo accidental, del nombre dado á la cosa. — ¿No es feliz el nombre? ¿Es de mala formación? Sea; abandonemos el nombre y pensemos en la cosa que con él se designa ó pretende explicar, y se encuentra usted frente á frente del problema más pavoroso que entraña toda teología racional: aborda usted el problema de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre.

Concedo que Krause se inspira históricamente en Schelling, y, por tanto, usted me concederá que sigue la oleada del pensamiento moderno que levanta Fichte, y mira las cuestiones como aparecían planteadas en aquellos inolvidables decenios de nuestro siglo que no tienen semejante ni parecido, sino en los que ilustraron Sócrates, Platón y Aristóteles. La inspiración panteísta, con estas ó aquellas atenuaciones, domina en las escuelas que se originan de Schelling; pero, en cambio, un deísmo dualista, aristotélico, dominaba en todas las escuelas que seguían rumbos distintos y encontrados.

Usted lo sabe; la ciencia es unidad, y nada queda fuera del sistema ó del delicado y finísimo engranaje que relaciona la índole y la vida de todo lo que es y de cuanto existe. No va Dios fuera y lejos del mundo, en un eterno ensimismamiento en que lo inteligible y lo conocido se reproducen ó se iluminan en el punto en que se concentra lo posible de un futuro eterno. No rueda Dios tampoco en la palpitación dinámica que inflama la vesícula germinativa que inicia el ascendimiento de la materia. ¡Ni panteísmo ni dualismo!—exclamaba en 1820 la conciencia humana—y ese grito resuena en la conciencia de usted, como lo escucho día y noche en el seno de mi conciencia.

Acometió Krause el problema, y el esfuerzo fue gigantesco, memorable, en tanto exista el pensamiento humano.

No lo resolvió—me replicará usted.—Entendámonos, mi querido amigo, y de paso rectifiquemos juicios y consejos que leo en su embelesador escrito.

La ciencia, de la cual procura alejar á nuestro querido Revilla, no es á los ojos de usted más que algo frío y escueto, semejante á una tabla de logaritmos. No quiero que nos disputemos el alma de Revilla, porque ha elegido usted ya el papel de Alice y no gusto del de Bertram; pero no es eso la ciencia. Todas las facultades, todas las propiedades del espíritu, todas las cualidades y modos del sér y las variedades de la existencia, están en la ciencia como en rico panorama, inagotable por su fecundidad, infinito por su asunto, y escruta el filósofo lo consciente y lo que pasa y es en el mundo en que no vive, ó apenas se vislumbra la conciencia, y teje relaciones maravillosas entre los dinamismos que concretan la cristalización mineral, ó las sedas, terciopelos y blondas de la flora, con las sacudidas eléctricas del Océano y de la atmósfera; de la misma manera que sigue el sordo crecimiento de la pasión, ó mira extenderse las últimas y tenues ramificaciones del razonamiento que arraigan allá en lo infinito.

No es la ciencia la *crítica de la razón pura*, ni un mero tratado de lógica subjetiva sujeta á la voluntariedad de un es-

píritu vagabundo. *Rerum humanorum et divinarumque cognitio*, decía hace siglos un sabio y santo filósofo español, definiendo la filosofía y el conocimiento de lo divino, es ardua é inacabable empresa.—¿Cree usted que, á manera de resolución de un problema geométrico ó algorítmico, opinan los krausistas que en su doctrina está el alfa y la omega, el último término y la declaración última é inalterable de la verdad?—¿Cree usted que nadie imagina entre los krausistas que Krause escribió la última palabra de la ciencia, y que sólo nos cumple leer y respetar la Biblia filosófica que cayó de sus manos? Ningún filósofo piensa así, y mucho menos un filósofo krausista, que sabe que el libro está en la realidad de Dios, del espíritu y del mundo, y que ese libro se hojea y se consigue volver una página al cabo de largas edades, y son infinitas las que la verdad de Dios escribió en él.

No sé si Krause acertó en absoluto, ni lo que en lo futuro se dirá del pensamiento de Krause. No importa por el momento el tema. Lo que importa es descubrir en la ciencia contemporánea algo más razonado y cierto que lo señalado por Krause, como fin y objeto de la ciencia, en la grave cuestión teológica de que tratamos.

El nervio de la cuestión estriba en resolver en un examen comparativo, de sistemas y doctrinas, si la tendencia y el rumbo señalado por Krause á la filosofía era seguro y racional, ó si, por el contrario, debíamos dejarnos ir por las corrientes del panteísmo ó detenernos confusos y perplejos ante la dualidad. No por las palabras, no por enseñanzas concretas ó por rasgos parciales de psicología ó de lógica se juzgan los sistemas ó las escuelas, sino por los métodos generales, por la tendencia y finalidad que señalan á la vida y á la ciencia, por los derroteros que recomiendan y por las exploraciones que inician en el campo del saber. La armonía de todo, causada por la unidad que abarca todas las oposiciones, y el estudio y demostración del vínculo interno que enlaza y relaciona lo vario, impidiendo que traspase la resultante de las fuerzas de unidad y varie-

dad que actúan en todo lo que es, son cánones que no olvidará ya la ciencia, y á Krause se deben.

Es un caso de filosofía comparada, y crea usted que el procedimiento que imaginó Mr. de Gerando no es menos fecundo para la teología que para las lenguas y las literaturas.

El empeño de recordar verdades cristianas, enseñanzas de San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Anselmo, etc., etcétera, y las mejores y más puras doctrinas del *realismo* teológicas para esclarecer cómo *en Dios nos movemos, vivimos y somos*, y en su *esencia están todas las cosas*, no merecía los durísimos calificativos que usted estampa, mi querido amigo, en un momento de pasión política quizá, y, por tanto, en un momento desgraciado.

Krause... ó si usted quiere, dejemos á Krause para considerar esta verdad de que *en Dios somos* y en su *esencia están todas las cosas*, verdad admirable y profunda, debida, como cuantas abarca la teología racionalista, á la inspiración del cristianismo. Bien sabe Dios, y usted también, que no por habilidad retórica, ni para impresionar á usted, recuerdo esas armonías cristianas, sino porque son las intuiciones que iluminan la teología del racionalismo armónico. Siempre se ha reconocido así por los krausistas, y lo expusieron en cuantas ocasiones hubo empeño en tildarlos de panteistas. Recuerde usted una muy reñida controversia (hace ya doce años) sostenida por nuestro elocuentísimo y hábil polemista Moreno Nieto (cuya ciencia y cuya palabra crecen con los años con vigor admirable), y ya entonces se señalaba este tema al estudio y á la atención de los contradictores rectos y bien intencionados.

Resulta que no se tienen por panteistas; antes bien, rechazan el dictado; resulta que, huyendo del dualismo buscan en el *In Deo sumus* del cristianismo la luz y la inspiración para conocer el lazo, el vínculo, la relación que une á Dios, al hombre y al mundo, para poder mostrar á la razón, la Providencia y la personalidad del Sér Supremo.

Yo defiendiendo esta tendencia; mas, la creo felicísima, salva-

dora, en las crisis actuales de la razón religiosa, en los tristes días que corren para el sentimiento religioso; la creo superior á las tentativas teológicas de Schelling y de Hegel, aun comprendiendo los novísimos ensayos del ilustre Vera; la juzgo potentísima, contra escépticos y neo-kantistas, y por ella estoy muy dispuesto á discutir con usted, sin que me pare el bellísimo alarde de juventud, brillo y lozanía que circula por las ingeniosas frases de su aplaudido escrito.

Lleve usted entendido que no digo más ni menos que lo escrito.—«Yo defiando esa tendencia.... sigo esa inspiración general.»—Ahora, como siempre, reivindico la libertad de mi razón para corregir y enmendar (quizá desluciendo y empeorando el pensamiento de la escuela) lo que no se ajuste á la misma tendencia y á la misma inspiración.

¿Le sorprende á usted la doctrina de que lo inteligible no es otra cosa que la verdad, y la verdad no es más que el sér? ¿Le extraña á usted que se diga que los universales, los géneros, las especies, son grados de perfección que están en Dios y son Dios mismo, mostrándose en su infinita verdad, y que al considerar lo universal, lo necesario é inmutable, consideramos inmediatamente al Sér Supremo? ¿Por qué esa excitación nerviosa contra la afirmación krausista, consistente en repetir: «Veo en Dios todas las cosas, y porque son en Dios las conozco?»

Dios es verdaderamente en sí todo lo que hay de real y positivo en los espíritus, todo lo que hay de real y positivo en los cuerpos, todo lo que hay de real y positivo en las esencias de todas las criaturas posibles, y de las cuales no tenemos idea precisa.—Es de tal manera el sér todo, que en él está el sér de cada una de sus criaturas separando el límite que las restringe.—Dios es el sér, no limitado por ninguna especie: ni es espíritu ni cuerpo, ni cuerpo ni espíritu....

No continúo; estas frases de pronunciado sabor krausista le molestan á usted sin duda, y no quiero causarle, ni hoy ni nunca, la menor molestia.—Pero sí advierto que no son de

Krause ni de ninguno de sus discípulos, sino de un sabio, elocuentísimo y venerado escritor católico, apostólico y romano.—¿Le parecen á usted ya mejor? ¿No saben ya á *panentheismo*? Pues dudo mucho, mi querido amigo, encuentre usted en los krausistas enseñanzas más claras y precisas, respecto á ser las cosas en Dios, que en esas atrevidas conclusiones del doctor católico, á quien copiaba.

Desechemos, mi buen amigo, preocupaciones, y vencamos antipatías á nombres y á cosas, que en estudios, ni lo uno, ni lo otro tienen entrada.—Libertad, simpática y respetuosa atención para las doctrinas, exige la ciencia; eterna juventud en el alma, es lo que pide el estudio de la filosofía; y la juventud es amor, benevolencia, entusiasmo, glorificación espontánea que sube ardiente y abrasadora del corazón, para todo lo bueno, lo verdadero y lo bello.—¿Cómo usted, que contra la edad, y á pesar de los años, ha conseguido perpetuar en su alma la frescura y lozanía de la juventud, por haber conservado vivo el sentimiento, y pronto el amor, incurre en el extravío hipocondriaco de pintar la ciencia de modo que espanta, y de retocar el cuadro del arte con colorines anacreónticos, para seducir á Revilla?—¡Religión, ciencia, arte, no son cosas opuestas y encontradas!... pero me canso y temo cansar á usted prosiguiendo mi carta.

Discutiremos, si lo cree usted oportuno. Dispuesto estoy á dar de mano á mis estudios platónicos para discurrir sobre la teología del krausismo. Usted decidirá. Lo indiscutible para usted y para mí es la cariñosa amistad que nos hermana hace años, y en testimonio de la que le besa la mano F. DE P. CANALEJAS.

\*  
\* \*

4 de Agosto de 1875.

*Sr. D. Ramón de Campoamor.*

Muy señor mío y de toda mi consideración: Empiezo suplicándole dispense mi inoportunidad y salida de última hora.

Siento verdadera angustia el que hayan dejado sin contestarle el punto interesante de su polémica. No parece sino que la temen, ó la rehuyen; ó tal vez, y esto es lo más probable, no se dignen bajar á contender con usted sobre simples *argucias escolásticas*.

Dice usted: ¿La esencia es una ó varia? Si es es una, si hay una sola esencia, Panteísmo. Si hay varias, Dualismo. Es una y varia, entonces el sí y el no es posible; lo contradictorio es lo verdadero.

El dilema seduce por el momento; pero vamos á cuentas. Primeramente, y ante todo, esta no es cuestión que usted debía proponer á los krausistas, para probarles que son panteístas.—¿Y por qué, me dirá usted?—Pues es muy sencillo: porque la frase de usted es precisamente lo que aquí está en cuestión, no la cuestión que usted debía proponer.—No lo entiendo, me repetirá usted.—Pues es muy sencillo, repito yo.—Veamos. Quién duda que lo que aquí se cuestiona es lo siguiente: «¿Cómo siendo la esencia una es también varia? ¿Cómo la resuelve Krause? ¿No la resuelve sin caer en el Panteísmo? Santo y bueno. ¿No la resuelve sin caer en el Dualismo? Conforme. ¿No la resuelve de ningún modo? También conforme. Pero asustar y levantar polvareda, porque se les hace una pregunta, amenazarles con un dilema, presentarse delante de ellos, cual la aterradora esfinge, diciéndoles: ¿Qué contestáis? ¿Decís sí, ó no? Si decís sí, sois panteístas. Si decís no, sois dualistas. Si decís sí y no, decís el absurdo, estáis locos.» Pero vamos á cuentas, señor de Campoamor. ¿No advierte usted que con igual derecho podrían ellos hacerle á usted la misma pregunta? ¿Qué contestaría entonces usted? ¿No contestaría que se le quería sorprender con preguntas capciosas, á manera de oráculos sibilinos? ¿No ve usted, repito, que esa es la cuestión que aquí se debate, ese el problema que aquí se discute, ese el eterno enigma que viene atormentando y seguirá siempre atormentando la inteligencia humana? Krause, por lo visto, ha intentado resolverlo, y no lo ha conseguido..... ¿Y porque

haya tenido semejante pretensión ha incurrido en algún delito de lesa majestad? ¿No es más bien laudable su propósito? Pero no que no, es preciso que quieras ó no quieras sea panteísta, y el pobrecillo tiene que cargar con el San Benito.

Dice el P. Ceferino González, autoridad nada sospechosa en este punto, pág. 16, tomo II: «Cuando referimos este concepto (el corriente) á Dios, diciendo que es el sér puro y universal, queremos significar, no solamente que este sér no es una abstracción del entendimiento, sino principalmente que *encierra en sí toda la realidad*, y por consiguiente *todo el sér real, positivo y concreto*, que excluye por lo mismo *todo no sér.*» Sin pasión, amigo mío, ¿qué diría usted si estas palabras las viera en un krausista? Fíjese usted bien en las frases *toda la realidad, todo sér concreto, todo no sér*, y confiese francamente si es posible decir más en sentido panteísta. Si un krausista dijera otro tanto, entonces ya estaba convicto y confeso.

Balmes dice en su *Filosofía fundamental*, libro 8.º, página 47: «El sér infinito no tiene *ninguna negación de sér.*» Es una verdad incontestable.

¿Qué más? El Catecismo de la doctrina cristiana, por el P. Astete, dice: «Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia.» Por esencia, calcule usted. Tal vez me conteste..... y ¿qué me cuenta á mí con ese relato? Si esos señores son panteístas no por eso deja de serlo Krause. Falta ajena no excusa la propia. Convenido. Pero entonces, ¿á qué poner tanto el grito en el cielo con los filósofos krausistas?

Pero todavía quiero entrar más á fondo en la cuestión, poniendo, como suele decirse, el dedo en la llaga. Es que los krausistas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico. Pues se equivoca usted muy mucho, si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios; pero no la creación de la nada. ¿Duda usted? Pues consulte la obra de Teología del jesuíta Perrone, página 42, y se convencerá de lo que digo. Y esto es lo verdadero,

lo doctrinal, lo suficiente..... El mundo tiene su causa en Dios; pero de qué modo, ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo.

Después de todo, me dirá usted, y con razón: Nada me dice usted sobre la pregunta que con tanto afán deseaba ver contestada. Pues ahí va mi pobre parecer: Si se atiende á la intención que en sí envuelve su pregunta, entonces el problema es, y será siempre, insoluble. Pero si nos atenemos al rigor de las palabras que usted formula, entonces la contestación es muy sencilla, y me admira que nadie sobre el particular le haya dicho nada. Veamos: ¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿Lo duda usted? Imposible. Lo dicta así la razón, y así lo han confesado todas las metafísicas habidas y por haber. Es imposible que la esencia no sea una. ¿La esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Es, igualmente, un principio evidente, evidentísimo. ¿Duda usted de sí mismo? Creo que no. ¿Duda usted de que tiene una esencia propia suya, insustituible por ninguna otra? Creo que no. Pues basta. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro. Tal vez le parezca á usted un juego de palabras. Tal vez sea así; pero, entonces, confiese conmigo que toda la metafísica es una pura logomaquia. Y volvamos otra vez á la *intención*..... Pero, señor, ¿y cómo se explica que una cosa sea y no sea? ¿Usted lo sabe? Pues yo tampoco, y quedamos iguales usted y yo, y creo que también Krause. Pues, entonces, ¿qué género de explicación es la que me ofrecía.....? ¡Ah, la explicación.....! La explicación es sencillísima. Fíjese usted bien en la palabra *símil* del principio de contradicción, y comprenderá fácilmente mi explicación.

Por lo demás, termino rogándole que, por ningún concepto dé publicidad á mi escrito, y sobre todo á *mi persona*, no tanto por temor á los tiempos que atravesamos, cuanto porque mi nombre es muy pequeño, y, sobre todo, muy pobre mi capacidad para poder continuar contestándole. No obstante, si tiene á bien dirigirme cuatro frases, las leerá con sumo

gusto el que aprovecha esta ocasión para ofrecerse á sus órdenes, atento y S. S. Q. L. B. L. M.—JUAN SIEIRO.

\*  
\* \*

*Sr. D. Juan Sieiro:*

Muy señor mío y de mi mayor respeto:

## I

He leído su carta de un solo aliento, creyendo que me contestaba usted satisfactoriamente á la pregunta de cómo la ciencia krausista es *una y varia* al mismo tiempo; ó, en otros términos, ¿«cómo la esencia une al espíritu y á la materia en ese espacio que en el schema del sér tiene la figura de una *lenteja*? ¿Están unidos por intu-suscepción? Panteísmo. ¿Lo están por yusta-posición? Dualismo.

Pero ¡ay! á pesar de que usted es un escritor que no se digna usar jamás ninguno de esos barbarismos gramaticales que constituyen el fondo del caló krausista, tengo el sentimiento de decirle que, entendiendo perfectamente su lenguaje, que es sencillo, preciso y transparente, por regla general no entiendo sus ideas, que, como hijas de un sistema híbrido, son ó incoloras ó ladeadas ó contradictorias.

Y á propósito de otras obras y de otros autores, hace usted bien en empezar por contestarse á sí mismo—«que, falta ajena, no excusa la propia».—Las razones de *mas-es-ella* que el krausismo suele buscar, particularmente en los místicos, confundiendo el panteísmo de sentimiento con el panteísmo de idea, no son admisibles en una discusión leal.

Aquí de lo que se trata y lo que yo sostengo es que el krausismo está fundado principalmente en dos *imposibilidades metafísicas*, que son las siguientes:

1.<sup>a</sup> ¿Cómo la materia eterna é increada es nada ante el Sér increado y eterno, que lo es todo?

2.<sup>a</sup> ¿De qué manera la esencia *panentheista* es una y varia al mismo tiempo?

Con respecto á la primera cuestión dice usted:—«Es que los krausistas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico.» Pues se equivoca usted muy mucho si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios; pero no la creación de la nada..... Esto es lo verdadero, lo doctrinal, lo suficiente..... El mundo tiene su causa en Dios; pero de qué modo ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo.

No quiero discutir si es ó no ortodoxa esa doctrina; pero debo decirle que supuesta la Omnipotencia, no se opone á las leyes lógicas del pensamiento que Dios saque el mundo de la nada.

— «Pero es que, añade usted, el modo ni cómo ha sido creado nadie lo sabe ni es posible saberlo.»

Eso es claro. Nunca se sabrá el modo de creación, como nunca se llegará á saber qué clase de atracción bisexual se desarrolla con la presencia de un ácido y una base. Nosotros ignoramos é ignoraremos siempre el *quid incognitum* de las cosas; pero sabremos eternamente la verdad metafísica de que es imposible todo lo que es contradictorio y de que *una cosa no puede ser y dejar de ser á un tiempo mismo*.

Dada la omnipotencia de Dios, aunque ignoremos el modo, siempre podremos concebir que haya sacado el mundo de la nada. Pero lo que nunca podrá concebir ningún entendimiento humano, que no sea krausista, es como en el sistema armónico, en el cual Dios lo es todo, y fuera del cual nada puede ser ni nada se puede pensar, pueda existir una materia tan eterna como Dios y tan increada como Dios, y que, sin embargo, no sea *absoluta* como él, ni ejerza ninguna *limitación* en él. ¿Cómo ante este Dios, que lo es todo, existe una materia que no es nada, á pesar de ser tan eterna como él y tan increada como él?

Y aquí vuelvo á mi argumento:

Siendo la materia *coesencial*, ó lo que es lo mismo, *consustancial* con Dios, el krausismo no sólo es un *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Y, por el contrario, si la materia es increada y eterna como Dios, pero *diferente* de Dios, entonces el krausismo es un *dualismo materialista*. De cualquier modo que se considere la materia con relación á Dios, el sistema es *panteista* ó *dualista*, pero nunca *panentheista*.

Lo repito:

Esa materia increada como Dios y eterna como Dios, ¿es esencial, ó lo que es lo mismo, es consustancial con él? Pues entonces esto no sólo es *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Esa materia increada como Dios y coesencial con Dios, ¿es *diferente* de Dios? Pues entonces esto no sólo es dualismo, sino que es un dualismo *materialista*. El Dios que lo es todo, y fuera del cual nada puede ser, ni nada se puede pensar, ¿cómo es *ilimitado* teniendo por *límite* la materia increada?

Ese Dios absoluto, ¿cómo lo es todo, si á su lado existe la materia tan eterna, y, en esa parte, tan absoluta como él?

Ya lo he dicho en otra parte:

Absurdos de este tamaño no podrán ser concebibles, mientras Dios no se tome el trabajo de volver al revés las leyes lógicas, por las cuales se rige el entendimiento humano.

## II

Y ahora vamos al segundo, y no menos enorme, absurdo de la esencia *panentheista*, una y varia al mismo tiempo.

Esta cuestión es tan importante, que creo que haría el mayor de los servicios la Academia de Ciencias que propusiese para premio de honor el siguiente tema: «Se dará una medalla de oro y la cantidad de..... (aquí se podría consignar la mayor cantidad que se quisiese, en la seguridad de que no se había de pagar nunca) al autor de una Memoria en que se explique, de una manera que el público lo entienda, cómo Dios y el mun-

do pueden estar relacionados por un medio ó vehículo cualquiera, llámese substancia, *esencia*, idea ó lo que se quiera llamar, y que los *una sin confundirlos y los distinga sin separarlos.*» La Memoria se estaría esperando eternamente y no llegaría á adjudicarse el premio jamás, como no me atrevo ahora yo á adjudicárselo á usted mismo, cuando me pretende explicar este *imposible metafísico* del modo siguiente: «¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿La esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro.»

Pues yo cada vez lo veo más turbio.

Lo que verdaderamente asombra á una inteligencia tan corta como la mía es encontrar un entendimiento tan agudo como el de usted, que comprende, ó cree comprender, que lo *uno* en sí puede ser *vario* en cada sér. Para mí, este misterio es una cosa *inconcebible*. Asegurar que hay una esencia en los cuerpos que es *común* á todos, y luego decir que esta misma esencia es *propia* de cada cuerpo, es uno de esos logogrifos que me dan dolor de cabeza y que yo, sin pensar en ellos, desde luego los declaro insolubles.

La fórmula de usted es la siguiente:—«Lo que es *común* en todos los cuerpos, es igual á lo que es *propio* en cada cuerpo.»

O en otros términos:—«Lo que es *lo mismo*, es igual á lo que es *diferente.*»

¿Es esto hablar con formalidad? ¿O es que el krausismo sólo puede vivir metiendo á las gentes en los laberintos de la lógica de lo absurdo?

Esta esencia *panentheista*, una *en sí* y varia *fuera de sí*, me recuerda que, pasando yo por cierta capital de provincia, leí en un cartel de teatros que un actor muy truchimán iba á cantar aquella noche un *dúo* él *solo*. Fuí á presenciar esta imagen viva de la esencia *panentheista*, y el milagro se redujo á que el charlatán cantaba *solo* el *dúo*, mezclando alternativamente la voz natural con la voz de falsete, y efectivamente, de aque-

llas dos voces resultaba un *dúo* para el que no miraba, pero para el que veía, aquel *dúo* no era más que un *solo*. Lo mismo que la esencia panentheista, que es una en sí y varia fuera de sí, aquello era un *solo* en sí y un *dúo* fuera de sí. Pero el *solo* era lo verdadero; el *dúo* era lo aparente; como sucede en la esencia panentheista, que lo uno es lo *real* y lo vario es lo *fantasmagórico*. ¿Por qué? Porque es contradictorio que una esencia pueda ser una y varia al mismo tiempo; porque lo *uniesencial* puede ser *multiforme*, pero jamás podrá ser concebido como *multiesencial*.

¿Está usted convencido? ¿No? Pues continuemos poniendo ejemplos.

La manera más leal de explicar las ideas metafísicas, es hacerlas perceptibles por medio de imágenes.

El papel sobre que estoy escribiendo se compone principalmente de una substancia que se llama *celulosa*, lo mismo que aquella de que se compone un hueso de dátil, que no es más que *celulosa condensada*. Esta *celulosa* de que se componen el papel y el hueso de dátil, ¿es una y varia? No. Es una en *realidad*, pero varia en la *apariencia*. Si el papel y el hueso pensasen, se creerían *distintos*, pero ambos son la misma cosa, *celulosa* más ó menos condensada. Variedad de *determinaciones* de una *misma* esencia.

Krause dice «que la vida es la manifestación de la esencia divina, de que forman parte todas las cosas finitas, dependientes entre sí como *miembros* de órganos de *un* mismo sér.» Esto quiere decir que, efectivamente, la esencia es una y varia, pero una en *realidad* y varia en la *apariencia*, que todas las cosas son *miembros* de órganos de un *mismo sér*. La esencia divina es la faz *permanente* de las cosas: la vida no representa más que la faz *mudable*.

Por eso este *panentheismo* de ustedes no es más que el *neopanteísmo*, renovado elocuentemente por Espinosa, cuya substancia *única* es *varia* al hacerse atributiva, y muchísimo más varia al modificarse infinitamente. Pero estas infinitas

variedades se unifican en la substancia *única*: lo vario es siempre *aparente*; lo *real* es invariablemente siempre lo uno.

Esa esencia de usted, una *en sí* y *varia en cada sér*, no es más que la substancia de Espinosa, una *en sí* y *modificada* en cada sér. El *duo* que cantaba *solo* el truchimán del teatro. La celulosa simple del papel, que en el hueso de dátil es celulosa condensada. La unidad *real* y la variedad *aparente*. Panteísmo, y panteísmo materialista puro.

No me cansaré de rogarle que considere que hace veinte años que el krausismo se está exhibiendo en España, como la ciencia por antonomasia; siendo así que, por mi parte, creo que es el sistema filosófico que, aspirando á perfeccionar las demás filosofías de lo absoluto, ha formado de todas ellas un conjunto monstruoso por lo arbitrario, y que dos de sus mayores monstruosidades son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> La materia eterna no *limita* al sér *ilimitado* y eterno.
- 2.<sup>a</sup> La esencia que une al sér y los séres, es *una* y *varia* al mismo tiempo.

Un hombre como yo, que á mi edad sólo pido hidalguía á los hombres, pudor á las mujeres, y un poco de claridad á los escritores, no extrañará usted que pida, además, críticas con criterio y filosofías con sentido.

Aunque yo no aspiro á abrir ninguna tienda de crítica ni de filosofía en la acera de enfrente de las boticas en que se expenden esos artículos, tengo el derecho de que los que los anuncian á gritos, no me rompan la cabeza pregonando las excelencias de un sánalo todo que no cura absolutamente nada. Y así, pues, mientras ustedes no me expliquen esas dos contradicciones, que yo creo inexplicables, seguiré creyendo que ese cetro de la razón que ustedes levantan tan alto para probar que les pertenece de derecho el imperio de la ciencia, no es el cetro de la razón, sino que es el cetro de cascabeles de la locura.



## III

Cuando me proponía terminar aquí mi carta, diciéndole que me es indispensable publicar su apreciable del 4 del actual, aunque suprima, con pesar mío, su respetable nombre, porque así lo exigen el amor á la verdad y las naturales exigencias de una polémica sostenida con toda libertad, á pesar de su afectado temor á los *tiempos que atravesamos*, recibo el núm. 77 de la *Revista Europea*, y en él leo un artículo sobre el *Panentheismo*, escrito por el señor D. Rafael Montoro, para hacer algunos elogios del Sr. Canalejas, que yo, como no soy envidioso, reconozco que son muy merecidos, y lanzarme á mí, de paso, varias acusaciones que no merezco. El Sr. Montoro, olvidándose que hemos dejado aplazada, por razones de delicadeza personal, la discusión sobre la moral del krausismo y lo que se entiende por *cuestión universitaria*, me dice que Krause ha sido modesto, sincero, laborioso, honrado, pobre y perseguido; añadiendo: «¿habrá quien no sienta que se le oprime el corazón cuando le hablan en términos destemplados é injustos de esa severa y pura moral, noblemente enseñada con la palabra y el ejemplo?»

Confieso que, al leer esta sucinta biografía de Krause, he sentido ganas de llorar; pero las lágrimas se han vuelto á secar en mis ojos al ver que el señor Montoro asegura:—«Por lo demás, nuestro gran poeta (gracias por la galantería, pero más quisiera que me llamase *bueno*, como á Krause) sabe perfectamente que las acusaciones apasionadas se convierten casi siempre en pedestales». — Sea en buen hora. Y puesto que Krause ha sido bueno, me consuelo de mis acusaciones si han de servir para afianzar más el pedestal que sostenga su estatua. Pero confieso también que, si alguna vez he sido algo apasionado contra él, lo ha sido por el pueril despecho de no

poder comprender sus ideas, así como el señor Montoro asegura: —«Que el ilustre historiador de la filosofía, el profesor alemán Zeller, ha declarado que le cuesta tanto entender este puro lenguaje de Krause como si sus obras estuvieran escritas en *árabe ó sanscrito*».

Este párrafo acaba de consolarme, porque nunca he sido yo tan destemplado al juzgar el lenguaje de Krause.

Por lo demás, como dice el Sr. Montoro, cuando venga la ocasión en que ustedes crean que se puede tratar la cuestión universitaria, entonces le probaré yo al señor Montoro que pedir moral pura al krausismo—y aquí hablo de la doctrina y no de los krausistas—sería lo mismo que pedir movimientos de traslación á los árboles. El krausismo es una vegetación, y cada cosa viene en su tiempo y con su medida, con una regularidad involuntaria y fatal. Sólo existe verdadera moral en los sistemas en que se reconoce el libre albedrío, y cuando hay un tipo de perfección independiente y supremo á que referir nuestras acciones, tipo que vislumbramos, aunque nuestros ojos no lo ven, y al cual llama Schiller «el polo *inmutable* en medio de la incesante *fluctuación* de las cosas creadas».

Entonces será también ocasión de que yo defienda lo que usted llama *los tiempos que atravesamos*, probando que el krausismo es el que menos derecho tiene para colocarse en una acción hostil á la autoridad, invocando los fueros de la razón.

En filosofía, lo primero que hay que hacer es ser lógicos.

Sería lógico que apelásemos á los fueros de la razón individual contra lo que creyésemos desafueros de la razón común, representada por el poder público, los que no estamos encerrados en la *camisa de fuerza* de la esencia y que, usando de nuestra libertad moral, podemos escaparnos al campo á hacer algunas giras con el diablo. Pero es ilógico que apelen á la razón personal contra la razón colectiva los que sólo encuentran la razón por casualidad, guiados por las reverberaciones de no sé qué anticipaciones racionales al principio de la Analítica, lo mismo que se halla una perla en el fango, para que luego,

en la Sintética, esa misma razón, impersonalizada, se vuelva á sedimentar en el piélago del Sér, como se deposita el fango en el fondo de un estanque.

Lógica sobre todo.

En el krausismo no debe haber razón ni acción posibles. La razón de las cosas va contenida en ellas mismas, y el precipitar su realización con la acción es hacer abortar los gérmenes de la divina esencia. Casi todas las filosofías pueden alzar lógicamente una bandera revolucionaria y concitar las iras de todos los protestantes, de todas las autoridades religiosas, políticas y sociales, lanzando de sus altares respectivos á los sacerdotes, los padres y los reyes. Pero los partidarios del krausismo, si fuesen fieles á su sistema, que no lo son, no debían tener más misión que la de embelesarse en la contemplación de las categorías del gran Sér y esperar, tendidos boca arriba ó boca abajo, que se *realice la esencia* en su lugar, su tiempo y su medida, y viviendo, dormidos por dentro de puro extáticos, dejar que pasen las horas, en la seguridad de que después de la yema saldrá la flor, y después de la flor vendrá el fruto.

Nada hay que me parezca tan extraño como la pretensión del señor Montoro de hablar de moral pura en el krausismo. Y hasta me han dicho que hay escritores que, dentro del sistema armónico, son capaces de ocuparse en escribir Historias, Derechos y Estéticas. Y todo esto, ¿para qué? ¿No es completamente inútil el querer explicar y mejorar un sistema filosófico, tan perfecto en su imperfección, que no admite mejora?

¡Fuera de aquí, perturbadores del divino germen!

Dios es la esencia una y entera que contiene también en su esencia la infinidad de las determinaciones infinitamente finitas que *afectan* los seres finitos y que forman en cada instante el estado del mundo.

¿Lo entendéis esto bien, razonógrafos hortícolas del divino germen?

Esto quiere decir que la vida está organizada como la esen-

cia, y que nuestra Moral, nuestra Historia, nuestro Derecho y nuestra Estética, son completamente inútiles; pues el texto del sistema se sabe mejor y más pronto que los comentarios, cuál es el principio, el medio y el fin de todas las cosas. La Moral, la Historia, el Derecho y la Estética del krausismo se reducen á lo siguiente: «el fin ó destino de un sér es realizar sucesivamente todo lo que está contenido en su naturaleza».

Por consiguiente, ¡silencio! y no interrumpais la evolución cósmica de ese principio esencial que, empezando en yema, será después flor, y, por último, fruto, y contentaos con cruzaros de brazos y exclamar como la escuela economista: «¡Dejad pasar, dejad hacer!»

#### IV

Pero ya discutiremos todas estas cosas en ocasión oportuna, y, entre tanto, perdón mil veces por lo interminable de mi carta; y no se ofenda usted conmigo si en el ardor de la polémica se me ha escapado alguna palabra ó frase no del todo circunspecta; en la inteligencia que, cuando disputo, suelo ser yo solo el que recibo lesiones de remordimientos con los dardos que disparo desde mi cabeza, porque á mis contrincantes acostumbro á tenerlos resguardados de toda herida bajo las alas de mi corazón.

Le repite las expresiones de su profundo respeto, RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 17 de Agosto de 1875.

Pocos días han transcurrido desde la muerte de Campoamor. Queda cumplida la voluntad del altísimo poeta.

JOSÉ DE LÁZARO.

# LECTURAS AMERICANAS

---

SUMARIO.—Carácter de estas crónicas.—Cuestiones que más preocupan á los americanos. — Las Revistas. — *Revista nacional* (Buenos Aires): El castellano en América. — Cataluña y la Argentina. — Las lenguas kechua y aimará. — *Revista de Derecho, Historia y Letras*: El pauperismo. — Hispania. — El patriotismo y la juventud argentina. — *Bosquejos*. — El unitarismo argentino.— *La Alborada*. — *Vida moderna*: Política internacional. — *Revista del Instituto paraguayo*. — *La Revista de Chile*: Chile como país colonizador. — Los viajes de Fr. F. Menéndez. — El Ave María del Arcipreste de Hita.—Eduardo de la Barra. La guerra.—Chilenización de Tacna y Arica.—Cuestiones de enseñanza. — *Libros*: Cuentos, novelas y poesías.—El Archivo histórico americano. — El Código civil argentino.

El público español se va enterando ya de lo que hasta ahora era conocimiento de unos pocos, á saber: que en América se imprimen algo más que tomos de «ripios ultramarinos» y que en la literatura seria americana hay no pocas cosas que nos importa mucho tener en cuenta, y aun estudiar á fondo, no sólo para orientar bien nuestras relaciones de todo orden con aquellos países, sino para tomar ejemplo de iniciativas que nos hacen gran falta, ó mirarnos en sus propios defectos.

Con el fin de ayudar á los que quieran traducir ese conocimiento en trabajo útil de averiguación, emprendemos estas crónicas de carácter informativo, sin pretensiones críticas que tienen lugar adecuado en otras secciones de LA ESPAÑA MODERNA. Serán estas *Lecturas* á modo de apuntes, que indiquen

la existencia y sentido de publicaciones cuyo examen íntegro puede importar á mucha gente, y á veces se limitarán á una brevísima nota, suficiente para servir de guía en la masa de revistas y libros que la América latina produce y que suele pasar inadvertida para los lectores europeos por falta de un órgano de información adecuado.

\*  
\*  
\*

Tres cuestiones capitales parecen preocupar hoy á los publicistas hispanoamericanos: las relaciones políticas entre las diferentes Repúblicas, particularmente las de Sudamérica; la reforma y difusión de la enseñanza, y la lucha entre las influencias sajonas y las latinas, íntimamente ligada con las nuevas corrientes hispanófilas que todos conocemos. De todas tres veremos ejemplos repetidos en los resúmenes que siguen, juntamente con otros asuntos de no menor importancia.

La Argentina cuenta con muchas revistas científicas y literarias de gran interés. Entre ellas figura la *Revista Nacional*, que acaba de entrar en su año XVI y dirige D. Rodolfo W. Carranza. Da gran entrada á los temas históricos, con publicación de documentos inéditos, principalmente de la época moderna, y puede ser de mucha utilidad para nosotros por sus «Crónicas de la América latina» (excelente resumen de hechos que comprende todas las Repúblicas), y por el traslado íntegro que hace de las leyes votadas por el Congreso Nacional.

Además, ha inaugurado recientemente una sección especial de *Letras españolas*, redactada por el compatriota Sr. Monner y Sans, prueba elocuente de estar al tanto de nuestras publicaciones. En otras cosas ha dado también muestra la *Revista Nacional* de sus simpatías á España. Citaremos el notable estudio de D. Ernesto Quesada sobre *El problema de la lengua en la América española* y un discurso del Sr. Monner, leído en la fiesta que el «Centre Catalá», de Buenos Aires, dió á los

marinos de la «Sarmiento». El autor es contrario á la tesis sostenida por el Sr. Abeille en un libro reciente, *El idioma nacional de los argentinos*, que pretende probar la existencia de un habla argentina diferente de la castellana y que debe reemplazar á ésta en la enseñanza primaria. La cuestión tiene innegable gravedad para nosotros, y el Sr. Quesada la estudia con profundidad y abundancia de datos, exponiendo su estado actual á la vez que la solución que él cree más acertada. El discurso del Sr. Monner no sólo es como un eco y continuación de la fraternal acogida que España hizo á los marinos de la «Sarmiento», sino que tiene el interés especialísimo de mostrar los lazos étnicos que unen al país del Plata con el pueblo catalán. Catalanes fueron Larrea, fundador de la Marina argentina; Toll, ayudante de órdenes y secretario privado del Almirante Brown; Parera, autor del himno patrio; Argerich, fundador de la primera escuela médica; Carulla, del primer asilo de menores; el Comodoro Py y otros varios personajes de la gran República Sudamericana.

En el número de Enero de 1901, de la misma Revista, figura una nota de D. Pablo Patrón sobre el *Origen de las lenguas kechua y aimará*. Las conclusiones de este trabajo son como sigue: 1.<sup>a</sup> La lengua kechua no es lengua primitiva, sino mestiza. Su vocabulario es de origen súmer y asirio. 2.<sup>a</sup> La lengua aimará reúne iguales condiciones. 3.<sup>a</sup> Como los idiomas súmer y asirio, troncos del kechua y aimará, no se han hablado sino en la Mesopotamia, es claro que allí se han formado las dos lenguas andinas mencionadas. 4.<sup>a</sup> Las dos razas poseedoras de ellas han debido, por consecuencia, habitar la Mesopotamia, y de allí haberse trasladado á América. Para quienes conozcan los trabajos de Costa, Fernández y González y otros autores españoles sobre el entronque étnico de los iberos, y los de algunos eruditos ingleses sobre el origen de los mayas del Yucatán, las conclusiones del Sr. Patrón tienen verdadera importancia, porque, de ser legítimas, añadirían un funda-

mento más al supuesto de las relaciones primitivas entre el Asia, la Europa occidental y América.

La *Revista de Derecho, Historia y Letras* se publica también en Buenos Aires. En uno de sus últimos números que han llegado á nosotros (Junio, 1900) hallamos dos trabajos dignos de especial mención. Titúlase uno *El pauperismo y la caridad en Buenos Aires*, y lo firma el Dr. Samuel Gache. He aquí sus párrafos principales:

«Se ha dicho que contra el pauperismo debe levantarse la caridad y extender su mano salvadora; pero no la caridad indecisa é irreflexiva, sino la que medita, estudia y escudriña, profundizando las causas del mal. La caridad se hace sentir oportuna y eficazmente en el hogar abatido por una desgracia momentánea; ella puede y debe hacerse presente en los asilos de ciegos, mudos, viejos, crónicos, incurables, en los hospitales, etc., donde residen personas que no pueden trabajar, tomando á su cargo la provisión de ellos ó ayudando á la administración pública en su tarea de suministrar lo necesario; pero jamás podrá llegar á ser un remedio eficaz para la miseria cuando ésta procede de la falta de trabajo, si no se ponen á contribución todos los medios indispensables para conocer sus verdaderas causas y atacarlas en su foco.

»Concebimos la caridad como medio de salvar una desgracia pasajera, en tanto que se busca la solución definitiva del mal, y más ampliamente aún, como institución destinada á coadyuvar á la administración pública en su tarea de beneficiar á los realmente necesitados, á los enfermos, á los inválidos, á los que por incapacidad física no pueden obtener por su trabajo los recursos que necesitan.

»En la República Argentina no se producen esos actos de gran generosidad que tienen por resultado allegar recursos eficaces á los pobres.....

»A ninguno de nuestros millonarios se le ha ocurrido la idea de construir un asilo marítimo en Mar del Plata para alojar á los niños escrofulosos, tuberculosos, débiles, etc.,

cuya salud les exige en vano la permanencia en esos parajes.

»A ninguno de nuestros ricos se le ocurre dar á la Asistencia Pública ó al Departamento Nacional de Higiene la cuarta ó la quinta parte de sus rentas de un año, para con ese dinero construir un sanatorio en las sierras de Córdoba para los millares de tísicos, neurasténicos, etc., que pululan en las ciudades sin esperanza de alivio.

»El ejemplo del Sr. León Gallardo, que fundó el *Asilo San José* en Capitán Sarmiento, y donde se alojan 300 niños que reciben allí provechosa instrucción y dirección para un trabajo fecundo, es un noble título que la gratitud de Buenos Aires se complace en reconocer á la simpática memoria de ese filántropo argentino.

»Merece igualmente citarse aquí el pequeño hospital construido en la Exaltación de la Cruz por una dama inglesa, en recuerdo de su hija, fallecida.

»La caridad en Buenos Aires está mal dirigida; y creemos que, teniendo en cuenta que nuestro público es más bien generoso que retraído, se le podría aprovechar mucho más si los esfuerzos en este sentido fueran encaminados en forma conveniente.

»Es necesario hacer comprender á las damas argentinas que disponen de fortuna, que no es practicar la caridad regalar el dinero á los conventos ó á los frailes, y sin embargo, es esta la forma más frecuentemente usada por ellas.»

El otro artículo es de D. E. S. Zeballos, exministro de Relaciones Exteriores, y se titula *Hispania*. Después de consignar los sentimientos de simpatía y los intereses solidarios que unen al pueblo argentino con el español, expone las siguientes importantes consideraciones acerca de la forma que deben revestir en lo futuro las relaciones entre ambos países:

«Si los repúblicos españoles robustecieran, en su generosa índole nacional, el gobernalle del buen sentido, y más de lo que lo tenemos lo tuviéramos nosotros, podría surgir de las fiestas efímeras política reconstructora y fecundante, cual de

las congregaciones olímpicas de los griegos, días de luz y de promesas para la hegemonía helénica. *Verba volant!* Las frases han hecho su época, y no debe olvidarse que el corazón siente intensamente á condición de estar siempre bien nutrido. En los escritos madrileños, más que en las improvisaciones festivas, ha sido reconocida aquella verdad, y ella alienta la esperanza de que fructifiquen las palabras sesudas y los hechos reparadores: *littera et facta*.

»¡No soñéis! Dejad á ciertos periódicos franceses é italianos, empeñados en descubrir imaginadas juras de reivindicaciones políticas, en las fiestas hispanoargentinas. Los sueños, sueños son; la frase es vuestra, hispanos, y es clásica. No discutais tampoco estérilmente la cuestión de las razas, que no existe. Es problema de mercados que los fuertes codicien y rindan á su manopla acerada los débiles, hasta que los germanos—á cuyo segundo advenimiento al imperio del mundo asistimos—se destruyan entre sí por la división de los despojos.

»El comercio pacífico y honrado brinda por fortuna y á porfía los medios, y mi fórmula política sería ésta: *que las naciones de Hispanoamérica y de la América Lusitana—de destinos similares en los peligros y en la defensa—contribuyan á rehacer el organismo económico y financiero de España y el prestigio decadente del comercio latino.....*

»Pero un trato puede y debe ser acometido desde luego en mayores proporciones, porque como ensayo se hizo y vive. Hablo de la librería. Acercar el pensamiento limpio de las dos naciones, crear entre ellas la comunidad de la inteligencia, me parece el homenaje más alto que pagar se pudiera á la lengua madre. ¡Y cuán oneroso ó difícil es en Buenos Aires procurarse los buenos libros, las joyas de la imprenta ibérica, desalojadas de nuestro comercio por la pacotilla copiosa de brocha gorda y de vulgaridad indigesta! ¡No anhelamos conocer más á fondo la España del fandango, de la vihuela y de los toros; basta con lo nuestro! Hay una España clásica cuyos reflejos tardan en llegarnos; vengan de una vez en hora buena y

abroquélese en sus obras selectas nuestro aticismo, ofendido por la irreverencia de la jerga inmigratoria, mecánicamente formada, que invade y nadie resiste, desde la recova á la imprenta, desde la bohardilla al palacio (1).»

También merece notarse el discurso del P. Rector del Colegio Lacordaire, sobre *El patriotismo y la juventud argentina*, una de cuyas sensatas reflexiones es que «al joven argentino que quiera ser buen patriota le cabrá merecer por su aplicación que se borre la fama que persigue al hijo del país, pintándole como un joven frívolo, descuidado, que todo lo deja para mañana, é incapaz de dedicarse tiempo seguido á una labor que exija contracción y perseverancia. Para hacerse útil, aspirará á la ganancia legítima; es decir, adquirida por su trabajo é industria de buena ley, y no codiciará los logros sospechosos de la mala habilidad ó de la injusticia, y no procurará encontrar en la suerte de los juegos y las carreras el bienestar que no quiere sacar de su propia actividad.»

El profesor Dr. Rivarola muestra, en su lección sobre *La Instrucción superior y el problema nacional de la juventud*, que la enseñanza padece allí el mismo mal profundo que entre nosotros: la falta de preparación especial en el profesorado, que se improvisa las más de las veces.

La nueva revista *Bosquejos*, cuyo primer número (único que hemos visto) es de Julio, 1900, trae un importantísimo artículo de D. Uladislao F. Padilla, sobre *El Unitarismo argentino*. Opina el autor que, en la práctica, el régimen federal es pura ficción en la Argentina, tanto en el orden político

---

(1) Anda por ahí un proyecto de un amigo mío, hombre de bien y de buen gusto, empeñado en difundir el clasicismo español en nuevos mundos. Callo su nombre por razones de discreción comercial. El proyecto es juicioso y necesario. Bastaría un capital reducido y la unión de media docena de argentinos y de españoles de buena voluntad para realizarlo. Honra, y nobilísima para España, sería ésta, porque habríamos interesado hondamente á nuestro país en lo más alto y fulgurante de una civilización: en su genio.

como en el financiero y económico, y cree ser «acto de virtud y de franqueza» reemplazar «la federación *pro forma* de nuestro Código político con el sistema unitario que abonan nuestros antecedentes, que exige nuestra educación deficiente, que requiere nuestro progreso y que impone, por último, nuestra práctica constantemente centralista.

«En el terreno doctrinario, el federalismo es preferible, porque se aproxima más al desgobierno, que será el *desideratum* de la humanidad cuando lleguemos á convencernos de que es posible ejercer por la educación el control que nos obliga á respetar los preceptos fundamentales del derecho y la connivencia social.

»Tampoco hemos querido, al hacerlos, investigar las simpatías más ó menos numerosas con que cuenta en la opinión de la República el sistema unitario de gobierno, porque habría sido traer, á la atmósfera serena del debate académico, las vibraciones de otro ambiente, donde quizás comienzan ya á sentirse las primeras ráfagas de una reacción que se aproxima.

»Alguien ha dicho, y muchos piensan, que ya tenemos resueltas todas nuestras cuestiones fundamentales, y que la acción de las generaciones jóvenes debe limitarse al trabajo reposado que exige el progreso gradual de la nación, y á aquellas manifestaciones intermitentes de actividad que requiere el cumplimiento de la vida democrática.

»Hoy podemos, sin temor de provocar insensateces, afrontar de nuevo el problema de la forma de Gobierno, resuelto el 53 bajo el imperio de circunstancias que no pueden continuar pasando de manera decisiva en los destinos de la patria.»

Montevideo es uno de los más intensos centros intelectuales de la América meridional. Cuenta hoy, entre otras, con dos Revistas importantes: *Vida Moderna* (cuyo primer número es de Noviembre, 1900) y *La Alborada*, que al entrar (Enero 1901) en su año V, puede considerarse como una publicación verdaderamente internacional en el mundo hispanoame-

cano. En sus páginas se codean los nombres de literatos de todos aquellos países, juntos con los de no pocos españoles. En *Vida Moderna* señalaremos un significativo estudio de A. de Vedia sobre *Política internacional*, en que examina el alcance y significación de la reciente alianza argentino-brasileña frente á la política de Chile. Después de recordar que la única cuestión pendiente ahora entre los Gobiernos de la Argentina y de Chile—la de límites—se halla sometida, por acta de 22 de Septiembre de 1898, al arbitraje de Inglaterra, reconoce que, «no obstante, ni los argentinos ni los chilenos parece abrigan una confianza absoluta en la estabilidad de sus relaciones. La explicación de esta desconfianza se hallaría únicamente en los antecedentes á que está ligada la política internacional de Chile. En este país están por resolver todavía los problemas que le dejó la guerra contra el Perú y Bolivia», y entre ellos la nacionalidad de Tacna y Arica y la situación de Bolivia en el Pacífico. El articulista hace constar que en el Congreso internacional reunido en Washington en 1890, todos los delegados americanos, excepto los de Chile, rechazaron el principio de conquista tocante á la anexión de territorios, y la misma política parecen dispuestos á seguir en el panamericano que en breve se celebrará. No hace mucho, Chile intentó aliarse con el Brasil. Este peligro queda ya eliminado. «La República Argentina no busca en el Brasil el apoyo de una fuerza ó de una influencia para contener el crecimiento de su rival en el Pacífico. No hay, ni puede existir, semejante antagonismo para los argentinos, y el más ligero estudio de su situación geográfica y de sus condiciones respectivas, territoriales, demográficas, etc., lo demostraría hasta la evidencia. No hay rivalidad posible entre el Pacífico y el Atlántico; entre un país de 500.000 kilómetros de extensión y otro de tres millones de kilómetros; entre una nación que cuenta sólo con el crecimiento vegetativo, y otra que tiene á su favor el poderoso factor de la inmigración; entre un país esencialmente minero y otro esencialmente agrícola y ganadero.» Y añade en nota

el curioso dato de que, en 1895, había en Chile 65.000 extranjeros, contados los peruanos y bolivianos de las provincias anexionadas ó retenidas, y en la misma fecha vivían en la Argentina un millón de aquéllos.

En el Paraguay se trabaja también mucho, sobre todo en el orden histórico. Así lo revela la *Revista del Instituto Paraguayo*, cuyos últimos números continúan dando, en foliatura aparte, la «Colección de documentos relativos á la historia de América y particularmente á la historia del Paraguay», á la vez que una monografía de Enrique Peña sobre *Monedas y medallas paraguayas*, un *Compendio de Etnografía paraguaya moderna*, de Manuel Ávila, y otros estudios.

Chile cuenta con muy buenas Revistas científicas y literarias. Dejando para otra crónica el ocuparnos en los interesantes *Anales de la Universidad*, registraremos hoy en primer término la colección de *La Revista de Chile*, desde Diciembre de 1899 á Diciembre de 1900. He aquí los principales artículos:

*Chile como país colonizador*, por Belisario García. Demuestra la mala calidad de los terrenos elegidos en Chile (dep. de Ancud) para el establecimiento de colonias extranjeras; el poco tacto que ha habido para escoger los emigrantes, alemanes en su mayoría (sólo figuran 125 españoles en una cifra total de 1.426 inmigrantes) y poco aptos por su oficio ó profesión para lo que se buscaba, y la necesidad de construir cuanto antes el ferrocarril trasandino por Antuco para acercarse á Europa, uniendo á Chile con Buenos Aires. Sobre las mismas colonias de Chile publica el Dr. Witheside un artículo en que revela las pésimas condiciones en que están aquéllas, por deficiencia de alimentación, de higiene, etc.

*Historia de Nahuelhuapi*, por E. L. G.—Es un artículo bibliográfico sobre la importante obra de D. Francisco Fonck, titulada de igual modo, cuya primera parte salió á luz en 1890, dándonos ahora la segunda (Valparaíso, 1900: 528 páginas, un mapa y una lámina), que comprende el diario de los viajes

hechos por Fr. Francisco Menéndez en 1791, 92, 93, 94 y 95, los dos primeros para descubrir la laguna de Nahuelhuapi, y los dos últimos por encargo del virrey del Perú D. Francisco Gil y Lemus, para descubrir la nación de los ancahuincas, que habitaban á orillas del río Lemec, y las demás naciones circunvecinas.

*El Ave María, cantiga de Juan Ruiz*, por E. de la Barra.—Es una de tantas restauraciones de textos castellanos antiguos como hizo, y no siempre con fortuna, el erudito chileno recientemente fallecido. El Sr. Barra censura la restauración propuesta por el profesor Hanssen, y la sustituye por una suya.

En el número de 15 de Abril de 1900, el señor Lamas publica una necrología del autor que acabamos de citar, en la que, aparte los grandes méritos que Eduardo de la Barra tuvo, se refleja bien el natural atrabiliario é impetuoso que le caracterizó, y que tanto parecido le hubo de dar con nuestro bibliófilo Gallardo. Aparte las obras literarias de Barra, son de notar sus furibundos artículos *Saludables advertencias á los verdaderos católicos y al clero político* (1871), y su libro *Francisco Bilbao ante la sacristía*. En aquéllos y en éste, combatió con rudeza y valentía al jesuitismo.

*La guerra, como prueba suprema del valimiento nacional*, por H. F. Wyat.—Artículo copiado de la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, y muy significativo por su tendencia, dirigida á sostener la necesidad y la legitimidad de la guerra. Cree el autor que la raza humana ha avanzado siempre «mediante la intervención y por el camino de la guerra... y la manera cómo ha de continuar el movimiento, si cesa la guerra, es la cuestión real que los defensores del desarme tienen que encauzar.»—«¿Hubieran tenido á América siempre en poder de indios medio salvajes, como en Méjico y Perú; ó completamente salvajes, como en el Norte?» Pero la civilización de estos países—se arguye—pudo haberse conseguido por otros medios. El autor contesta que «desgraciadamente no hay otros medios.»

«¿La persuasión—añade—hubiera inducido á los romanos á saludar la aparición entre ellos de los bárbaros que con su venida crearon un mundo nuevo? ¿La persuasión hubiera decidido á los españoles á abrir de par en par las puertas de América á los pueblos competidores?..... La persuasión, es claro que hubiese valido, si la naturaleza del hombre hubiera sido radicalmente diferente de lo que es.» El señor Wyatt reconoce, sin embargo, que «no todas las guerras han servido para el progreso de la civilización.» Sostiene luego la tesis de que las guerras son el reflejo del valor mental y moral de los pueblos, «expresión de vastas fuerzas naturales, profundamente arraigadas en el carácter nacional», y que no dependen de la voluntad de los políticos. Su conclusión capital, es que la nación ó raza vigorosa debe continuar expandiéndose «á expensas de la nación ó raza en decadencia.»

*Chilenización de Tacna y Arica.*—Trata este artículo de las medidas tomadas por el Gobierno chileno para lograr este fin, trasladando á Tacna la corte ó Tribunal de Iquique y conversión de aquella ciudad en cabeza de una zona militar. Búscase con esto la manera de convencer á los habitantes de aquellos territorios, de que «su prosperidad y bienestar están más bien vinculados á la soberanía de Chile sobre estas provincias, que á la del Perú», para que se decidan por aquélla.

*La cuestión de enseñanza*, por Tomás A. Ramírez F. — *La educación inglesa y la educación chilena*, por José A. Alfonso. — *Educación de latinos y anglosajones*, por Felipe Senillosa. — Responden estos tres artículos á la preocupación pedagógica hondamente sentida por los pueblos americanos. El primero censura el carácter demasiado teórico que, á juicio del autor (la *Revista* salva su opinión), tienen los programas de la segunda enseñanza chilena; el segundo, escrito con motivo de una seria discusión habida últimamente en el Ateneo de Santiago, aboga por la educación física, demasiado olvidada en la enseñanza pública de aquel país; el tercero clama contra el *surmenage* escolar (que á su parecer no existe en Inglaterra

ni en los Estados Unidos), y señala como cualidades que es preciso crear en los pueblos hispanoamericanos, las siguientes: el respeto á la ley, partiendo el ejemplo de las alturas del Poder; el conocimiento de los derechos del ciudadano; la constancia y la previsión; la constitución y el amor del hogar, á que contribuye la agricultura y el conocimiento del Evangelio y, sobre todo, de *la libertad de testar*; la honradez que exige la justicia fácil y barata; los hábitos de trabajo; la paz y el aumento de población.

Terminamos por hoy esta Revista de Revistas, anunciando la aparición de un nuevo periódico «internacional latino-americano-europeo», titulado *El Pensamiento Latino*, que dirige en Santiago de Chile D. Enrico Piccione. De él, así como de otras publicaciones mejicanas, peruanas, etc., trataremos en crónicas sucesivas.

\*  
\* \*  
\*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ALFONSO BARRALONES DEL

La mayoría de los libros americanos recibidos últimamente, son de literatura: novelas y colecciones de cuentos y poesías. Sin entrar en su examen crítico, los iremos mencionando con alguna indicación que sirva de guía á los lectores.

PROSA.—*Oro de alquimia*, cuentos y poemas en prosa, de Alejandro Fernández García (Caracas). Demasiado sentimentales, pero con verdaderos rasgos poéticos á veces. El estilo adolece de los neologismos y fraseologías modernistas, muy comunes en libros americanos. El prólogo, de Pedro Emilio Coll, está muy bien escrito.

*Neurosis sentimental*, novela, por E. García Velloso (Buenos Aires).—El autor es muy joven y no ha podido adquirir aún la propia originalidad que salva en el arte. Su libro es reflejo de lecturas cuyo tiempo ha pasado ya en Europa.

*Gesta* (cuentos), por D. Alberto Ghirardo (Buenos Aires).—Con ilustraciones de José León Pagano. A notar el titulado

*Del suburbio*, que tiene cierta frescura de observación y un dejo popular agradable.

*Cuentos de poeta*, por Rufino Blanco Fombona (Maracaibo).—A Blanco lo abonan, por lo que se refiere á su primer libro, *Trovadores y trovas*, críticos y literatos de tanto nombre como Rodó, Reyes, Zumeta y otros.

*Ensayo de crítica literaria*, por Remigio Romero León. (Cuenca.—Ecuador).—Se refiere al volumen de artículos de costumbres del ecuatoriano Dr. D. José Modesto Espinosa. Interesan á España los párrafos del proemio, en que aludiendo el autor á la proposición presentada por el delegado colombiano D. Carlos Martínez Silva, en la Conferencia internacional americana reunida en Washington, pidiendo se estableciese en esta capital una Biblioteca formada «por contribuciones de los Gobiernos representados en la Conferencia, con todas las obras históricas, geográficas y literarias, mapas y manuscritos, leyes y documentos oficiales relativos á la historia y civilización de América», protesta de que así se haga, «porque no es el presuntuoso Gobierno de la Casa Blanca el llamado á custodiar los intereses más sagrados de los que vivimos en el Continente americano del Sur, mucho más si se observa que las pretensiones de la raza anglosajona en América son descomunales y tienden á absorber á los pueblos de origen latino.»

El autor propone á las Academias correspondientes de la Española, que lleven á cabo la grandiosa idea del señor Martínez Silva, «haciendo de la Academia madre la guardadora de lo que pudiéramos llamar la heráldica de sus hijos de América.»

*Corsarios, contrabandistas y filibusteros*. Monografía histórica por el Dr. E. Blanchet (Matanzas).—Folleto de vulgarización de estudios ya conocidos. Apasionado en las conclusiones.

*Estudios médico-legales sobre el Código civil argentino*, por Francisco de Veyga (Buenos Aires).—El señor Veyga, Pro-

fesor de Medicina legal en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, nos presenta en esta obra un detenido é interesantísimo comentario, que será de gran utilidad no sólo para los jurisperitos argentinos, mas también para los españoles. Su doctrina merece más detenido examen.

VERSO.—Entre los muchos libros de este género que se amontonan sobre nuestra mesa, descuella, á juicio nuestro, *La epopeya del Morro*, poema americano de José Santos Chocano, uno de los buenos literatos peruanos, de lira patriótica, grandilocuente, premiado en Certamen de que fueron jueces Numa Pompilio Llona, Manuel González Prada y Domingo de Vivero. El dictamen del Jurado es imparcial, y al lado de los méritos, creemos señala con gran exactitud los defectos de que adolece el poeta, y que, es seguro, desaparecerán con el tiempo y la perseverante lima del lenguaje poético. De notar son también las *Poesías selectas* de Manuel A. Hurtado, (Santiago de Chile), alguna muestra de las cuales ha dado ya LA ESPAÑA MODERNA; las de Samuel A. Lillo, también chileno, que en los trozos descriptivos tienen muy hermosas imágenes, á pesar de la incorrección general del verso; y el tomo II de las obras poéticas de Enrique W. Fernández, colombiano, que refleja las mismas cualidades advertidas por varios críticos españoles en el tomo I. De otros libros menos importantes, ó de otro género, se hará mención en la crónica inmediata.

HISPANUS.

## CRÓNICA LITERARIA

---

*Electra*, drama en cinco actos, por D. Benito Pérez Galdós.—Recuerdo á Campoamor.

Cuando una obra literaria reviste de suyo, ó adquiere por circunstancias accidentales alguna significación especial política ó religiosa, es difícil que sea juzgada con imparcialidad. Esa significación se sobrepone á todo lo demás que la obra sea y represente. En cierto sentido, la arranca de la esfera tranquila de la contemplación estética, para llevarla al campo de las apasionadas disputas políticas ó religiosas. La razón es sencilla: las creencias religiosas, las convicciones ó preferencias políticas, importan mucho más á la inmensa mayoría de los hombres, que el mero sentimiento artístico, regalo de unos pocos, cosa superflua, lujo y elegancia de la vida.

Esto ha ocurrido con el drama *Electra*, del Sr. Pérez Galdós. Se ha visto en él un drama *progresista*, anticlerical ó antimonástico, ó bien una impugnación del fanatismo religioso, una nueva edición de *Doña Perfecta*, en que el personaje principal ha cambiado de sexo. Así ha sido juzgada esta obra por amigos y enemigos, por apologistas y detractores, conformes todos en ver en el drama cierta tesis político-religiosa, y en juzgarle con arreglo á ella. Aunque el autor no hubiera tenido el propósito de enunciar tesis alguna, difícil sería (por el mo-

mento al menos) levantar á *Electra* esta nota. *Habent sua fata libelli*. El destino del último drama de Galdós fue caer en manos de Mr. Homais, que hoy no es ya boticario, sino periodista, y provocar asonadas y actos de violencia que de seguro reprobará el autor, que forzosamente han debido disgustar su alma de artista.

La tendencia á descubrir en las obras literarias algún símbolo ó alegoría, una *tesis* escondida dentro de las formas de la fábula, es muy general y muy comprensible. Por una parte, este género de explicación es el más fácil y sencillo; da al juicio una fórmula concreta, y cuanto más sencilla y clara es una explicación, más probabilidades tiene de prevalecer, aunque acaso las interpretaciones más simples de las cosas, las que parecen explicarlo todo más llanamente, son las menos exactas, las que no pasan de la superficie. Por otra parte, hay cierta resistencia instintiva á admitir lo superfluo del arte, su falta de finalidad exterior y de utilidad para otras esferas de la vida. En la literatura, en que la expresión de la belleza no afecta directamente á los sentidos, sino á la fantasía, la tendencia á buscar un fin en las obras, una enseñanza, un pensamiento que el autor haya querido expresar en ellas, es todavía más frecuente y más natural que en las otras artes. Una hermosa estatua, una bella pieza musical, tienen su explicación en el deleite que proporcionan á los ojos ó al oído. Pero en las obras literarias nos domina casi siempre la obsesión de la moraleja ó del símbolo, y es que comprendemos que la palabra es un medio de comunicación del pensamiento, un instrumento de fines útiles, antes que un medio de expresión de la belleza; que la literatura ha sido en sus orígenes eso mismo, y que todavía no ha dejado de serlo por completo.

La significación que se ha dado á *Electra*, y que, á nuestro entender, es dudoso que coincida con la manera de concebir la obra que tuvo el autor, es la de una versión poética de la conocida frase de Gambetta: *Le clericalisme voilà l'ennemi*, frase que hoy vuelve á resucitar en Francia y en España por cir-

cunstancias que no hacen al caso. Pero si *Electra* fuese una sátira del fanatismo religioso, personificado en Pantoja, ó si la tesis del drama consistiera en la superioridad de la vida del siglo sobre la del claustro, ó si, apurando más el símbolo y llevándole mucho más lejos, hubiéramos de ver en *Electra* la representación de la España del porvenir, que abandona su tradición por las nuevas vías del progreso material, simbolizado en Máximo, el inventor, siempre resultaría extraño en alto grado que en un drama concebido así, lo sobrenatural desempeñara papel tan importante como el que desempeña, hasta el punto de determinar el desenlace.

La oposición al fanatismo religioso ó á la vida del claustro no es incompatible en absoluto con el criterio espiritualista; pero tales opiniones suelen tener una base naturalista y combatir con armas naturales, sin esperar el triunfo de apariciones ni portentos, que la mayor parte de los que así piensan considerarán vanas supersticiones. El hecho de que en la obra de Galdós lo sobrenatural (las apariciones de la madre de *Electra*) tenga tanta importancia, induce ya á desconfiar de aquellas explicaciones, pues sería un contrasentido extraño en un autor de juicio tan equilibrado y de entendimiento tan claro como Galdós el apelar á un recurso innecesario y que contribuiría á debilitar la tesis, pues este género de tesis ha de demostrarse por medios naturales, no con ayuda de lo maravilloso, que, en obras concebidas como la opinión general quiere que lo haya sido *Electra*, resulta un arcaísmo inútil, un recurso anticuado é inferior de comedia de magia. En la lucha entre las pasiones puramente humanas y los motivos de orden religioso, llamar en auxilio de las primeras á algún factor del orden sobrenatural, equivale á confesar su inferioridad. De ahí, que en una obra literaria entendida de este modo, el triunfo de la pasión debe realizarse por las vías naturales para que produzca todo su efecto en el lector ó en el espectador. Admitiendo la igualdad ó semejanza de tesis, resultaría *Electra* inferior á *Doña Perfecta* ó á *La familia de León Roch*.

Mas todo lo que vengo diciendo acerca de lo sobrenatural en *Electra*, sólo lo digo condicionalmente, es decir, en relación con el sentido político-religioso que se ha supuesto ser el pensamiento fundamental de la obra. Descartada esta hipótesis, lo sobrenatural tiene plena justificación en dicho drama, representa un recurso poético de gran efecto y es uno de los elementos de mayor belleza que entran en la composición de la obra.

Tampoco el lenguaje en que se expresan los personajes autoriza para afirmar que sea *Electra* el drama librepensador y anticlerical de que se ha hablado. Máximo, el hombre nuevo, el que representaría en esa hipótesis la vida moderna, no es un incrédulo, no declama contra la religión ni contra la Iglesia; espera en Dios; y cuando el temor de que le arrebaten definitivamente la mujer amada le sugiere ideas de violencia y quiere matar al *monstruo*, á Pantoja, y asaltar el convento, la fuerza no se le representa como una solución progresiva, como una fórmula de futuros tiempos de libertad, sino como regresión á tiempos de dureza y de barbarie. «¡Renacen en mí—dice—los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo!»

\*  
\* \*

Pero si *Electra* no significa eso, preguntarán algunos, encariñados con la interpretación que se ha dado al drama de Galdós, ¿qué significa entonces? ¿Cuál es su *símbolo*? Podría muy bien no tenerlo. No hay necesidad alguna de que las obras literarias encierren alguna significación esotérica ó algún sentido alegórico. Casi siempre, la significación abstracta ó el simbolismo que se atribuye á una creación literaria es cosa adventicia y que surge *à posteriori*. Es raro que el escritor (cuando no persigue algún fin de propaganda ó proselitismo) conciba la obra en vista de una tesis determinada y amolde á ésta el caso concreto representado en la obra, la acción, si se

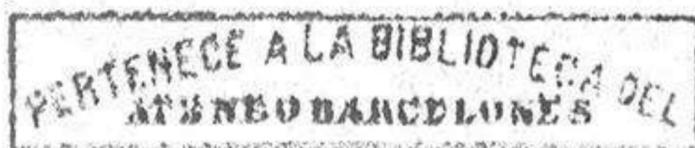
trata de un drama ó de una novela. Lo general es que en la inspiración del artista surja el caso concreto, sin tendencia alguna demostrativa, como una situación dramática, como un carácter digno de atención, como un conflicto humano interesante. Y ocurre muchas veces que la significación alegórica atribuída á las creaciones literarias, la enseñanza ó *moraleja* que contienen ó que se descubre en ellas, no es obra deliberada del autor, sino resultado de un trabajo posterior y ajeno, de interpretación y crítica.

Pero prescindiendo de esto, todavía pueden hallarse otras interpretaciones de *Electra*. El problema planteado en la obra, desde el principio hasta el desenlace, es un problema de herencia. Esta es la constante preocupación de todos los personajes. Electra es hija de una mujer liviana. ¿Saldrá como su madre? Tal es la duda que asalta á todos; la duda que impulsa á Máximo, enamorado de Electra, á pedir al Marqués de Ronda (que en calidad de Tenorio de otra generación, como le llama Pantoja, debe de ser especialista en la materia) que estudie el carácter de la joven; la duda que inquieta á los tíos de Electra; el temor que impulsa á Pantoja, el presunto padre de la protagonista, á procurar que ésta viva retirada del mundo, en un convento, á salvo de los peligros á que la expondría la herencia materna, convirtiendo su vida, fruto del pecado, en mística expiación y redención del pecado y de quienes le cometieron. Entre los antiguos amigos ó adoradores de la madre de Electra (Eleuteria ó Electra I) que aparecen en escena (el Marqués de Ronda, D. Leonardo Cuesta), todos los cuales sienten hacia Electra II un vago sentimiento de paternidad, domina esa misma inquietud, esa misma duda.

La intervención de lo sobrenatural resulta completamente lógica dentro de esta hipótesis. La herencia es un misterio fisiológico y psicológico que sólo puede descifrarse *à posteriori*, por los actos mismos del individuo en quien se ha de ver si heredó de sus padres tales virtudes ó tales vicios. Pero como en el drama, el problema de la herencia tiene que resolverse *à prio-*

ri, es un recurso poético feliz hacer que la aparición de la madre de la heroína desate el nudo. Al decir á Electra que puede casarse con el hombre á quien ama, le dice implícitamente la sombra de Eleuteria que puede ser buena esposa, que no necesita expiar en el claustro su pecado original; que no pesa sobre ella la herencia de los extravíos maternos. La aparición no era indispensable para el solo efecto de desvanecer la impostura de Pantoja, que con el fin de apartar á Electra de Máximo, le dice que ella y el hombre á quien ama son hermanos. Esta impostura puede refutarse por medios naturales y humanos, y en el mismo drama vemos que el Marqués de Ronda ha conseguido reunir datos fidedignos con los cuales se demuestra que no existe entre Máximo y Electra el imaginario parentesco inventado por Pantoja.

\*  
\* \*



A propósito de otras obras de Galdós he hablado en estas crónicas, de la intervención de lo sobrenatural en varias de sus producciones y de la inclinación que muestra á pintar en algunos de sus personajes estados psíquicos anormales. En el drama de que ahora estamos hablando, esa intervención de lo sobrenatural da origen á algunas de las más dramáticas y hermosas escenas. Desde niña, Electra ve aparecérselle á su madre, que la consuela en los momentos de aflicción, y la aconseja en los de duda. De estas apariciones acaece una en escena, y determina el desenlace de la obra, declarando á Electra que Máximo no es su hermano, y haciendo que triunfe la primera de las dos fuerzas que se la disputan: la de Máximo, que al querer hacerla su mujer, proclama la doctrina de que los hijos no son responsables de las faltas de los padres, enfrente de la otra fuerza, la de Pantoja, que al pretender encerrarla en el claustro, es el representante de la fatalidad de la herencia, del pecado original que reclama una expiación.

Por una preocupación de nuestro tiempo, la intervención

de lo sobrenatural en un drama moderno parece un anacronismo. Así como en otras épocas dominaba la superstición á los hombres, hoy, entre las gentes semicultas que suelen formar la mayoría del público de los teatros, domina un naturalismo estrecho, que no ve nada más allá del círculo de los fenómenos de que nos dan más frecuente é inmediato testimonio los sentidos; una aversión marcada á lo maravilloso, considerado como cuento impropio de nuestra edad de las luces, un como miedo de caer en ridículo tomando en serio tales cosas. Sin embargo, la inquietud por lo sobrenatural, y las mismas supersticiones continúan subsistiendo entre los hombres, hasta en los mayores centros de cultura. El espiritismo, la telepatía, la teosofía, el satanismo, la magia, etc., nos ofrecen abundantes testimonios contemporáneos; pero como el ambiente social es hostil á este género de fenómenos y de tendencias del espíritu, su representación dentro de las artes es relativamente reducida, especialmente en aquellas formas artísticas como el teatro, en que el artista necesita ponerse más en contacto con el público, y en que éste ha de manifestar más al desnudo sus sentimientos.

Además, hay dificultades de orden material en el teatro para representar los fenómenos sobrenaturales, ya se tomen como proyección exterior de un estado psíquico, ó como representación objetiva de algo que escapa á nuestros medios actuales de investigación, y que no puede explicarse por causas y razones puramente naturales y humanas, alternativa que para el caso es indiferente. Aunque los conocimientos físicos modernos, aplicados en este caso al perfeccionamiento de la tramoya ó maquinaria de los teatros, permitirían obtener efectos sorprendentes y que produjesen la ilusión de lo maravilloso, no suelen curarse demasiado de estas cosas los directores de escena, ni los mismos autores, y casi siempre se corre el riesgo de que la representación de lo sobrenatural resulte ridícula y destruya con su imperfección todo el efecto que podría causar bien presentada. La escena de la aparición en

*Electra*, sin ser de las más descuidadas, deja mucho que desear. Se ve demasiado que aquello no es una aparición, sino una persona de carne y hueso que recita su papel. Alguna culpa cabe en ello al autor, que hace hablar demasiado á la aparecida; mas, aparte de esto, el efecto físico, visual, no convence. Aunque la mayoría de los espectadores no hayan visto en su vida aparición alguna, deben caer en la cuenta de que la sombra de Eleuteria es una aparición muy deficiente.

La representación de lo sobrenatural en el teatro, cae, como todo, dentro de las reglas de la propiedad escénica. Así como al sacar á las tablas personajes de otros tiempos se procura reproducir cuidadosamente los trajes, el mueblaje, las armas, etc., de la época en que se supone que acontece la acción, al representar un fenómeno sobrenatural hay que figurarlo con arreglo á los datos de la pneumatología, inspirándose en los libros de ocultismo y espiritismo, en las reseñas de fenómenos telepáticos, etc. Aunque el autor entienda, por ejemplo, que la aparición de una persona muerta no puede ser más que una alucinación de los sentidos del que la ve y conversa con ella, esa alucinación tiene que verificarse con sujeción á las condiciones en que se han verificado estos fenómenos en los casos que registra la experiencia. Igualmente, si cree que el fenómeno es efectivamente producto de alguna inteligencia sobrenatural ó de algún espíritu desencarnado, tiene que representarlo en la forma en que tales hechos han acaecido en el mundo real ó se cuenta que han acaecido, según el grado de fe que les otorguemos. Entra esto en la esfera de la documentación general de la obra dramática, y como abundan los datos y antecedentes en la materia, es tan temerario inventar en ella como diseñar á capricho el vestuario de un drama histórico.

En la obra de Galdós está bien entendida, por lo general, la intervención de lo sobrenatural. Entre las situaciones en que interviene este factor, no es la de mayor efecto la escena en que se verifica la aparición de la sombra de Eleuteria, sino aquellas otras en que *Electra*, dominada por una especie de

delirio, cree oír la voz de su madre, llamándola, y ella á su vez la llama. El contraste que produce en estos momentos de honda emoción dramática, el rumor lejano del canto monótono de los niños que juegan al corro, es muy poético y conmueve profundamente. No se trata de un efectismo superficial. Se ve allí la alegría de vivir, inconsciente, que canta descuidada, junto á los problemas y los dolores de la existencia, que todavía no la han puesto á prueba.

\*  
\* \*

En conjunto: *Electra* es la obra dramática de mayores vuelos del teatro de Galdós y la consagración definitiva de éste como autor dramático. La exposición es algo lenta, y se haría pesada si no fuese por el encanto y gracia del acto tercero, pues ocupa aquélla tres actos de los cinco que componen el drama. Probablemente se deberá el ser tan dilatada á la índole del drama, que exige detenida presentación de los caracteres de los personajes principales.

Dos caracteres hay en realidad en la obra: *Electra* y *Pantoja*; los demás son figuras secundarias, pertenecen al coro, sin excluir á *Máximo*, de quien sólo se ven en el drama las pretensiones de *mágico prodigioso*, no los prodigios, resultando, en suma, un personaje vulgar. *Electra* es una figura llena de ingenuidad y candor, de fresco encanto juvenil en los primeros actos, y que en los dos últimos se eleva á la región de lo trágico. Es lo mejor del drama, y puede decirse que el drama es ella.

*Pantoja* no es el malvado de melodrama que se ha querido ver en él. Se explica su carácter por la exaltación de dos sentimientos: el sentimiento del amor paternal, el sentimiento religioso en su forma de desprecio del mundo y de despego de las cosas terrenas. No pretende que *Electra* se sacrifique para redimirle á él, como se ha dicho, idea anticristiana que reproduciría en las formas suaves de la civilización presente el error

pagano de la inmolación de víctimas humanas para apartar del que ofrece el sacrificio la cólera de deidades irritadas. Busca, ante todo, la redención de Electra, quiere librarla del peso de una temible herencia, de un segundo pecado original. «Mis fines son muy altos — dice. — Hacia ellos voy por los caminos posibles.» Esta justificación de los medios por el fin, quita decoro y austeridad á la figura de Pantoja, carece de belleza moral, pero no nos escandalicemos demasiado de la teoría. En los fines humanos que nos muestra realizados la historia, ¡cuán pocos hay que no aparezcan manchados por el empleo de medios impuros!

El tercero y cuarto actos del drama son los mejores, para mi gusto. Los dos primeros despiertan poco interés; pues el conflicto dramático apenas empieza apuntar en ellos, y en realidad, no se formula con precisión hasta el acto tercero. Sin embargo, en el acto segundo hay algunas escenas muy bellas, como la V, en que Electra refiere á Evarista las apariciones de su madre, y la última de dicho acto. Al acto tercero le afea un poco el recurso sainetesco representado por el ayudante del laboratorio, que en las escenas en que Electra y Máximo van manifestándose su amor, entra á anunciar la temperatura del horno de fusión de los metales. Las dos primeras escenas del acto cuarto, la final de este mismo acto y la VIII del quinto, me parecen también de las mejores de la obra.

\*  
\* \*

No terminaré esta crónica sin consagrar breves palabras de recuerdo al poeta Campoamor. A pocos de los que llamamos poetas pudo darse con igual justicia este título egregio. Cantó y *vivió* también, la poesía. La fortuna, propicia con él, le dejó disfrutar, en largos años de honrada vejez, el dulce calor de la gloria. Pudo realizar el ideal verdadero del artista, de cultivar el arte por amor á la belleza, *ex abundantia cordis*, sin mira de premio material ni adulación y estudio para agradar

al gusto ajeno, sino dejando oír libremente la voz interior. Fue rasgo propio de poeta, y, como rasgo de poeta, rasgo aristocrático, el suyo de permitir á todos la publicación de sus obras sin exigir derecho alguno. Cierto es que las necesidades materiales de la vida permiten á pocos este desprendimiento; pero son menos todavía los que le tienen entre aquéllos para quienes es posible, y al tenerle completan con él el decoro del arte. Tuvo la originalidad de los grandes poetas, á quienes la poesía les sale de dentro, y no es trabajoso resultado del estudio y la lectura. Inventó formas de composiciones nuevas, y hasta se impuso al idioma al bautizarlas. Y estas nuevas formas poéticas por él ideadas—sus *Doloras*, sus *Pequeños poemas*, sus *Humoradas*—puramente personales, fueron lo más suyo, lo mejor de su obra, lo que mejor reflejó y expresó su personalidad de poeta. Como todos los genios, tuvo imitadores abundantes é infelices; pero no formó escuela, pues lo que da valor á su obra es lo que hay en ella de inimitable.

Poeta de la mujer y del amor, pocos supieron expresar como él los secretos del corazón femenino, las penas y los delirios amorosos. Hasta cuando parece más epicúreo, más entregado á la alegría de vivir, no es Campoamor, como Anacreonte, el poeta del presente fugaz, de la dicha del momento, que canta como la cigarra, venerada de los griegos, la fuerza y la belleza del sol, sin pensar en el mañana. Leed algunos versos más y hallaréis en seguida el reconocimiento de la vanidad de la vida, de la inanidad de los deseos humanos.

Se ha dicho repetidamente, y sin duda se ha repetido tanto por ser verdad, que Campoamor era un poeta que *hacía pensar*. Esto es lo que le caracteriza. Su poesía penetraba hasta el fondo de las cosas; era, en cierto sentido, filosófica. Se explica que el autor de los *Pequeños poemas* tuviese la obsesión de la metafísica. Su espíritu adivinador de vate comprendía que la metafísica y la poesía son hermanas, aunque criadas en regiones diferentes, y hablando lenguas distintas no se entienden á veces. La poesía es también una interpretación del

Cosmos. En la canción del mundo, la poesía es la música si la metafísica la letra.

En un buen artículo sobre Campoamor, publicado en el *Diario de Barcelona*, dice el notable escritor catalán D. Juan Maragall que el *Tren expreso* es la obra tipo de Campoamor. Aunque el poeta no hubiera escrito más que aquella célebre carta

*Mi carta que es feliz, pues va á buscaros,*

tendría derecho á figurar entre los mejores líricos castellanos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—TEOSOFÍA: La desigualdad de condiciones en la humanidad. —CUESTIONES SOCIALES: El mili y el antimilitarismo en Alemania.—El antiitalianismo de los italianos.—BIOGRAFÍA: Enrique Sienkiewicz.—PSICOFÍSICA: Psicología del bueno y del mal humor.—SOCIOLOGÍA: Clasificación de los fenómenos sociales.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: Instituciones escolares de los Estados Unidos.—BELLAS ARTES: Escultura románica en España.—PSICOLOGÍA INFANTIL: El *child study movement* en los Estados Unidos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Molière y Shakspeare.—El préstamo popular.—El problema de los Evangelios.—La lengua española en los Estados Unidos.—El reloj de movimiento continuo.—El parasitismo político.

## TEOSOFIA

LA DESIGUALDAD DE CONDICIONES EN LA HUMANIDAD.—El sufrimiento en general—dice en la *Revue théosophique française* el Dr. Pascal—parece que debería herir con uniformidad, regularmente y sin parcialidad á todos los seres sin distinción. Lejos de ser así, respeta á los grandes culpables y hiere sin razón visible, como un loco, á los más inocentes: nacen almas nobles en familias de criminales y hay criminales cuyos padres son respetabilísimos; los millonarios mueren hartos al lado de quienes mueren de hambre; los Apolos hacen contraste con los Cuasimodos; los genios brillan frente á los idiotas, y hay muertos, ciegos y mudos de nacimiento; por otra parte, se ven razas atrocemente diferentes poblando la tierra, y junto al negro horroroso, estúpido y caníbal, se levanta la orgullosa, bella y culta, aunque cruel y egoísta raza blanca. Y desde el punto de vista moral, ¿quién puede expli-

car las tendencias congénitas al crimen, los viciosos de nacimiento, los malos por naturaleza, las pasiones indomables? Pero, ¿á qué insistir? Basta mirar en torno nuestro para ver el dolor y la injusticia enseñoreados de asilos, hospitales y prisiones, alcázares y buhardillas. ¿No hay respuesta á esa espantosa acusación contra la divinidad?

Según la Iglesia, todo es obra del alma que Dios da á los hombres al nacer, que se condena ó se salva según que pueda ó no dominar sus pasiones, según que la gracia ó la desgracia la predestinen al cielo ó al infierno. Pero, ¿no es una profanación imaginarse á Dios acechando las concepciones para crear almas tan injustamente dotadas, la mayor parte de las cuales no han de oír jamás la palabra evangélica, y por consiguiente no podrán salvarse, y otras, en gran número, están destinadas á animar cuerpos de caníbales ó de salvajes faltos de sentido moral? ¿No es un sacrilegio hacer así de Dios, que es Sabiduría y Amor, una especie de cómplice de los adúlteros, violadores é impúdicos, ó juguete de las afrentas de los maltusianos?

Otra teoría atribuye las desigualdades del dolor á la diferencia de las condiciones sociales: los hombres nacen iguales, y se hacen desiguales por la influencia del medio ambiente; cuidad de todos lo mismo y seguirán siendo iguales. Esto es falso. La enfermedad lo mismo ataca á los ricos que á los pobres, y el dolor moral es patrimonio especial de las clases superiores; la desigualdad de condiciones, por otra parte, es uno de los factores fundamentales del orden social; sin ella quedarían sin satisfacer numerosas necesidades, y cada hombre tendría que atender por sí mismo á todo. Los partidarios de esta teoría cuentan con la diversidad de los gustos para atender á la diversidad de funciones de la vida social; pero es una ilusión: las funciones inferiores, penosas ó dificultosas, carecerían siempre de brazos, que sobrarían para las fáciles y honoríficas. Creer lo contrario, es negarse á ver la imperfección actual de los hombres, tomando la humanidad actual por la humanidad futura.

Ni es tampoco exacto que los hombres nazcan iguales: una simple ojeada sobre las diferencias intelectuales y morales de las razas y de los individuos, basta para probar lo contrario. Darwin cuenta que un misionero inglés censuraba á un tasmaniense por haber matado á su mujer para comérsela; el antropófago, sin comprender la causa de la censura, y creyendo que era otro su motivo, le replicó: «¡Pero si estaba muy buena!» Las madres saben perfectamente que dos seres criados en el mismo medio, dos gemelos, presentan desde la cuna cualidades y tendencias diametralmente opuestas, y entre los pedagogos, el hecho de la diversidad de aptitudes de los niños está perfectamente comprobado. Por otra parte, ¿no están ahí los niños prodigio para probar que los hombres no nacen iguales? No; los hombres no nacen iguales ni el medio en que viven explica sus desigualdades; favorece ó dificulta su desarrollo, pero no las crea.

La desigualdad de las condiciones humanas proviene, ante todo, de la continuidad de lo que podría llamarse la *creación*. Incesantemente se forman átomos en el seno de la Virgen Madre (la materia primordial que no ha estado en contacto con ningún elemento compuesto ni entrado todavía en ninguna combinación) por la fuerza del torbellino divino, percibido por los videntes en sus éxtasis, y que la Teosofía llama el *Gran Soplo*; estos átomos entran incesantemente en combinaciones cada vez más complejas, en múltiples organismos, y así se realiza incesantemente el plan de la *Evolución*, acabando unos seres y empezando otros la gran *Peregrinación*. La existencia de ese circuito es la que crea y mantiene completa la jerarquía de los seres, la que hace y perpetúa los reinos conocidos y desconocidos de la naturaleza: las almas suben lentamente de un reino á otro, y los puestos que dejan se cubren con recién llegados, con almas menores.

La segunda causa de las desigualdades humanas, es la diferencia de los esfuerzos y actos voluntarios de los seres llegados á cierto grado. Guiada por la inteligencia y el sentido

moral, esa voluntad apresura ó retarda la evolución individual, facilitándola cuando, de acuerdo con la ley divina, ejecuta el bien, y turbándola cuando, oponiéndose á ella, realiza el mal. Al modificar las corrientes de la ley, el alma engendra fuerzas benéficas ó satánicas que, tras varias ondulaciones, vuelven á su punto de partida, el hombre; estos resultados de la voluntad influyen notablemente en la vida durante la cual han nacido, se conservan latentes después de la muerte y reaparecen en las futuras vueltas del alma á la tierra.

Así nacen los hombres cargados con las resultas de su pasado y poseyendo las facultades que han desarrollado en su evolución. Los que se han vigorizado por las dificultades de la vida vuelven á la existencia terrestre con esa fuerza que el mundo admira, mientras otros nacen sin fuerza, porque su vida precedente ha sido demasiado fácil; hay hombres que nacen filósofos, matemáticos, artistas ó sabios, como hay santos y criminales desde la cuna.

Se hacen á esta doctrina de los renacimientos varias objeciones, especialmente la de que el efecto no sigue siempre á la causa. Toda fuerza que brota de un «centro de voluntad» describe como una elipse que camina por una red de otras elipses generadas por millares de otros centros de energía, y sufre en su carrera una aceleración ó un retraso, según la naturaleza y dirección de las fuerzas con que se pone en contacto; por eso ciertos actos reciben inmediatamente su castigo ó su recompensa, y la multitud dice entonces: «Es el dedo de Dios.» En otros casos, por el contrario, los más numerosos, la reacción queda diferida y el ignorante dice entonces: «No hay Dios, porque no hay justicia.» ¡Error! La justicia es ineluctable; nada se pierde; las causas que no han fructificado se conservan en estado potencial, y germinan y se desarrollan cuando el medio ambiente las favorece; las deudas no pagadas quedan inscritas, y los pagarés se renuevan, por lo que ha podido decirse que los pecados de los padres son castigados en los hijos hasta la séptima generación.

Las almas, iguales en potencia, mientras dormitan como gérmenes en el seno del Sér, se hacen desiguales en cuanto nacen á la existencia en el universo manifiesto, porque encuentran ante sí primogénitos, antepasados; la desigualdad se intensifica al llegar al estadio humano, cuando la inteligencia y la voluntad empiezan, pues desde entonces, la desigualdad de los actos individuales introduce un segundo factor en la desigualdad de condiciones. La evolución conserva las causas que no han podido germinar en una existencia, y, por medio de sucesivas apariciones en la tierra realiza los fines de la justicia y los designios del Amor.

## CUESTIONES SOCIALES

EL MILI Y EL ANTIMILITARISMO EN ALEMANIA. — En Alemania, la nación militar por excelencia, abundan las protestas contra el militarismo por lo mismo que el militarismo, como abuso del espíritu militar, es allí más exagerado que en ninguna parte, el antimilitarismo no perdona medio de evidenciar los excesos en que incurre el militarismo, que dejan muy atrás todos los que se conocen en Francia, la nación rival. Luis Forest recoge en un artículo de *La Revue* interesantísimos datos sobre esta materia, que muestran hasta qué punto llega el empeño, por un lado, y la impotencia, por otro, de las autoridades para militarizar el país.

Cuando un francés—dice—entra en un teatro subvencionado de Alemania, lo primero que le choca es ver que las mejores butacas están reservadas á los militares, con exclusión del elemento civil; allí tiene el símbolo de la preponderancia militar. La intrusión sistemática de los militares en la vida civil del pueblo, es lo que más duro se hace á los hombres cultos. Así, cuando el Presidente del Parlamento, Levetzow, para asistir á la fiesta de la colocación de la primera piedra del Reichstag, tuvo que presentarse «con uniforme de oficial del ejérci-

to», los espíritus pensadores estimaron aquella exigencia como una humillación para el Parlamento y una provocación mortificante para toda la sociedad civil.

Los nombramientos de militares para los altos puestos civiles son típicos de Alemania: allí se ha visto á un oficial, que ni siquiera había terminado sus estudios de segunda enseñanza, nombrado «jefe de instrucción pública». A tal punto llega esta idolatría del uniforme, que cuando un ministro civil se distingue, se le confiere un grado militar para darle un prestigio que se estima indispensable: así el Príncipe de Bismarck, que no tenía más que un año efectivo de servicio como soldado, fue nombrado General de división siendo Canciller del Imperio; el antiguo Presidente del Reichstag, Wedell-Piesdorf, fue nombrado Capitán de caballería, y el Ministro Scholz, de cincuenta y seis años, fue nombrado Teniente. «Cuando se leyó la noticia—dice el profesor Quidde—se esperó ver perseguir á los periódicos por propagar noticias falsas para ridiculizar las instituciones del Estado; pero no, la noticia era exacta; aquel nombramiento debía tener para el Ministro de la Guerra otro alcance que para nuestra pobre inteligencia de civiles.»

El Emperador Guillermo está impregnado hasta la médula de este espíritu militarista: el mismo día que subió al trono dirigió una proclama á las tropas, y hasta tres días después no se acordó de que había una Alemania fuera del ejército. Al bendecir en 1895 las banderas, exclamaba: «El soldado, el ejército, y no las mayorías parlamentarias ni los escrutinios, son los que han forjado el Imperio de Alemania.» Al recibir á los nuevos reclutas, les decía en 1894: «Llevais *el traje del Emperador*, y sois desde ahora superiores á los demás hombres.» ¿Puede uno asombrarse después de esto de que los oficiales, los sargentos y hasta los simples soldados vivan con la fatuidad de creerse superiores al hombre civil, y se permitan por semejante delirio las más groseras extravagancias?

El socialismo alemán tiende poco á poco hacia el antimili-

tarismo más atrevido; el oficial en Alemania es temido y admirado, pero es impopular. El odio del proletariado al cuartel no nace de la idea de la justicia universal ni de la aversión al oficio de las armas, sino de que el ejército es utilizado como instrumento directo de opresión contra el socialismo. En Francia el soldado no es considerado por el proletario como enemigo sino cuando, transformado en gendarme, protege una fábrica contra un asalto de huelguistas. Pero en Alemania el cuartel está organizado tanto ó más contra «el enemigo interior» que contra el exterior. El regimiento, según la *Militärwochenblatt*, debe ser una escuela político-social. Un oficial, liberal por más señas, dice en un folleto: «Nuestros descendientes preguntarán asombrados algún día: ¡Cómo! ¿Habéis tenido bajo vuestras órdenes, durante dos ó tres años, la juventud de vuestro país y sin embargo ¡ha habido socialistas! Somos dueños de los cuerpos, pero ¡ay de nosotros si no sabemos guiar las almas!» Como medios propone la creación de buenas bibliotecas militares, lecturas históricas, económicas y sociales, y explicaciones razonadas del Código militar.

En 1889 el Emperador ha declarado oficialmente que la guerra al socialismo debe empezar desde la escuela primaria. En cuanto al cuartel, unos quieren convertirlo en escuela de moral y de oportunismo y otros prefieren obrar por la fuerza. Los partidarios de la represión activa y brutal son más numerosos, y la opinión oficial está con ellos. Bebel ha denunciado al Parlamento muchos abusos, dando á conocer curiosísimas circulares confidenciales del Gobierno. Los reclutas socialistas figuran en listas *negras* al entrar en el regimiento, y son objeto de la mayor vigilancia, obligándoles á entregar la correspondencia que reciben y siendo objeto de severos castigos por la menor falta; porque un sargento oyó hablar á tres soldados y sorprendió las palabras «huelga» y «plumas rojas en el sombrero», los denunció, y uno de ellos fue condenado á seis años y otro á seis meses de cárcel; un soldado á quien se cogió un periódico socialista, fue castigado con diez días de reclusión.

El soldado socialista goza entre sus compañeros de merecido prestigio, pues todos admiran á quien tiene el valor de protestar contra el duro régimen imperante; como gozan de la reputación de no dejarse insultar ni abofetear por los jefes, éstos no se atreven, por temor al Parlamento, á maltratarlos, y aunque les imponen todos los castigos reglamentarios, lo hacen guardándoles todo género de consideraciones; en cuanto un recluta parece dispuesto á no dejarse pegar impunemente, todo el mundo se dice al oído que es un *soci*, y el capitán recomienda que no se le injurie, ni menos se le toque. De todo esto resulta que los cuarteles vienen á ser, por unas y otras causas, eficacísimos instrumentos para el fomento del socialismo.

Y no se limita la lucha contra el socialismo en el cuartel á estas persecuciones especiales, sino que se llega al extremo de hacer listas de comerciantes y tenderos socialistas, de cuyas casas está formalmente prohibido surtirse al soldado, que tampoco puede entrar en establecimientos frecuentados por los socialistas ni comprar tabaco en un despacho que pertenezca á un socialista: á un pobre soldado ignorante, denunciado por haber comprado una pipa en casa de Böhle, le costó tal pecado tres días de arresto. Estas listas de proscripción son muchas veces arbitrarias; pero el boicotaje militar no admite apelación. La exasperación que de estas arbitrariedades resulta, lejos de contener al socialismo, le da nuevas alas.

Otro ejemplo del modo con que es tratado el socialismo nos lo da la orden del día del General Stuelpnagel, prohibiendo el año pasado á los suboficiales de la guarnición de Posen: 1.º, casarse con polacas; 2.º, enviar sus hijos á las escuelas superiores, debiéndoles bastar con las elementales; 3.º, casarse con hijas de socialistas. Podían citarse muchos casos en que las tropas han hecho uso de sus armas contra el enemigo interior, y Guillermo II ha llegado á decir en Potsdam: «El soldado debe obedecer sin restricción, aunque se le mande tirar sobre sus padres y hermanos.» Si la nota militarista no se exagerase tanto, es posible que ni el partido socialista fuera tan temible,

ni su antimilitarismo tan decidido. Las exageraciones son en todo contraproducentes y peligrosas. Aunque hay algunos disidentes, la mayoría del partido socialista, guiada por Augusto Bebel, es hostil al sistema de los ejércitos. Bebel ha resumido las pretensiones del partido en este punto en un libro, cuyo título es por sí solo un programa: «¡Nada de ejército permanente! ¡Milicia nacional!»

¿Cuáles son los abusos de que más se quejan los antimilitaristas? El del mal trato que sufre el soldado es el principal. Las cocinas militares no pueden gastar más que 35 céntimos diarios por cada hombre, y el soldado alemán no tiene derecho más que á una sola comida. *Lunes*: carne y macarrones. *Martes*: guisantes y patatas con tocino. *Miércoles*: lentejas, patatas y carne. *Jueves*: patatas, choucroute y carne de cerdo. *Viernes*: sopa de arroz, carne y ciruelas. *Sábado*: patatas, carne y ciruelas. *Domingo*: guisantes, jamón y choucroute. Estos soldados tan mal alimentados pueden beber, en cambio, café por mañana y tarde; pero ¡qué café! Cada uno tiene derecho á 15 gramos de granos de café y 5 de achicorias, con los que hay que hacer *dos litros* de líquido. Para acallar el hambre, sobreexcitada por la violencia de los ejercicios, les dan además, cada cuatro días, un pan de seis libras, verdadero pan de munición, rudo y negro. Tal es el régimen alimenticio del soldado alemán en una nación cuyo presupuesto de guerra asciende á más de 500 millones de marcos anuales.

Pero si come poco, en cambio se le exige un trabajo á veces insoportable: se pretende que llegue á tal grado de precisión mecánica en los menores movimientos, que los ejercicios tienen excesiva duración, siendo causa todos los años de graves accidentes, especialmente en las épocas de grandes fríos ó calores. Pero lo más irritante son los malos tratamientos á que se le somete, y que han obligado varias veces á intervenir sin resultado al mismo Emperador. «Pueden considerarse estos actos de brutalidad—dice el Príncipe de Sajonia—como tormentos refinados, excesos bárbaros y salvajes, que parecen

casi imposibles, dado el origen del personal instructor y de las precauciones é intervenciones con que se hace el servicio.» De los casos referidos por el Príncipe y de los contados por Curt, Abel y otros, se desprende que los soldados son injuriados, abofeteados, pellizcados, apaleados y hasta escupidos por sus Oficiales, especialmente por los Capitanes, y según la declaración de Schöler, no había ni un solo hombre en las diferentes compañías que no hubiera sido abofeteado durante su período de instrucción.

\*  
\* \*  
\*

EL ANTI-ITALIANISMO DE LOS ITALIANOS.—Tal es el título de un artículo que Lombroso publica en la *Nuova Antologia* y que, cambiando las palabras, es de todo en todo tan aplicable á España, que podría titularse *El anti-españolismo de los españoles*.

Entre nosotros — dice el profundo escritor — se declama mucho de patriotismo italiano y de gloria italiana, y se gasta y se derraman miles y millones de oro y de vidas para mantener enhiesta la bandera italiana; pero todo esto es un triste juego que encubre, ó una supina ignorancia, ó malsanos y viles intereses.

Si tenéis confianza con algún gran industrial, le oiréis con dolor quejarse de que sus productos tienen que viajar con marca extranjera para obtener en su propio país y en el extranjero la estimación que se negaría á la marca indígena. Yo soy el primero en admitir—dice Lombroso—que, en igualdad de mérito, el comprador deba preferir lo más económico, sea cualquiera su procedencia; pero cuando la ventaja es igual ó mayor, es vergonzoso preferir la bandera extranjera, y peor todavía si esa preferencia es causada ó favorecida por las disposiciones del Gobierno.

El desprecio que tenemos á lo nuestro se extiende al mundo de las letras y las artes, y hasta á las producciones científicas. ¿Quién no sabe que todos los días hacemos venir de Francia *pochades* que cualquier estudiante de nuestros liceos po-

dría improvisar? El público no acude á los teatros si la marca de fábrica de las nuevas producciones no viene de *Varietés*. Nuestros novelistas, Fogazzaro, Verga, Roveta, Capuana, etcétera, aun siendo tan superiores, no tienen la popularidad que los novelistas de Francia é Inglaterra; por eso nuestros literatos, como nuestros industriales, tienen que buscar la marca de fábrica extranjera para defenderse mejor en su país.

Y peor es todavía lo que se ve en la ciencia. ¿Quién no sabe que el descubrimiento del cañón Cavalli fue juzgado por el Estado Mayor como idea de loco, hasta que fue adoptado en Francia? ¿No hemos oído todos decir de grandes hombres nuestros, de Sergi por ejemplo, que eran unas nulidades hasta que su mérito fue reconocido por el extranjero? Galileo Ferraris, que había hecho los más grandes descubrimientos en electricidad, no fue apreciado por el Gobierno sino cuando alemanes y americanos reclamaron su presencia en los Congresos electrotécnicos de Nueva York y Francfort.

¿Se quiere una prueba de esto hasta en filosofía? Leed el hermoso libro de Guido Villa *La Psicología Contemporánea*, y veréis que Italia, que ha descubierto dos nuevas ciencias psicológicas, no ocupa en él el menor puesto, cual si hubiese desaparecido del mundo científico contemporáneo; el buen Villa llega hasta negar que los italianos hayan tenido parte en la creación de la psicología patológica, de la que fueron inventores.

Y lo mismo ocurre en otras ciencias. Pareto mismo, célebre en el extranjero por la introducción del elemento matemático en los estudios económicos, habla de la teoría completamente nueva, según la cual las minorías son las que verdaderamente influyen en la marcha de los Estados parlamentarios, y cita una buena lista de extranjeros que han hecho bien poco en el desarrollo de esa doctrina, olvidándose de Mosca, que fue su descubridor. Un jurista de gran valor, Anfosso, ha encontrado recientemente un método y un instrumento de identificación criminal, que hacían tan fáciles estas operaciones, que casi parecían automáticas; pero el Gobierno ha juzgado

preferible el complicadísimo sistema de Bertillon, porque era francés. Al gran descubrimiento de Sanarelli, sobre la fiebre amarilla, los italianos se han atrevido á preferir la opinión de un solo médico desconocido, pero extranjero por supuesto.

Todos lamentamos el fracaso de Italia, no merecido ciertamente, en la Exposición de París, hasta en el arte; pero la primera culpa es de los italianos mismos, que fingían no conocer el mérito de nuestros grandes artistas Bistolfi, Calderini, etc., contentándose con exhumar á los difuntos y á los medio vivos; como en poesía exaltan á Verlaine y Mallarmé mientras fingen no acordarse de Rapisardi, de Pascoli, de Graf y de Cena, que á la desgracia de ser verdaderamente grandes, juntan la de haber nacido en Italia. ¿Quién no recuerda que Ferri obtuvo una cátedra casi por sorpresa, sorpresa de que pronto libraron á Italia sus colegas, dolidos de tenerlo de compañero en la Universidad? Y se trataba de aquel Enrique Ferri de quien los franceses, el pueblo más *chauvin* de la tierra, tuvo que decir después de haber oído sus lecciones: «¿Cómo es que Italia manda penalistas á perfeccionarse entre nosotros, teniendo tales profesores de Derecho?»

Quien quiera explicarse todo esto, recuerde los pobres pollos de Manzoni, que se vengaban de los lazos que los tenían sujetos uno á otro picoteándose mutuamente. Si ya no somos esclavos, sentimos todavía en las carnes la impresión de la cadena que durante tantos siglos hemos arrastrado. Lejos de nosotros ese exagerado nacionalismo que aisla á Francia del mundo; pero no lleguemos á ser tan antinacionalistas que desconozcamos los más grandes y más seguros valores de nuestro propio país. Si no tenemos conciencia de nuestros verdaderos méritos, menos podremos hacerlos valer ante el extranjero.

### BIOGRAFIA

ENRIQUE SIENKIEWICZ.—Enrique Sienkiewicz—dice en la *Revue Universelle*, de Larousse, Casimiro Stryenski—nació el 4

de Mayo de 1846 en Wola Okrzejska, provincia de Radom, en el antiguo reino de Polonia, é hizo su aparición en la república literaria en 1869, con algunos artículos de crítica, publicando al año siguiente su primera novela, *En vano*, que posteriormente no ha querido incluir en la edición de sus obras completas. Entre sus demás ensayos juveniles pueden citarse *Ninguno es profeta en su patria*, *Las dos vidas*, *El viejo servidor*, *Harisia* y *Selim Mirza*.

En el bienio de 1876 á 1878, Sienkiewicz recorrió Alemania, Francia é Inglaterra, pasó el Océano y visitó la América del Norte, trayendo de estos viajes impresiones frescas y personales y mayores alientos. Entonces publicó sus *Cartas de viaje* y algunas novelitas, entre las que merecen citarse *Yanko*, que tiene toda la gracia de un relato de Daudet; *Orso* y *Bartek el vencedor*, que es un episodio de la guerra franco-prusiana, en la que se ve á un aldeano polaco del ducado de Posen, incorporado á su pesar en las filas germánicas para encontrarse á su regreso, como recompensa de su valor, con las injurias y los malos tratos de los prusianos fanáticos, embriagados con la victoria. En otra de sus producciones de aquella época, *El torrero*, hallamos la emoción, la poesía y el ardiente patriotismo que animan casi todos los libros de Sienkiewicz, autor verdaderamente excepcional, representante de aquel pueblo polaco que ha perdido su personalidad política, pero cuya alma vive siempre en las obras literarias y artísticas.

En 1884, Sienkiewicz publicó *Con el hierro y con el fuego*, epopeya más que novela, que es toda una evocación de la Polonia del siglo xvii, y que forma, con *El Diluvio* y *Pan Miguel Wolodjowski*, publicados en 1886 y 1888, una hermosísima trilogía, en la que se reconstituyen con notoria imparcialidad las victorias y los fracasos de los desgraciados polacos.

Tras esta trilogía heroica, Sienkiewicz escribió en 1890 *Sin dogma*, novela modernísima en forma autobiográfica. Ploszowski, el protagonista, se imagina creer en algo y se ilusiona tender á un fin que ignora; sin dogma y sin principios,

es el representante de esos neurasténicos que sufren un nuevo universidolor (*Weltschmerz*), seres inútiles que activan la decadencia de la sociedad. Sienkiewicz ofrece un remedio á esta plaga en *La Familia Polawieski*, publicada en 1894, y que es un retorno á la vida activa y á la religión. En todas sus obras encuentran los polacos su credo patriótico, y ven señalados los puntos por donde puede venir la salvación.

El famoso *Quo vadis?* apareció en 1895 y está reputado como la obra maestra de Sienkiewicz y de la literatura polaca contemporánea; traducido á todas las lenguas cultas, esta magnífica novela ha despertado en todas partes tal entusiasmo, que una fanática americana ha llegado á decir: «La vida no es ya digna de aprecio, ahora que he terminado de leer *Quo vadis?*» Ni aun en esta obra, con su argumento romano, ha perdido de vista el autor á Polonia, y los polacos, como Stryenski, ven en Licia á la misma Polonia, y en los cristianos atormentados á los polacos castigados por su amor á su patria. Tal vez haya en este pretendido simbolismo algo de fantástico, pero el público cosmopolita, poco accesible á tales esoterismos, admira en *Quo vadis?* un cuadro grandioso y terrible, lleno de vida y de animación.

Antes de ésta obra, en 1890, publicó *Los crucíferos*, cuyo argumento hemos reseñado en una de nuestras anteriores Revistas (1), y en la que se narran las luchas homéricas de los polacos contra la Orden Teutónica en la segunda mitad del siglo xiv; esta obra viene á ser como una especie de prólogo de la gran trilogía de que antes hemos hecho mención — *Con el hierro y con el fuego*, *El diluvio* y *Pan Miguel Wolodjowski* — siendo el epílogo de la misma la obra más reciente del gran escritor.

Sienkiewicz, gran aficionado á los viajes, ha recorrido, después de su gran expedición de 1876-78, el Africa, recogiendo impresiones de viaje que le han inspirado algunas hermosas

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, Enero, 1901.

páginas sobre Egipto y Zanzíbar. Con frecuencia se detiene en Francia y en Italia, complaciéndose sobre todo en Venecia y en Roma. Pero en todas partes, en París como en Varsovia, y en Venecia como en los Cárpatos, huye de los importunos, contentándose con la compañía de algunos íntimos y de sus dos hijos, que han llegado á ser el consuelo de su temprana viudez. Trabaja siempre, y todos esperan que su maravillosa labor sea todavía larga y fecunda. Los italianos, sobre todo, le están muy agradecidos por la simpatía que les tiene y el cariño que les profesa, y se preparan, según han manifestado Ciampoli y Nemi en la *Nuova Antología*, á honrarle durante las fiestas de su jubileo con el nombramiento de ciudadano romano, que tiene bien merecido.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL PSICOFISICA  
 DE BARCELONA

PSICOLOGÍA DEL BUENO Y DEL MAL HUMOR.—Una mañana—dice Camilo Melinand en la *Revue des Revues*—se levanta uno contento de vivir, confiando en sí y en el porvenir, ligero, con el espíritu claro y lleno de ideas risueñas: ese es el *buen humor*. Otro día se despierta uno con despertar amargo, llena la cabeza de ideas negras, descontento, gruñón, pendenciero, misántropo, recogido en sí mismo, rumiando recuerdos desagradables: ese es el *mal humor*.

El buen humor *trae la dicha*, eso es evidente: son días los de buen humor en que todo nos sale bien, días *de vena*: los negocios más embrollados se desenredan como por magia, las gentes que encontramos sólo tienen cosas agradables que decirnos, las cartas que esperamos llegan con todo lo que deseamos; en esos días es cuando se debe pedir, porque se está seguro de obtener; buscar, porque se está seguro de encontrar; presentarse, porque se está seguro de ser recibido.

Otro beneficio del buen humor es que nada *inspira* como él: no hay café ni elixir alguno que valga lo que el buen hu-

mor para aclarar las ideas. Cuando se está de mal humor, todo se hace mal; se dice desde luego una tontería; para rescatarla se dicen otras dos, se revuelve uno frenéticamente y al fin se deja el puesto descontento de sí y furioso con los demás; el buen humor, por el contrario, es la gracia, la armonía, el tacto.

Otro beneficio del buen humor es que nos hace mejores, disponiéndonos á la benevolencia y á la indulgencia; el buen humor es una expansión de sí mismo, como el malo es una contracción, que nos hace malévolos y misántropos. Al que es de ordinario dulce, el mal humor le hace agrio, por despecho. El despecho es una forma extravagante del mal humor; es una extraña necesidad de decir y hacer lo contrario de lo que se quiere; se muere uno de gana de salir de paseo y se queda en casa; se quieren decir palabras tiernas, y se dicen ásperas y feroces, y se exaspera uno más y más.

Y no paran en esto las ventajas del buen humor. El buen humor es contagioso, é irradia, como el calor, sobre todos cuantos nos rodean. Este efecto es sobre todo visible en la intimidad de la familia. Allí, cuando el padre ó la madre se ponen sombríos, todas las frentes se obscurecen; las palabras son pocas y entrecortadas, cada cual pone en ellas una sordina, y hasta los niños parecen inquietos, sintiendo el peso de una atmósfera pesada y sofocante. Con el buen humor ocurre todo lo contrario. Si tenéis que decir á alguien una verdad algo dura, aguardad á estar de buen humor: la diréis mejor y pasará sin tropiezo.

El ideal sería estar siempre de buen humor; pero mientras se descubre el medio de estarlo, bueno es indicar algunas recetas para conseguirlo. La primera es la de tener buena salud, y es lástima que esta receta sea poco práctica, porque es casi soberana. Los días en que está uno bien, el alma se siente radiante; se puede estar triste, pero no agrio. Pensad también en la influencia de una buena comida, del reposo higiénico del cuerpo, de la dosis de sueño que hayamos disfrutado.

Es humillante quizá, pero es cierto: la higiene es la base del buen humor, y la higiene es sencillamente la templanza, la sobriedad.

La segunda causa de nuestro buen ó mal humor, es el estado de nuestro amor propio: basta una alabanza para embellecernos la existencia; basta un éxito para que queramos bien á toda la creación. Por eso las críticas nos irritan; cuando sufrimos un fracaso, volvemos dolorosamente sobre nosotros mismos y no encontramos sino recuerdos de otros fracasos y humillaciones; nos ponemos á sumar esos recuerdos y nuestro humor se hace insufrible hasta que una buena alma nos echa al paso una alabanza que roer. Tengamos, pues, nuestro amor propio en buen estado y para ello hagamos bien todo cuanto hagamos, consagrandó nuestro celo á nuestra labor; así se evitará casi siempre el fracaso, y si viene, se sufre menos, porque tiene uno la conciencia á su favor.

La tercera causa que influye poderosamente en nuestro humor es la simpatía ó antipatía que inspiramos. Cuando uno se siente amado, está á gusto y de buen humor; donde uno se siente aborrecido, se está á disgusto y molesto. Tenemos un amigo: se suscita entre ambos una desazón, y basta para estar descontento y nervioso, sin que el equilibrio se restablezca hasta que reaparece la cordialidad. El buen humor no es muchas veces sino la conciencia de ser amado.

La cuarta causa es el orden ó desorden de nuestra vida é ideas: el orden da el buen humor, el desorden agría, lo mismo tratándose del ama de casa que arregla sus armarios que del sabio que ordena sus notas. El orden consiste en *clasificar*, en poner lo semejante junto á lo semejante. La mujer más áspera se vuelve expansiva cuando ha arreglado á su gusto un armario ó artísticamente organizado su salón. Todos nosotros, cuando teníamos un rincón de nuestro despacho ó de nuestra biblioteca desordenado, ¿no estamos encantados el día en que, aprovechando un ocio imprevisto, hemos arreglado los libros ó los juguetes, encontrando para cada uno el puesto definiti-

vo? En cambio, cuando uno ve que pasan días y semanas sin poder arreglar papeles acumulados ó libros amontonados, se pone uno de un humor inabordable.

En las *acciones* el orden es todavía más importante que en los objetos; hay que hacer cada día lo que se debe hacer, sin aplazamientos. Recibís una carta, y por pereza no la contestais; al día siguiente llegan otras y otras, y cuantas más hay más cuesta arriba se hace la tarea; el montón crece y una especie de remordimiento se instala en vuestra alma, una obscura ansiedad turba vuestras alegrías, hasta que llega un día y os poneis desde el amanecer á escribir con frenesí, con rabia, hasta que os acostais extenuado, pero radiante. Y lo mismo ocurre con las *ideas*: el que tiene ideas confusas rara vez está de buen humor.

Hay todavía otra receta que por ser casi infalible hemos dejado para el fin: «para estar de buen humor basta haber cumplido su deber.» Tales son los medios más seguros para gozar de buen humor, y los mismos pueden aplicarse para remediar los accesos de mal humor.

¿Podrían reducirse todas estas causas á una sola? ¿Dependería el mal humor, por ejemplo, de alguna circunstancia esencial y constante? Veamos si se trata de una causa física, y si no trataremos de ver si es psíquica. Concederemos á los fisiólogos que las variaciones del humor están *siempre ligadas* á alguna variación del estado del cuerpo, sobre todo del cerebro, y que el mal humor es un «hecho mixto, físico y moral á la vez». ¿Cuál es la causa de ese fenómeno? No puede negarse que *frecuentemente* la causa es corporal, pero también es innegable que á veces es puramente moral: muchas veces se siente uno malhumorado, y por más que busca no encuentra el motivo; en tales casos fuerza es convenir en que, no habiendo causa ninguna moral, la causa del mal humor es puramente física; pero hay, en cambio, otros casos en que se halla uno en excelente estado de salud, contento y bien dispuesto, y de pronto una palabra mortificante, que hiere nuestro amor pro-

pio, nos pone malhumorados; aquí la causa es evidentemente moral, y la sucesión de los hechos es esta: 1.º Una frase molesta. 2.º Turbación del estado de equilibrio físico y moral. La molestia moral es, pues, causa del mal humor lo mismo que la física.

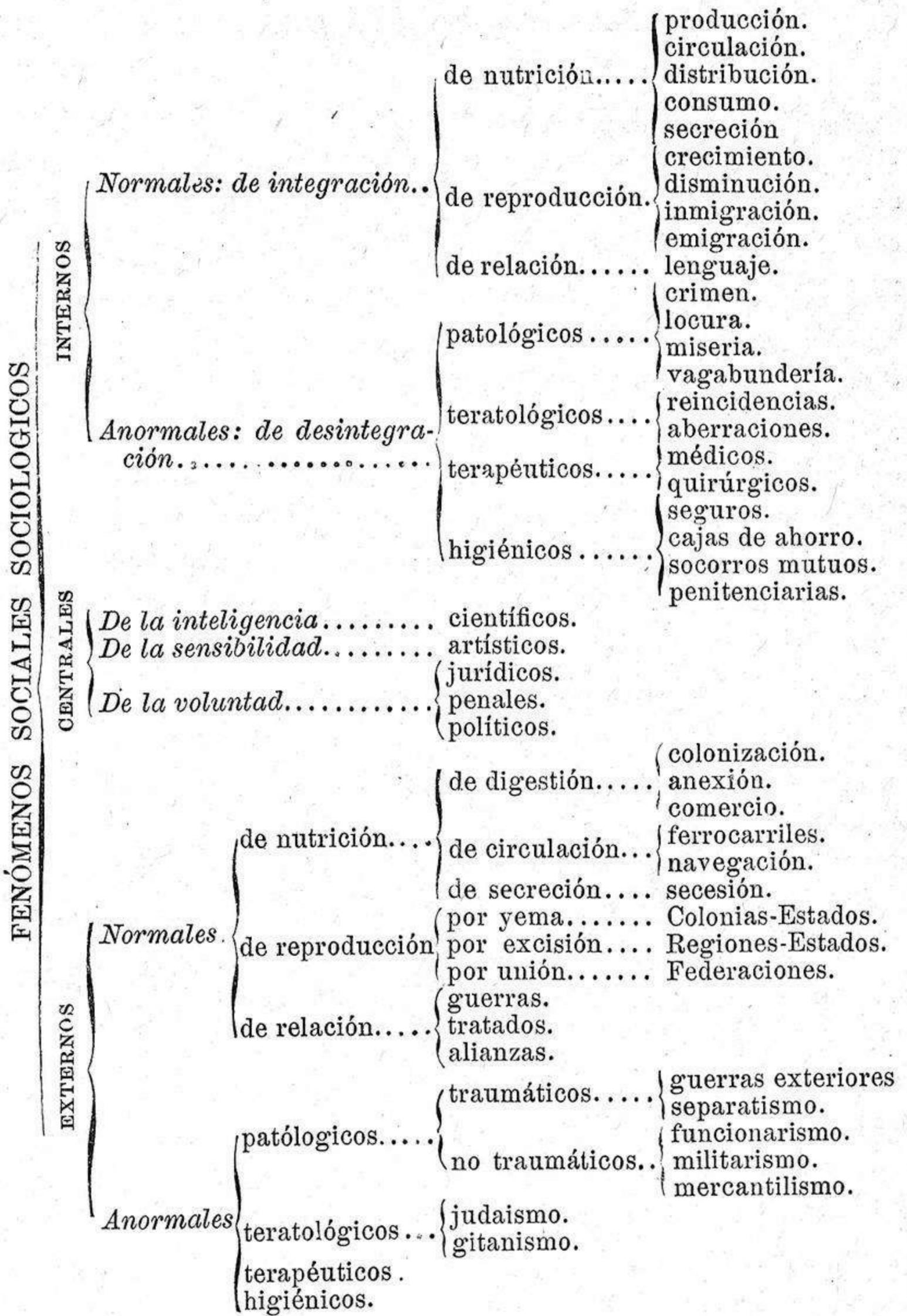
¿Por qué una crítica, un fracaso, nos ponen sombríos? Porque crean en nosotros un «conflicto de deseos y tendencias», fluctuando entre nuestra tendencia natural á admirarnos á nosotros mismos y la tendencia opuesta revelada por la crítica ó el fracaso. ¿Por qué nos disgusta el saber que una persona, cuya amistad deseábamos, siente antipatía hacia nosotros? Porque entonces sentimos vacilar nuestra fe en nuestro propio valer, nueva *fluctuación* de nuestra alma. ¿Por qué el desorden es irritante? Porque no sabemos «por donde empezar» para restablecerlo. Siempre tropezamos con la misma, causa «conflicto de tendencias», *fluctuación*.

En resumen: nuestro humor depende del acuerdo ó del conflicto de nuestras tendencias, de nuestra unidad ó de nuestra dualidad mental, de la fluctuación ó de la decisión de nuestro pensamiento; en otros términos: del sentimiento de nuestro poder ó de nuestra impotencia, lo cual reduce el bueno y el mal humor á las leyes más generales de la alegría y de la tristeza, pues toda alegría tiene por causa el sentimiento ó la conciencia de nuestro poder, y toda tristeza la idea ó el sentimiento de nuestra impotencia.

## SOCIOLOGIA

CLASIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS SOCIALES. — Los fenómenos sociales—dice en *L'Humanité nouvelle* Raul de la Grasse-rie — son los hechos, considerados aislada ó colectivamente, que resultan de la existencia ó del funcionamiento de la sociedad. Su clasificación es más difícil de lo que á primera vista parece, é importa hacerla porque ilumina con clara luz todos los hechos, mostrando su encadenamiento y sus relaciones, y presentando así un cuadro fijo en el que los hechos, los prin-

cipios y las ideas se colocan cada cual en su puesto. He aquí esta clasificación (1).



(1) El autor no la presenta en sinopsis; pero nosotros nos hemos tomado el trabajo, en obsequio á nuestros lectores, de hacer el cuadro sinóptico del texto, que presenta el resumen de la clasificación de Grasserie.

## ENSEÑANZA Y EDUCACION

INSTITUCIONES ESCOLARES DE LOS ESTADOS UNIDOS.—Las instituciones escolares de los Estados Unidos — dice en la *Revue Bleue* Gustavo Lanson — producen, de primera impresión, el efecto de un caos: diversidad infinita, independencia incoherente, nombres distintos para las mismas cosas, cosas distintas con los mismos nombres, coexistencia de todos los tipos y todos los sistemas, sin unidad, coordinación ni autoridad; hay para desconcertar á nuestro espíritu reglamentista, acostumbrado á las claras construcciones geométricas de nuestra Administración centralizada. La enseñanza en los Estados Unidos ofrece todas las irregularidades de las formaciones naturales; y es que allí todo se ha hecho sin plan, ya por el individuo, ya por el espíritu de asociación, tan pronto por la ciudad, como por la provincia ó el Estado.

El despertar pedagógico de los Estados Unidos data de 1837, cuando Horacio Mann fue Secretario de la educación en Massachussets, y sobre todo, de los últimos treinta y cinco años, después de la guerra de secesión. Al principio, la escuela era cosa de los padres de familia; los que no tenían hijos no tenían que sostenerla; pero reconocido el derecho del niño á ser instruído, la comunidad tuvo que preocuparse de hacerlo efectivo, y se fundaron escuelas públicas de todas clases, y se subvencionaron multitud de instituciones privadas de enseñanza primaria, reemplazándose las antiguas escuelas de gramática por las actuales *public high schools* (altas escuelas públicas), especie de escuelas de adultos sostenidas por los Municipios ó las provincias, que sirven de regulador á la enseñanza secundaria.

El *colegio* (el tipo de institución más parecido á los Institutos ó liceos de Europa) era y ha seguido siendo el órgano central preponderante de toda enseñanza que no sea puramen-

te elemental; se entra en él al salir de las *high schools* y de allí se pasa á las Universidades, siendo para muchos el término de los estudios generales. Se entra en el *colegio* niño, y se sale hombre, viviendo allí en sociedad y en libertad, en medio de una tribu juvenil y laboriosa. La mayor parte de los hombres que han fundado la República americana ó han contribuído á su engrandecimiento, se han formado en el *colegio*, y no han recibido otro grado de cultura.

Los colegios pululan, y cada uno tiene su fisonomía particular, su organización, por algún concepto única, siendo lo característico de aquella nación que, durante mucho tiempo, no ha existido allí ninguna otra enseñanza superior, saliéndose del colegio á los veinte años con el grado de bachiller en artes sin que se diera ningún otro título. Sólo en 1861 es cuando una Universidad, la de Yale, confirió el diploma de Doctor en Filosofía, y sólo entonces puede decirse que nació la Universidad americana, que tan maravillosamente se ha desarrollado en cuarenta años. Nacida del *colegio*, es su prolongación, apareciendo tan inseparables ambas instituciones, que las nuevas Universidades, fundadas de un solo golpe, como las de Juan Hopkin, Cornell y Chicago, llevan siempre como base un *colegio* que les prepare estudiantes (1). Sólo dos Universidades, de formación reciente, carecen de este plantel.

La última Exposición nos ha mostrado esas Universidades americanas con sus vastos parques; sus Facultades, instaladas cómodamente; sus galerías; sus laboratorios; sus bibliotecas; sus museos; su numeroso personal, con todo el material exigido por la ciencia moderna, todo concebido y ejecutado con grandiosidad y con espíritu práctico, de tal modo, que cuando

---

(1) Bueno es que se enteren de todos estos hechos los que han imbuído á nuestro Ministro de Instrucción pública el concepto equivocado de la Universidad como mero conjunto de Facultades, concepto reñido con la tradición y con la Historia, que empequeñece la misión de la Universidad, que la aísla y debilita socialmente, y que pugna hasta con el nombre mismo que la Universidad lleva.

se vuelve la vista á nuestras Universidades europeas, se siente uno humillado, haciendo el efecto de parientes pobres. Muchas de estas Universidades lo son de Estado, pero ni aun en éstas hay planes generales ni unidad. Cada establecimiento nace de un acto particular, tiene su fuero especial y su independencia completa, salvo en sus relaciones con el Estado. Sólo el Estado de Nueva York ha concebido una Universidad por el modelo de las de Francia, realizando desde fines del siglo XVIII un proyecto de Diderot, abarcando toda la instrucción secundaria y superior del Estado.

La intervención de la nación federal en materia educativa se reduce á sostener una «oficina de educación», que hace estadísticas anuales, y expone todo lo que se hace en el país y en el extranjero en materia de educación, suministrando á cada establecimiento los medios de conocerse por comparación y de perfeccionarse, para no quedarse rezagado. Simple agencia de información, el negociado de educación de Washington es un poderoso agente de progreso y de unificación.

Los resultados de toda esta organización escolar son los siguientes: 16.500.000 niños alistados en 1898 en las diferentes clases de escuelas primarias; encima de éstas más de 7.000 escuelas de adultos (*high schools* y Academias), y encima, todavía, 677 *colegios* ó Institutos y Universidades. Desde los cinco hasta los veinticinco años, el individuo puede atender á la cultura de sus facultades intelectuales: ocho años en las escuelas de párvulos y primarias, cuatro años en las *high schools*, cuatro (á partir de los diez y siete á diez y ocho) en el *colegio* y otros cuatro, finalmente, en la Universidad. De este tronco general arrancan á diferentes alturas numerosas escuelas profesionales, que reciben al alumno, ya al salir de la *high school*, ya del *colegio*, ya de la Universidad.

En cuanto al espíritu, á las tendencias dominantes en la educación norteamericana, los dos rasgos que la caracterizan son la tendencia democrática y el espíritu científico. En la enseñanza secundaria se encuentran los tres sistemas: clásico con

latín, moderno con inglés y científico, gozando el clásico de mayor boga que los otros dos. Para vencer las dificultades del amontonamiento de materias existe un sistema de equivalencias que permite elegir á cada alumno las asignaturas que más le convengan, prefiriéndose siempre pocos estudios hechos á fondo, á ese defloramiento de todas las ciencias, que no permite penetrar en ninguna. En ninguna parte, ni en contabilidad, ni en lenguas vivas, se olvida el fin principal: formar el espíritu científico, sin sacrificar por eso el saber positivo ó la cultura formal; se quiere que todo se enseñe de modo que el alumno esté adiestrado en el manejo de los métodos, para que vea por sí mismo cómo se elabora la verdad y en qué señales se la reconoce.

Las Universidades son laboratorios de investigación; el individuo no trabaja en ellas para sí, sino para la ciencia; no va en busca de ventajas de carrera, sino de saber. La lucha, sin embargo, es grande contra los alumnos que quieren precipitar los cursos alimenticios, los que aseguran «el pan y la mantequilla», *bread and butter courses*; la tendencia utilitaria se tiene á raya, y el gusto desinteresado de la ciencia se desarrolla con vigor. Uno de los caracteres de estas Universidades, que prueba el valor que se da en ellas á la alta cultura, es la proporción del número de estudiantes con el de maestros. Chicago tiene 850 estudiantes para 130 profesores; Hopkins, 210 para 64; Yale, 283 para 112; Bryn Maur, 61 para 25; el colegio Radcliffe, 57 profesores para 58 estudiantes, y el de Wellesley, 27 estudiantes para 47 profesores.

Como último rasgo digno de mención, puede citarse la autoridad de que gozan los inspectores, administradores y directores. Un solo hombre, con extensos poderes y fuerte responsabilidad: tal es para los americanos el medio de conseguir que se trabaje, y que se trabaje bien. «Cada uno de los dos grandes departamentos, administración é instrucción, será dirigido por un solo oficial, investido de amplia autoridad y cargado con plena responsabilidad; si algo marcha mal, él respon-

derá; él debe perfeccionar la organización de su departamento y planear y ejecutar las reformas procedentes; si no puede hacerlo en tiempo razonable, le reemplazará quien pueda hacerlo.» Ese es el secreto del vigoroso impulso de la enseñanza americana.

## BELLAS ARTES

ESCULTURA ROMÁNICA EN ESPAÑA.—En el órgano oficial de la Sociedad Española de Excursiones ha publicado su infatigable y erudito Presidente, D. Enrique Serrano Fatigati, un hermoso trabajo sobre la «Escultura románica en España».

La tesis que parece servir de punto de partida y de línea de trabazón á la gran riqueza de datos acumulados en esta interesante monografía, es la de que ni la época de florecimiento del arte románico en la Península puede fijarse con precisión, por variar de unas á otras comarcas, ni sus caracteres típicos pueden tampoco señalarse á la manera de una recta que sirva de divisoria á este estilo del precedente y del siguiente, sino más bien á modo de quebrada línea cuyos ángulos salientes penetran á veces profundamente en los dominios del arte gótico, mientras los entrantes se pierden en ocasiones en los dominios de la degeneración clásico-visigótica. Si á esto se agrega la demostración cumplida de que el románico español, sin renegar de su filiación oriental y septentrional, tiene sello propio y originalidad innegable, se tendrá completo el cañamazo en que Serrano Fatigati ha bordado los mil primores de su nueva producción, fruto concienzudo de sus numerosas excursiones.

El procedimiento declarado por Choisy, como general en el período románico y como absoluto en el gótico, de colocar las piedras completamente talladas, no se siguió siempre en España, donde se pusieron á veces bloques de piedra en lugar de los capiteles, esculpiéndolos después. «En este flujo y reflujo de

perfiles, que parecen borrarse en una centuria para reaparecer en la siguiente, se transmiten de unas comarcas á otras las tradiciones, obscurecidas durante cierto período en las segundas por energías transitorias más intensas y devotamente cultivadas en las primeras; sólo así puede explicarse que elementos ornamentales que parecen en una época definitivamente sustituidos por nuevos motivos de decoración, vuelvan á aparecer en la siguiente, cual ocurre con grecas, meandros, funículos, ajedrezados, hojas de acanto, palmetas, fíbulas, que aglomeran en abigarrado conjunto los alfabetos clásico, bizantino, asiático y bárbaro.» El primoroso busto greco-fenicio de Elche, hoy en el Louvre, y las esculturas del Cerro de los Santos, en el Museo Arqueológico de Madrid, indican la misión reservada en el arte á la Península, como asiento de grandes sincretismos.

Del paralelo establecido entre las esculturas de las fábricas y los dibujos de los Códices, puede sacarse la consecuencia de que no hay dato ninguno gráfico que permita llevar hasta el siglo x las únicas construcciones clasificadas como de tan remota época, y que si han de traerse al siglo xi, ya se tiene en ellas y en San Miguel de Escalada los términos de enlace para pasar sin violencia de unos á otros estilos medioevales. Todo el siglo xi fue como la infancia del románico español, siendo preciso llevar hasta el xii las ya ricas esculturas de nuestros claustros y fachadas.

Tres fábricas de diversas comarcas, la iglesia del Salvador de Sepúlveda, la de San Pedro de la Nave, de la provincia de Zamora, y San Benito de Bagés, en Cataluña, pueden citarse como tipos de las muchas que debieron existir en el siglo xi, marcando los últimos trabajos que habían de preparar el brillante florecimiento de las escuelas románicas. Los capiteles de Sepúlveda con sus bajorrelieves, sus estrellas de seis radios, sus cabezas de perro invertidas, sus serpientes, sus cuerdas, sus copias de fábulas bárbaras y sus mascarones, representan los albores del románico junto á los últimos destellos del bi-

zantino, confirmando esta impresión la forma tosquísima de resolver el obrero el problema arquitectónico de la época, consistente en la relación del abaco cuadrilátero con el fuste cilíndrico. Las representaciones bíblicas de San Pedro de la Nave, con todos sus indicios de arcaísmo en actitudes y ropajes, se hallan distantes de los manuscritos del siglo x, y en San Benito de Bagés el tipo es ya románico, pero siempre primitivo. La iglesia de San Isidoro de León, más interesante todavía, presenta una serie de capiteles decorados, que nos llevan desde las formas atribuibles al siglo xi hasta las que caracterizan francamente el xii. De la interpretación decadente de lo clásico en San Miguel de Escalada, se pasó así al empleo de nuevos elementos decorativos importados del Oriente y del Norte y á los prístinos indicios de figura humana en el Salvador de Sepúlveda, y á la interpretación de escenas bíblicas en San Pedro de la Nave y en San Benet de Bagés.

Si Giusti hubiera estudiado los doscientos monumentos románicos que poseemos en España tan concienzudamente como los sepulcros de Coca, no hubiera estampado juicio tan equivocado como el que formula en su desdichada introducción á la *Guía*, de Bædecker, sobre los imagineros españoles, diciendo que no sabían hacer más que muñecos, y que todas nuestras buenas esculturas de los siglos xii y xiii son de manos extranjeras. La rica imaginería que luce en las fábricas de Santillana del Mar, Cervatos, Santo Domingo de Silos, Salamanca, Zamora, Ávila, Segovia, Santiago, Estella, Puente la Reina, San Juan de la Peña, San Pedro el Viejo, Soria, Ripoll, San Cucufate del Vallés, Gerona, Tarragona, y cien otros monumentos, prueban cumpidamente el error del sabio alemán, demostrando por los asuntos y la ejecución la mezcla de influencias exóticas y el vigor del arte indígena.

Los asuntos cambian de las naves á las portadas y de éstas á los claustros: dominan en las primeras los pasajes del Evangelio, los follajes, animales reales y fantásticos, con la gran variedad que llega desde las caprichosas figuras de la catedral

vieja de Salamanca hasta las escenas bíblicas de San Millán de Segovia; en las portadas, en cambio, abundan las representaciones de la Historia Sagrada, y en los claustros se despliega el cuadro de los conocimientos de los monjes que dirigían las obras y de los obreros que las ejecutaban, reflejo vivo de la sociedad contemporánea. Esta variedad de motivos de ornamentación, especialmente en la representación de tipos locales, tenía que romper la monotonía hierática de las figuras consagradas, dejando á los artistas amplio campo de inventiva y de perfeccionamiento, que explica la coexistencia del influjo francés y oriental con los arranques de independencia del castellano, aragonés, catalán y gallego, y con la evolución misma que, por efecto del clima y del ambiente, sufrían en la Península los mismos artistas extranjeros.

## PSICOLOGIA INFANTIL

EL «CHILD STUDY-MOVEMENT» EN LOS ESTADOS UNIDOS.— Aunque la iniciativa haya partido de Europa, los Estados Unidos han consagrado al estudio de los niños tantos y tan meritorios trabajos, según resulta del artículo que á los mismos dedica Amy A. Bernardi en la *Rivista Moderna*, que los progresos hechos por la psicología de la infancia son, en gran parte, debidos en estos últimos años á la labor norteamericana, y especialmente al Dr. Stanley-Hall, paladín y apóstol de este gran movimiento, que dispone ya de instituciones especiales, periódicos y revistas, y que aspira á hacer del «child-study», ó estudio de los niños, una nueva ciencia que ocupe el mismo puesto que la embriología respecto á la Anatomía.

Bajo la dirección de Stanley Hall se han practicado exploraciones sistemáticas, por medio de preguntas propias de la enciclopedia infantil, para averiguar el estado intelectual de los niños á su ingreso en la escuela. De cada cien respuestas la mayoría eran negativas; entre los colores, el más conocido

era el rojo; entre los números, el tres; entre las partes del cuerpo, la rodilla y la garganta; entre los animales, los gusanos, las mariposas y las gallinas; entre los frutos, la miel; el 14 por 100 de los interrogados ignoraban la edad que tenían; el 6 por 100 tenía cuatro años, el 37 por 100 cinco, el 25 seis, el 12 siete y el 2 ocho. De cuarenta y nueve preguntas respondieron á treinta y cuatro mejor los varones que las hembras; éstas dan respuestas más exactas sobre las partes del cuerpo, la vida familiar, el trueno y el relámpago, el cuadrilátero, el círculo y el triángulo; pero no comprenden tan bien el cubo, la esfera y la pirámide.

En conjunto resulta que se puede fiar muy poco del valor pedagógico de los conocimientos poseídos por los niños al iniciarse su vida escolar, y que la mejor preparación para la escuela es el conocimiento de la naturaleza, y sobre todo del campo. El niño educado en la ciudad tiene menos conocimiento de hechos, pero más difuso, y por consiguiente más superficial, aunque conoce mejor la naturaleza humana. Tres cuartas partes de los niños preguntados creen que la tierra es plana y á muchos les parece como un gran *dollar*. Los niños consiguen comprender mejor lo que es malo que lo que es bueno; pero el sexo establece en seguida diferencias: los varones dicen que es malo robar, luchar, tirar piedras, romper cristales, embriagarse; mientras que para las niñas es malo no peinarse, trepar á los árboles, mancharse los vestidos, tener las manos sucias, etc.

Otro experimento se refiere á los dibujos de los niños y se hizo con 6.393 niños, á cada uno de los cuales se le dió papel y lápiz para que dibujara la escena que más le hubiera impresionado de un cuento que se les acababa de leer. Del examen de los 15.218 dibujos presentados, deduce el profesor Barnes que el dibujo es para los niños un medio de expresión; que los niños adoptan, naturalmente, símbolos y formas convencionales para expresar lo que quieren decir; que piensan poco y su proceso intelectual es fragmentario; que tienen tendencia

á dibujar figuras grandes con pocas líneas, con negro y blanco, reservando los colores para los efectos decorativos; y que hasta los nueve años dibujan con preferencia caras enteras, y sólo después prefieren el perfil; que todos descuidan el resto del cuerpo para dar importancia á la cabeza; que saben escoger el momento dramático de la acción, esto es, no la catástrofe, sino el episodio que la precede; y que hay poca diferencia entre niños y niñas en el dibujo.

También es curiosa la indagación de Margarita Schallenberger sobre el sentido infantil del derecho y el deber. Se suplicaba á los maestros que contaran, leyeran ó dictaran á sus alumnos la historia de una niña que, teniendo una caja de colores, había manchado con ellos los sillones de la sala de su casa, y que había sido castigada por su madre quitándole la caja y enviándola á la cama; tras este relato se había de preguntar á cada alumno su opinión sobre el castigo impuesto á aquella niña sucia. Los pequeños jueces se mostraron feroces é inexorables; las amenazas que una insignificante minoría sugería como castigo, parecieron á la mayoría una debilidad; así de 2.000 niños de seis años no hubo uno que fuese indulgente; de los de doce años apenas veintinueve entre 2000 se prestaban á tan débiles remedios, y de los de quince no pasaban de 85 los que se contentaban con el castigo impuesto; 512 niñas y 590 niños entre 1.000 de seis años reclamaban que se azotara á la culpable; á los diez y seis años la desproporción entre ambos sexos es mayor, siendo 59 muchachas y 133 muchachos los que están por las correcciones contundentes, observándose en general que los más pequeños piensan en las consecuencias de la acción y los más grandes en los motivos, por cuya razón se explica que 400 niños de diez y seis años entre mil tiendan á excusar á la niña culpable, que quizá no sabía el daño que hacía al pintar los famosos sillones.

Yoder, entretanto, estudiaba la infancia de los grandes hombres y de sus progenitores y antepasados, á fin de obtener datos suficientes para indicar á los maestros los niños mejor

dispuestos para tales ó cuales enseñanzas. Según sus observaciones, el promedio de los hijos en las familias en que nace un *great man* (un gran hombre), es de seis; el tiempo que media entre el hermano inmediatamente mayor y el *great man child*, es en 26 casos de 22,89 meses, mientras que el promedio de los intervalos es de 35,36 meses en 33 casos; que de 50 grandes hombres (todos del siglo XIX), 11 son hijos únicos, y 16 los últimos de la familia; que la debilidad ó anormalidad física no es condición de grandeza; que muchos grandes hombres han tenido de niños gran imaginación, y que es errónea la idea de que deban su éxito á la educación materna, pues muchos se han visto privados de ella.

La «Sociedad ilinesa para el estudio de los niños» se ocupa de los motivos por que los niños prefieren una cosa ó se conducen de un modo mejor que de otro, y de las causas directas é indirectas, manifiestas ú ocultas que les inclinan á obrar y á pensar de tal ó cual modo. Barnes y Eduardo Shaw han investigado por su parte las cosas que interesan á los niños, imponiéndose á su fantasía y fijándose en su memoria estudiando la asociación de sus ideas: según Shaw, el interés del niño es egoístico en razón inversa de la edad. El Dr. Hall escribió un cuento de 324 palabras, del cual debían escribir los niños todo lo que recordaban; los datos recogidos prueban que el máximo de la memoria es alcanzado pronto, regularmente en los hombres é irregularmente en las hembras; los períodos vienen recordados en razón inversa de su longitud y de los accesorios superfluos; el aumento de la memoria es mayor en las hembras, más precoces naturalmente que los varones.

Mauricio Small, de la Universidad de Clark, estudia la sugestionabilidad en niños normales. Según él, es necesario separar de éstos á los anormales y tener maestros vigorosos, prontos, capaces de dominar á los niños, no sólo con la inteligencia, sino con la simpatía, la influencia personal, la familiaridad y la confianza; la soledad es peligrosa, lo mismo que ciertos juegos. Luisa Maitland ha recogido 795 testimonios relativos

á las creencias sobrenaturales de los niños; la mayor parte ha creído en fantasmas y espectros, y de la minoría, unos han tenido miedo, aunque no han creído, y otros han dudado; de 110 interrogados, 77 habían adquirido esas ideas en sus coloquios con otros niños, con sus criados ó sus parientes, y 33 en sus lecturas ó por habérselo imaginado; la concepción más frecuente del fantasma es la de un sér vestido de blanco que aparece en la obscuridad ó en el cementerio; de 95 niños, 42 tuvieron miedo, 17 quedaron fascinados por la aparición, 13 temblaron por las consecuencias, cinco no temieron, tres se avergonzaron de contarla, y dos sintieron deseo de huir.

El Dr. Bohannon ha estudiado la herencia de las cualidades que hacen á los niños excepcionales por lo buenos ó por lo malos: los resultados prueban que las cualidades buenas son más fácilmente trasmisibles (629) que las malas (281). El doctor Dawson, estudiando estas malas cualidades características de degeneración, las encuentra no sólo en lo moral, sino en lo intelectual y lo físico: pequeña estatura, peso menor, poca fuerza, mayor sensibilidad al dolor, cabeza más pequeña ó más larga que la normal, cara asimétrica, paladar deformado, vista, oído ó tacto y memoria deficientes.

En cuanto á los castigos, la mayoría atestigua su justicia y confiesa su utilidad; antes de los nueve años en general no se siente la conciencia de ellos, y antes de los trece se habla poco de ella; sólo en un niño de tres años se ha encontrado una conciencia extraordinariamente desarrollada. De todas las investigaciones sobre la influencia del ambiente se deduce la confirmación de los resultados sobre la impresionabilidad de los niños y el hecho de la eficacia del ejemplo, mayor que cualquier razonamiento y más fuerte cuanto más simpática es la persona que lo da.

La elección de los juegos se inspira en el mayor placer que proporcionan: Ellis, Stanley, Hall y la señorita Wiltse han recogido unos dos mil testimonios sobre la importancia que tiene la muñeca en la vida de los niños de tres á doce años; la

mayoría está convencida de la bondad de las muñecas, y las atribuyen afectos, celos, frío, calor, etc.; siendo curiosísimos los datos referentes al supuesto nacimiento, vida, muerte, funerales, carácter, instrucción, etc., de las muñecas. Bohannon, estudiando los hijos únicos, les encuentra graves defectos físicos y mentales; no les gusta jugar con otros niños, y prefieren la compañía de las personas mayores; no saben dominarse, suelen ser precoces, y entre sus buenas cualidades prevalece el cariño, y entre las malas el egoísmo, debido frecuentemente á la educación solitaria y á la indulgencia doméstica.

### IMPRESIONES Y NOTAS

MOLIÈRE Y SHAKSPEARE. — En un paralelo entre estos dos insignes creadores, que el gran actor Coquelin hace en la *Grande Revue*, de París, establece el autor en la labor de ambos dramaturgos cuatro períodos distintos: el de tanteo é imitación, el de improvisación, el de observación y el del perfecto dominio del arte. Fuera de estas semejanzas, todo lo demás son diferencias: las comedias de Shakspeare son obras de soñador, y las de Molière tienen masa de realidad; Shakspeare tiene el corazón, y Molière la cabeza; los personajes de Shakspeare son formas del hombre ondeante y diverso, y los de Molière son hombres de una pieza; Shakspeare ve la vida móvil, turbia, sujeta á los vientos y á la lluvia, y Molière la ve en lo que tiene de permanentemente humana; Shakspeare nos enseña á meditar, y Molière á vivir; mejor actor Shakspeare, Molière es más seguro y completo observador; Shakspeare no se ha preocupado de reformar la sociedad por el teatro, mientras que Molière ha estimado la escena como una fuerza social; Shakspeare fue en su patria el fruto supremo de la Edad Media, y Molière es la más armónica fusión del genio latino con el genio galo.

\*  
\*  
\*

EL PRÉSTAMO POPULAR.—En un interesante estudio dedicado por el Vizconde de Avenel en la *Revue des Deux Mondes* al «mecanismo de la vida moderna», hallamos algunos curiosos datos sobre el préstamo popular en Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los prestamistas de Londres, cuya profesión es libre mediante el pago de una patente, hacen anualmente 243 millones de francos de préstamos, sobre unos 39 millones de prendas, siendo el promedio de las cantidades prestadas 2,50 francos ó dos chelines, y percibiendo de un 20 á un 25 por 100 de interés. Los Gobseck, en América, perciben de un 24 á un 36 por 100; pero se ha fundado en Nueva York un Banco que sólo percibe un 12 por 100. En París, el número de empeños es de 190.000, y el promedio de los préstamos de 30 francos, representando los obreros el 60 por 100 de los prestatarios, y el 10 por 100 los pequeños fabricantes y negociantes. El interés es de 6,35 por 100, y apenas permite cubrir los gastos muchas veces. Además existen en París 450 casas que prestan sobre reconocimientos, al tipo de 60 á 120 por 100 al año.

Es curiosa la historia de algunos empeños: en 1895 se vendió una docena de servilletas empeñadas en 1853, ó sea cuarenta y dos años antes, en 8 francos; actualmente existe en los almacenes del depósito principal del Monte de Piedad un paraguas perteneciente á la nieta de un Ministro de Luis Felipe, que hace veinticinco años que viene pagando el interés del pequeño préstamo obtenido mediante aquel empeño.

\* \* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONES DEL

EL PROBLEMA DE LOS EVANGELIOS Y SU SOLUCIÓN.—Tal es el título de una obra de José Palmer, analizada por Elías Reclus en *L'Humanité Nouvelle*. Los Evangelios sinópticos — los de San Mateo, San Marcos y San Lucas — tienen la misma inspiración, y parecen calcados sobre el mismo modelo, mientras el de San Juan revela otras preocupaciones y otro modo de pen-

sar. El problema de los orígenes de los Evangelios lo resuelve Palmer, á quien no parecen suficientemente ortodoxas las conclusiones á que ha llegado la crítica moderna, del modo siguiente:

1.º Los relatos evangélicos fueron redactados á medida que se desarrollaban los sucesos á que se referían, y los discursos de Jesús anotados según los pronunciaba. 2.º Jesús hablaba corrientemente el patuá y la lengua vulgar; los sinópticos refieren los discursos que pronunciaba en arameo, y San Juan los que pronunciaba en griego. 3.º El texto de los sinópticos fue revisado por los Apóstoles, que le dieron la redacción definitiva. 4.º Las notas de que hicieron uso San Lucas y San Mateo, habían sido escritas en pedacitos de papel, en cuyo arreglo hubo luego algún desorden, de donde proceden algunas inexactitudes en la cronología de San Lucas.

El primer texto que se puso en circulación fue el de San Mateo, redactado con el concurso de la familia de Jesús, y con los papeles, documentos y árbol genealógico de San José, suministrados por la misma: San Lucas tuvo á la vista la lista de los antepasados de María.

\*  
\* \*

LA LENGUA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS.—La llegada de 1.400 maestros y maestras de la isla de Cuba para estudiar en la Universidad de Harvard y para penetrarse de las ideas americanas, ha despertado—dice Geddes en *Le Maître phonétique*—extraordinario interés por todo lo que se refiere á la vida, la lengua y la literatura española.

En los periódicos se han publicado de tiempo en tiempo artículos y cuentos en español, y los nombres de Galdós, Alarcón, Valera y Valdés, cuyas obras están de venta en todas las librerías, son tan bién conocidos por los aficionados como los de Gautier, Maupassant, Daudet y Zola. La casa Heat y Compañía, de Boston, anuncia catorce libros escolares en español,

la mayor parte de los cuales son novelas ó trozos escogidos con vocabularios ó notas de profesores. La casa Ginn y Compañía, Holt y Compañía, Appleton y Compañía, y la American Book y Compañía, han añadido muchas obras á su lista de libros españoles. Pasando así revista á la actividad lingüística del año último, es fácil comprobar que jamás se ha mostrado tanto empeño por el estudio del español. Las clases de los colegios ó escuelas donde se enseña este idioma, han doblado el número de sus concurrentes, y esta actividad se ha desplegado en cierta medida, á expensas, principalmente, del italiano, cuyo interés más bien ha disminuído, en lugar del aumento normal que se venía observando.

\*  
\* \*

EL RELOJ DE MOVIMIENTO CONTINUO.—Según *La Vie Scientifique*, León Palis ha presentado en la última Exposición Universal un reloj de su invención, que resuelve el problema del movimiento continuo, habiendo, en efecto, funcionado durante dos meses sin interrupción, y no habiendo razón para que detenga su marcha, mientras no se inutilice por el uso su mecanismo. Aunque, como dice el autor, el aparato se halla todavía en estado embrionario, constituye realmente un género de motor que está llamado á producir una verdadera revolución en mecánica.

El principio de la invención se reduce á la aplicación del magnetismo. El soporte del aparato es de acero imantado, y cuando la rueda, que lleva dos coronas de 26 palancas móviles, coloca el brazo menor de éstas frente al rodillo, la palanca, por efecto de la repulsión, se levanta hasta ponerse vertical, de modo que el movimiento de la rueda la inclina de nuevo y la hace caer en sentido opuesto, transformando su peso en fuerza viva que hace marchar el aparato. La cosa no puede ser más sencilla, y no es esta sencillez el menor mérito de la invención.

\*  
\* \*

EL PARASITISMO POLÍTICO.—El antiguo corresponsal del *Times*, Blowitz, entiende, según manifiesta en la *North American Review*, que una de las causas más eficaces del malestar social y político contemporáneos, es la ingerencia en los negocios públicos de una turba de *parásitos*, es decir, de políticos sin preparación técnica sociológica, con ideas vagas y superficiales sobre todas las cuestiones, siempre dispuestos á satisfacer toda clase de apetitos y aspiraciones, declarándose capaces de resolverlo todo y de arreglarlo todo, y arrogándose el derecho de ocupar todos los puestos y de representar todos los papeles.

La supresión de esta plaga de parásitos es, según Blowitz, la única que puede asegurar la salvación de la sociedad en el siglo xx, siglo que ha de ver muchas grandes y terribles guerras, la primera de las cuales ha de estallar á consecuencia de la muerte del Emperador Francisco José, único lazo que todavía sujeta bajo una común dominación grupos étnicos tan diferentes como los que hoy componen el Estado de Austria-Hungría: el resultado de esta primera guerra será, seguramente, la incorporación de unos seis millones de austriacos alemanes al Imperio de Alemania, que se convertirá de este modo en el Imperio más formidable de Europa, por su vigorosa organización militar.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**La marche de l'humanité et les grands hommes d'après la doctrine positive**, por E. Bombard.—Un vol. de 313 págs.—París, 1900, Giard y Brière, editores. Su precio, 8 francos.

Este libro es el volumen xxii de la *Biblioteca sociológica internacional* que en París dirige el Sr. Worms: como su mismo título indica, es el libro de un positivista; comprende en rigor dos partes diferentes por su contenido y alcance. En la primera, la más larga é importante, se hace la historia del desenvolvimiento de la humanidad, representada aquélla en los grandes hombres. «La humanidad, á partir de una organización social, dice el Sr. Bombard, que descansaba en *el teologismo y en la guerra*, ha avanzado poco á poco hacia una organización nueva, á la cual parece acercarse y que estará fundada en la ciencia y en la industria.» «La civilización, añade, en un momento cualquiera, está representada por el conjunto de los productos de la inteligencia, de la actividad y de la sociabilidad humana, conjunto que es la consecuencia lógica de una especie de filosofía, creencia, religión, comunemente aceptada.... Hacer la historia de la civilización es, pues, hacer la historia de las doctrinas, religiosas ó no, que han servido de guía á la humanidad». Ahora bien, en la producción de esas doctrinas desempeñan gran papel los *grandes hombres*, «en cuanto ellos son los que han iluminado el camino ó ayudado la marcha espontánea de la humanidad». De ahí la im-

portancia que tiene el conocimiento de la representación particular de los grandes hombres. El Sr. Bombard se propone, en efecto, «procurar una ojeada de conjunto de la marcha de la humanidad en la raza blanca, refiriéndose á *todos los grandes hombres* inscritos en el calendario positivista».

En la segunda parte, el Sr. Bombard estudia y expone la evolución especial de la inteligencia humana, resumiendo en un apéndice las principales teorías del positivismo.

A. POSADA.

---

**Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura**, per Giacomo Leopardi.—  
Volumen VI, 457 páginas, y volumen VII, 485 páginas, á 3,50 liras cada uno.—Florenca, s uccessori Le Monnier, editores, 1900.

Con estos dos volúmenes queda terminada la publicación del *Zibaldone* ó *Centón* de pensamientos que el gran Leopardi dejó manuscrito y que ha permanecido inédito hasta ahora, en que, merced á las favorables circunstancias de que se habló en su día en estas mismas columnas, ha sido dado á luz, en siete elegantes tomos, por la casa editorial de Florenca, *Sucessori Le Monnier*, y por cuenta del Ministerio de Instrucción pública italiano. El lector asiduo de LA ESPAÑA MODERNA recordará acaso que á medida que los varios tomos han ido saliendo á la publicidad, se ha ido dando cuenta de ellos.

Concluída la obra, puédese ya apreciar todo el valor que tiene. Es por de pronto verdaderamente admirable la cantidad enorme de fuerzas que en ella puso, quien de naturaleza disponía de pocas. Sin un trabajo ininterrumpido, no se concibe que pudiera una persona, en menos de cuarenta años de vida, y por consiguiente, en unos veinte á lo más de labor, reflexionar, leer y cotejar tanto como demuestra haber reflexionado, leído y cotejado Leopardi, y por añadidura, escribir tan ordenada y correctamente como él lo hizo, con todas las acotaciones completas, con referencias abundantísimas de unas partes,

ó pensamientos del *Zibaldone* en otras, y hasta con índices completísimos y muy detallados, por materias y por autores. Y todo este esfuerzo, empleado en una obra para el uso privado del autor, no destinada al público, y sin perjuicio de dar á la estampa, para éste, otras varias, en verso y prosa.

Por otro lado, aun no siendo el *Zibaldone*—ni podía serlo, por su misma índole de Diario íntimo—un tratado sistemático y perfectamente organizado de filosofía, ni de estética, ni de filología, ni de literatura, con sus divisiones en partes, capítulos y demás, contiene mucha más doctrina, y más original, y más profunda, sobre todas estas cosas que la que ofrecen largos libros escritos bajo títulos ambiciosos y tentadores. Hay en el *Zibaldone* un arsenal abundantísimo de pensamiento, variado, interesantísimo, ameno; ideas y teorías melancólicas, tristes, de desaliento y disgusto, al lado de otras (en gran número), de las que decimos hoy revolucionarias, hasta disolventes, como la disertación contra la sociedad humana (tomo VI, págs. 164-196); unas y otras, y todas, expuestas siempre con el encanto y la manera tan atractiva con que aquel gran artista y literato escribía de continuo.

Júzguese por estos ejemplos, que tomo al azar del último volumen: como ellos, podría citarlos á centenares, pues toda la obra es así, desde que comienza hasta que termina: «Es cosa rarísima en la sociedad, un hombre verdaderamente soportable.» «Grande estudio (ambición) de los hombres mientras no han adquirido la madurez, es parecer hombres hechos, y cuando son ya hombres hechos, quieren parecer jóvenes.» «Hablamos diariamente de las leyes de la Naturaleza (aun para rechazar por imposible tal ó cual hecho) como si de la Naturaleza conociésemos algo más que hechos, y pocos. Las pretendidas leyes de la Naturaleza no son otra cosa que los hechos que conocemos. Hoy, con mucha razón, los verdaderos filósofos, al oír hablar de hechos increíbles, suspenden su juicio, sin atreverse á pronunciarse en pro de su imposibilidad. Sábese hoy, con bastante generalidad, que desconocemos las

leyes de la Naturaleza. Y por eso es verdad que el progreso del espíritu humano consiste, ó ha consistido, cuando menos hasta ahora, no en aprender, sino principalmente en desaprender, en saber cada vez mejor que no sabemos, en percatarse de saber cada día menos, en disminuir el número de los conocimientos, restringiendo la amplitud de la ciencia humana.»

A mi juicio, los *Pensieri* del recanatense ahora publicados, y que parece que se acaban de escribir, aunque ya llevan sesenta y tantos años de fecha, es una de las obras modernas que más derecho tienen á ser leídas y meditadas con gran detenimiento.

P. DORADO.

---

**Compendio de Sociología**, por Luis Gumplowicz, trad. esp. de Manuel Alonso Paniagua. —Un vol. de LA ESPAÑA MODERNA. Madrid, 460 páginas.—Su precio 9 pesetas.

El profesor de Gratz, Sr. Gumplowicz, es bien conocido seguramente de cuantos en España siguen con algún cuidado el movimiento de la ciencia sociológica: escritor fecundo y á veces original, sus trabajos científicos son muy leídos y estimados entre las gentes de todos los países, que estudian los problemas de la ciencia social. En España, antes que la obra, de que hoy vamos á dar breve noticia, se han publicado otros dos interesantes libros del Sr. Gumplowicz: *La lucha de razas* y el *Derecho político filosófico*, traducido este último y enriquecido con numerosísimas notas, que en nada desmerecen del texto, por el Sr. Dorado. Ahora bien, el *Compendio de Sociología* que hoy ve la luz en nuestra lengua, completa, de una manera muy adecuada, esos otros dos libros, porque en rigor, en él es en donde se puede ver resumida, no sólo la labor propia y personal del sociólogo, sino el puesto que le corresponde en la evolución general del pensamiento sociológico moderno.

Dos partes distintas cabe señalar en el *Compendio* del señor Gumplowicz. La primera, muy interesante y de gran uti-

lidad, por lo completo de la información, es una breve historia de la Sociología, en la cual el autor expone los diversos sistemas sociológicos, á partir de Vico, hasta los autores más recientes. La persona que sin tiempo para más, quiera tener una noticia de lo que es y supone el movimiento sociológico, puede leer esta parte del libro del prof. Gumpłowicz. La segunda parte, mucho más extensa, contiene la exposición del pensamiento del autor, pensamiento de cierta originalidad, pero muy discutible sin duda. He aquí el plan que sigue el señor Gumpłowicz en su desarrollo: comprende cuatro libros de los cinco de que la obra consta: en uno expone las bases y nociones fundamentales; en el siguiente, habla de los elementos sociales y sus combinaciones; en el cuarto, del individuo y de los fenómenos psíquicos sociales, y en el último de la historia de la humanidad y de la vida del género humano.

A. POSADA.

## OBRAS NUEVAS

- Abreu y Madariaga (J. de). — Los asfaltos naturales en España. En 4.º, 258 págs., 10 láminas é índice: 5 pesetas.
- Aguirre (A.)—Poesías selectas. En 8.º, 206 págs.: 3 pesetas.
- Albi6n Corcuera.—La tierruca; zarzuela en un acto y cinco cuadros. En 4.º, 31 págs.: 1 peseta.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—Los galeotes; comedia en cuatro actos. En 4.º 101 págs.: 2 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.)—Resurrección; poema. En 8.º, 26 págs.: 50 céntimos.
- Báguena (J.) — Aledo; su descripción é historia. En 8.º, 358 págs.: 3 pesetas.
- Barreras (J. de las). — Gimnástica práctica. En 4.º, 308 págs.: 5 pesetas.
- Blasco (E.)—Dulces memorias; comedia en un acto. En 4.º, 23 páginas: 1 peseta.
- Bustillo (E.) — Campañas teatrales (crítica dramática). En 8.º, 306 páginas: 3 pesetas.
- Cáceres Plá (F.) — Tradiciones lorquinas. En 8.º, 287 págs.: 2 pesetas.
- Cadenas (J. J.) y Varela (A.)—Las violetas; boceto de comedia en un acto. En 4.º, 25 págs.: 1 pta.
- Canta-Claro. — La neurosis anárquica. En 8.º, 95 págs.: 1 peseta.
- Castorrojo (J.)—La corte de Napole6n. En 8.º, 150 págs.: 50 céntimos.
- Cerezo y Garrido (M.) — El Nacimiento, ó los Reyes de Oriente; drama bíblico-lírico, en cuatro actos. En 4.º, 80 págs.: 2 pesetas.
- Cocat (L.) y Criado (H.) — Mis dos maridos; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 34 págs.: 1 peseta.
- Delgado (S.)—Mangas verdes; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 39 págs.: 1 peseta.
- Dugast (F.)—Las leyes sociales ante el derecho natural. En 8.º, 59 páginas: 50 céntimos.
- Fernández de la Fuente (M.) y Frutos (L. P.) — El guitarrico; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Fernández Prida (J.)— Estudios de Derecho internacional público y privado. En 8.º, 314 págs.: 3 pesetas.
- García Alvarez (E.) y Paso (A.)— Las figuras de cera; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 28 páginas: 1 peseta.
- García de Galdeano (Z.) — Estudios de crítica y pedagogía matemáticas. En 4.º, 152 págs.: 4 pesetas.
- Gestoso y Pérez (J.)—Ensayo de un diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive. *Tomo II. Contiene de la P á la Y.* En 4.º, 408 págs.: 10,50 pesetas.
- Grande Bandess6n (L.)—En la reja; versos. En 12.º, 56 págs.: 50 céntimos.

- Guerra y Mota (D.)—La Clément; monólogo en prosa. En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Hernández del Río (E.)—Castillos en el aire (poesías). En 8.º, 62 páginas: 75 céntimos.
- Ibáñez de la Vega (N.)—A través de los cielos. (La astronomía al alcance de todos.) En 8.º, 191 páginas con grabados: 1,50 pesetas.
- Jiménez Aquino (M.)—La responsabilidad ante el Parlamento. En 8.º, xxvi-594 págs.: 6 pesetas.
- Lafuente (F.)—Margarita; monólogo. En 4.º, 15 págs.: 50 céntimos.
- Maraver (M.)—Antropológicas. En 8.º mayor, 31 págs.: 50 céntimos.
- Mario (hijo) (E.) y Abati (J.)—El tesoro del estómago; caricatura en un acto. En 4.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Mateos Ramos (J.)—Escenas de casa (poesías). En 12.º, 31 págs.: 50 céntimos.
- Menéndez y Pelayo (M.)—Estudios de crítica literaria. *Tercera serie*. En 8.º, 388 págs.: 4 pesetas.
- Nietzsche (F.)—La genealogía de la moral. En 4.º, 137 págs.: 3 pesetas.
- Idem.—Más allá del bien y del mal. En 4.º, 212 págs.: 5 pesetas.
- Núñez de Arce (G.)—*¡Sursum corda!*, poema. En 8.º mayor, 30 páginas: 1 peseta.
- Palau (B.)—La farsa llamada Salamantina. En 4.º, 72 págs. y un facsímile.
- Parrés Sobrino (J. de).—Italia política. En 8.º, 97 págs.: 1 peseta.
- Pérez Capo (F.)—*¡El papel vale más!* En 12.º, 61 págs.: 50 céntimos.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de).—D. Gonzalo de Ulloa; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 42 páginas: 1 peseta.
- Idem.—El guante blanco; juguete cómico en dos actos. En 4.º, 61 páginas: 1 peseta.
- Pinto y Onrubia (F.)—La unidad católica ante el tribunal de la razón. *Tomo primero*. En 4.º, xxii-303 págs.: 5 pesetas.
- Reymóndez García (M.)—Guía comercial de Vigo para 1900. En 8.º, xlviii-241 págs., un plano de Vigo: 1,25 pesetas.
- Río Joan (F.)—Pila militar española. En 4.º mayor, 26 páginas.  
No se ha puesto á la venta.
- Robles (R.)—Ensayo de fonética general.—En 8.º, 270 páginas: 4,50 pesetas.
- Roch (L.)—La tristeza de vivir. Crónicas-cuentos. En 8.º, 184 páginas: 2 pesetas.
- Sánchez Bort (P.)—Walkyria; juguete cómico en un acto. En 4.º, 26 págs.: 1 peseta.
- Septien (E. de).—Manual vinario. La vid y sus aprovechamientos. En 4.º, 335 págs.: 4 pesetas.
- Suárez Inclán (J.)—Discurso leído ante la Real Academia de la Historia. Contestación del académico D. José Gómez Arceche. En 4.º mayor, 64 págs.
- Torres Moles (A.)—Los maletas. juguete cómico lírico en un acto. En 4.º, 40 págs.: 1 peseta.
- Varela (A.)—Detrás del telón; revista cómico-lírica en un acto. En 4.º, 40 págs.: 1 peseta.
- Vega (V. de la).—Toñuela «La golfa»; zarzuela en un acto. En 4.º 38 págs.: 1 peseta.
- Zamacois (E.)—Horas crueles. En 8.º, 155 págs.: 50 céntimos.

## INDICE

---

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| <i>En vano</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....   | 5            |
| <i>Poetas americanos: Al terminar el siglo; Canto del siglo XX</i> , por Luis B. Cisneros.....    | 42           |
| <i>El año Sociológico, 1899</i> , por Adolfo Posada.....  | 53           |
| <i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana..... | 80           |
| <i>Epístola al Marqués de Jerez de los Caballeros</i> , por Vega de Anzo                          | 110          |
| <i>Un artículo inédito de Campoamor</i> , por José de Lázaro.....                                 | 113          |
| <i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....  | 137          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....   | 152          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....   | 164          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y P. Dorado.....                                      | 201          |
| <i>Obras nuevas</i> .....   | 206          |